

BOLETIN ECLESIASTICO

"Entered at the Manila Post-Office as second-class matter on June 4, 1923".

P. O. BOX, 147.

ORGANO OFICIAL
INTERDIOCESANO
MENSUAL



EDITADO POR LA
UNIVERSIDAD
DE STO. TOMAS

Marzo, 1937

Año XV—No. 164

Congreso Eucarístico Internacional de Manila

Breve Pontificio nombrando Legado a latere para el Congreso

"A nuestro querido hijo Dionisio titulado de la Iglesia de los Santos Nereo y Aquileo, Prelado Cardenal de la Iglesia Santa Romana, Arzobispo de Filadelfia.

"Querido Hijo, Bendición apostólica y salud.

"Con gran regocijo del corazón hemos sabido que se han hecho arreglos para celebrar con la magnificencia litúrgica e inusitada devoción que ello demanda en la Ciudad de Manila, capital de las Islas Filipinas, en el próximo mes de febrero, el XXXIII Congreso Eucarístico Internacional. Y en verdad, después de los triunfos de la devoción a Cristo, Rey, que fueron presenciados en Buenos Aires, comprendo perfectamente las palabras proféticas del Evangelio: "El deberá reinar de océano a océano y desde los ríos hasta los sitios más remotos de la Tierra."

"Con acierto se ha escogido para tema de deliberaciones el que concierne a las relaciones de la Sacratísima Eucaristía con la labor de las Misiones. Porque, ¿qué otro medio más eficaz para fomentar la propagación de la Fé que el único sacramento y sacrificio que ha sido apropiadamente llamado el "misterio de la Fé"? Porque ¿se puede acaso desmentir que es la doctrina central de la Iglesia o del reinado de Cristo que consuela y fortalece la lealtad y gentilmente arrastra a la oveja perdida hacia el redil y el Buen Pastor? Por esta razón, es imperativo que la verdad de la doctrina de la Sagrada Eucaristía sea eficazmen-

te expresada y defendida en el próximo Congreso. Y nosotros que, en todas las edades y tiempos, hemos proclamado que el reinado de Cristo es más firmemente establecido en los corazones de los fieles y en la Sociedad Cristiana por medio de la divina Eucaristía, de todo corazón estamos ansiosos de estar presentes en la persona de nuestro Legado. De ahí que a Vos, nuestro querido hijo, que anteriormente ejercisteis jurisdicción pastoral en las Islas Filipinas, y al presente presidís sobre el destino de una distinguida y antiquísima Sede arzobispal, y sois un miembro de nuestro Colegio Apostólico, por la presente os delego y por lo tanto seréis Nuestro Legado "a latere", así que representando nuestra autoridad y en Nuestro Nombre, podéis presidir todas las ceremonias sagradas; porque sabemos que debido a vuestros méritos personales y debido a vuestra dignidad como Metropolitano y Cardenal de la Santa Iglesia Romana, y especialmente debido a vuestra gran devoción al Santísimo Sacramento, encontraréis fácil y agradable el desempeñar con diligencia esta misión sagrada. Si ha habido algún tiempo en que la vida sobrenatural debía ser puesta clara y forzosamente ante las conciencias individuales de los hombres, y ante la sociedad humana, ciertamente que este tiempo es el presente en que los hombres están ansiosos y preocupados por su bienestar material y buscan sólo en él su perfección. Los hombres así como las Naciones vienen de Dios y sólo con El pueden vivir y lograr mejoras para ellos y para otros. Y la fuente de todas estas buenas obras es Jesucristo, nuestro Mediador, Quien en la Sagrada Eucaristía alimenta y nutre la vida sobrenatural y restablece la dignidad humana. Porque ¿qué puede ser más deseable que ser "Participes de la Naturaleza Divina" como dice San Pedro?

"Por esta razón la fuerza de las misiones debe venir de este Sacramento, el más Augusto, que las une a su Divino Rey y bendice el fruto de sus obras.

"Id, pues, Amado hijo, bajo tan felices auspicios a través del Pacífico. Ese nombre que será invocado por las multitudes que se congregarán en Manila sea pues fuente de bendiciones abundantes y que El que es en verdad el "Príncipe de la Paz", traiga la paz y la concordia a las naciones en desorden y guerra. Y que nuestra Bendición Apostólica, que alegremente impartimos sea una fuente de don divino y un testimonio de nuestro afecto especial para el ilustre Arzobispo de Manila, para el clero y seglares devotos, y para todos aquellos que estarán presentes en el Congreso.

Dado en Roma en San Pedro.

Primero de Enero, Fiesta de la Circuncisión del Señor, 1937, el décimo quinto año de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XI

SALUDOS A LOS PEREGRINOS

Message of the High Commissioner

All of us have a right to be both proud and happy that Manila is to witness the XXXIII International Eucharistic Congress. At this particular time when the troubled air of the world is filled with many conflicting voices, it is altogether appropriate to emphasize our interest in the things of the spirit. These things met a need in the heart of the first man and will remain as a comfort to the last man. Great human manifestations in the realm of the spirit, such as the Eucharistic Congress is, are tremendous forces for inspiration and rededication of individual lives to the teachings of the Master.

I anticipate with pleasure the opportunity to attend personally the XXXIII International Eucharistic Congress.

J. WELDON JONES

Acting High Commissioner.

Bienvenida del Sr. Presidente

PALACIO DE MALACAÑANG
MANILA

Envío mis cordialísimos saludos a Su Eminencia, el Cardenal Legado, a los Prelados y demás dignatarios eclesiásticos, y a los visitantes extranjeros que vienen a nuestras playas, para asistir al mayor acontecimiento religioso que jamás se haya celebrado en el Extremo Oriente.

La selección de Manila como el lugar de la celebración del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional ha contribuido grandemente a que los ojos del mundo entero se dirijan a esta nueva nación. Por esto solo, sin atender ya los otros beneficios de naturaleza cultural y espiritual que el Pueblo Filipino obtendrá como resultado de esta magna reunión, los filipinos están y deben estar profundamente agradecidos.

La designación de Su Eminencia el Cardenal Denis Dougherty, como Cardenal Legado ha sido muy feliz, porque nos brinda ocasión de mostrar al Legado Pontificio el progreso que como pueblo hemos realizado en el último cuarto de siglo, puesto que el Cardenal Dougherty ha estado aquí hace treinta años como Obispo de Jaro y de Nueva Segovia.

Reitero mi más cordial bienvenida a nuestros huéspedes extranjeros, y al mismo tiempo expreso mis deseos de que el Congreso Eucarístico sea un éxito.

MANUEL L. QUEZON
Presidente de Filipinas.

From His Grace The Archbishop

Beloved Brethren:

I welcome all of you affectionately to the shores of the Philippines. Your coming fills the heart of our people with a joy exceedingly great. Catholic Action here has already experienced the marvelous blessings of the advent of our beloved Lord to receive world-wide homage. I wish I could describe to you each and every one of these blessings. Your prayers will, please God, obtain more.

Blessed be those who come in the Name of the Lord.

Your devotedly in Christ,

✠ M. J. O'DOHERTY
Archipus Manilensis

Message of the Mayor of Manila

THE XXXIII INTERNATIONAL EUCHARISTIC CONGRESS

The choice of the City of Manila as the seat of the XXXIII International Eucharistic Congress cannot be more timely than at this stage of our national existence when we are about to join the concert of free and independent nations. This celebration will herald to the world that in this corner of the globe lies the City of Manila, the capital of these tiny groups of islands known as the Philippines, the only Christian country in the Far East, which is about to receive the blessings of an independent existence. Thanks to the four centuries' work of the Church we have been brought up along moral and religious standards at par with those of our more advanced sister nations. While we may lag behind in other matters, it is our pride that we are as advanced as other countries in matters of religion and morality. The selection, therefore, of Manila as the scene of the XXXIII International Eucharistic Congress is, indeed, a happy choice as it is a fitting recognition by the whole world of that level of religious advancement attained in this country.

We shall have among us distinguished visitors from all parts of the world, and contrary to accepted tradition, Manila will be where East meets West. The city authorities are conscious of the signal distinction thus accorded this city and it is their resolve to make it deserving of that distinction. Being a truly cosmopolitan city and the product of the happy blending of the best there is in Latin and Anglo-Saxon culture and civilization, Manila offers its visitors a material and cultural progress constituting a splendid achievement of which Americans and Filipinos alike may justly be proud. Let us all do our part, no matter how small, that this City of Manila may prove worthy of the distinction and that the occasion may serve to re-strengthen our Faith and re-evaluate our moral standards.

The holding of the XXXIII International Eucharistic Congress in this city therefore carries with it a significance of far-reaching importance to this country. Above all, it signifies a renewal of confidence in the Christian faith of the Filipinos.

To the Delegates and pilgrims to the XXXIII International Eucharistic Congress, the City of Manila extends its cordial welcome.

JUAN POSADAS
Mayor, City of Manila.

Emocionante Recepcion del Cardenal Legado en la Bahía de Manila

La prensa local calculaba en cuarenta mil personas las que en la mañana del día primero de febrero acudieron a recibir al Eminentísimo Cardenal Legado en la bahía de Manila. Encabezadas por la lancha del Comité de recibimiento, unas veinte lanchas salieron del desembarcadero del Almirante hasta fuera del rompeolas donde estaba ya fondeado el "Conte Rosso" desde las primeras horas de la mañana. En una lancha del "Casiana" (Yate del Presidente de Filipinas) iba el Sr. Obispo Auxiliar de Manila, Monseñor Finneman, chairman del Comité de recibimiento en compañía de Mr. Joseph Le Pa Hong, miembro de la misión pontificia que lucía su traje como Caballero de la Orden de San Gregorio. En otras lanchas iban otros miembros del comité de recepción, incluyendo al Dr. José M. Delgado, Sr. José Mossesgeld Santiago, Sr. Manuel Mañosa, todos trajeados de etiqueta, Mons. Jovellanos, P. Mulry, P. Hannon, P. J. Ortea O.P., P. Dale y el Sr. Paulino Miranda Sampedro.

Las lanchas estuvieron esperando en la bahía hasta las 7:45 a.m. en que terminó la inspección reglamentaria de los oficiales de aduanas. Terminada la inspección, Mons. Finneman fué el primero en subir a bordo del "Conte Rosso" seguido de los otros miembros del comité de recepción y algunos periodistas. Todos se dirigieron al salón de recepción del barco. Tras una breve espera el Emmo. Cardenal apareció en el salón en medio de los aplausos de todos. Mons. Finneman presentó a los circunstantes.

Después de la recepción, el Cardenal y los miembros de su séquito acompañados por el Obispo Finneman bajaron a las lanchas preparadas para ellos. Acto seguido se inició la parada fluvial desde la bahía hasta el desembarcadero del Almirante.

La lancha del "Casiana" que conducía al Legado Papal encabezó la parada.

En el desembarcadero se organizó otra recepción con discursos pronunciados por el Arzobispo O'Doherty y el Alcalde Posadas, que fueron contestados por el Legado Papal.

Su Excelencia Mons. O'Doherty comenzó el programa pronunciando un breve discurso de salutación. Dijo que saludaba en el representante de Su Santidad a un antiguo amigo que ha contribuido mucho al progreso y desarrollo de la religión católica en estas islas. Siguióle despues el Alcalde Posadas quien le hizo entrega de la llave de la ciudad. El discurso del Alcalde Posadas fué el siguiente.

Eminencia:

"En nombre de todo Manila, sed bienvenido. Os doy una triple bienvenida; primero como ardiente amigo de nuestro pueblo; como Cardenal y Príncipe de la Santa Iglesia Católica Romana y sobre todo como Legado personal de Su Santidad el Papa Pío XI, Vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

"En nombre de los numerosos extranjeros que han establecido su hogar aquí con nosotros, os saludamos con los brazos abiertos como representante de Su Santidad, cuya mayor preocupación es la preservación de la paz y concordia entre las naciones de la tierra. Estos extranjeros han vivido con nosotros por años, contentos y en paz, y nos han prestado su cooperación muy valiosa en hacer de Filipinas un país venturoso y prospero. Desde la implantación de la Cruz Cristiana en este país por nuestro amada España, hemos aunado esfuerzos por mantener ardiente la fé que ha hecho de este país la única nación cristiana en el Extremo Oriente.

"En nombre de los muchos americanos que residen en la ciudad de Manila os saludo. Su Eminencia, como uno de los cuatro prelados americanos que han sido exaltados a la dignidad de Cardenal y Príncipe de la Iglesia, es una de las glorias principales de la Iglesia en esta tierra que hemos aprendido a amar. Estos americanos miran a Su Eminencia con orgullo considerable y saben que sus amigos filipinos comparten sinceramente su regocijo en este respecto. Vuestra venida es una promesa de que América continuará inspirándonos con esa libertad religiosa tan característica de su pueblo. España, como los americanos reconocen, nos trajo la fé; América, como ellos saben, nos enseñó a cultivar la tolerancia religiosa. La presencia de Su Eminencia aquí hoy hará mas para fortalecer los lazos espirituales que unen este país con Norteamérica y con otras naciones cristianas del mundo.

"Finalmente, os saludo en nombre de la comunidad filipina.

de esta ciudad. Cuan orgullosos estamos este día de recibir en nuestro seno a uno que viene a representar la fé de la Cristianidad no tanto para fortificar la fé de nuestros hermanos extranjeros, no tanto para encender el entusiasmo de sus compatriotas americanos, como para amar, acoger y bendecir a todo el pueblo filipino. Expreso sus sentimientos cuando manifiesto a Su Eminencia que estamos profundamente encantados de tenerle con nosotros. Años ha, le hemos respetado y amado como uno de los obispos más activos y más simpáticos de Filipinas, pero hoy Su Eminencia se presenta, no solo como Cardenal Príncipe de la Iglesia Católica, sino también como representante del Vicario de Cristo, que tanto quiere al pueblo filipino, Su Santidad el Papa Pío XI. Al manifestar a Su Eminencia el afecto y la reverencia que nuestro pueblo le profesa, nuestros sentimientos se hacen tan profundos que no bastan meras palabras para expresarlos.

Aquí tengo la llave de la Ciudad. Es meramente simbólico pues las murallas de Manila ha tiempo que ya no sirven para el concebido propósito de apartar a visitas indeseables y a obstruir la marcha de los que son bienvenidos. Su Eminencia, naturalmente, no necesita ninguna llave para nuestras puertas, pues todas se han abierto de par en par a su llegada. Pero quisiera que esta llave no fuera un mero símbolo. Desearía sinceramente que pudiera cerrar bajo candado las puertas de la ciudad, porque entonces podría hacer lo que todo extranjero, todo americano y todo filipino en Manila quisieran que haga, encerrar a Su Eminencia aquí para que jamás nos abandone. Os entrego, pues, esta llave como Alcalde de la Ciudad de Manila, para que represente la expresión más adecuada de la hospitalidad y de la cordial bienvenida que esta Ciudad os ofrece”.

El último en hablar fué el Legado Papal. “Esta amable y sincera bienvenida,” declaró al comenzar su discurso el Cardenal Dougherty, “es una prueba palpable de vuestra adhesión al Santo Padre en cuyo nombre he venido aquí para celebrar el Congreso Eucarístico Internacional de Manila.”

Agregó despues que en un mensaje que le dió Papa, le dijo que estará presente en espíritu con todos los peregrinos que han de concurrir al Congreso. Muy emocionado Su Eminencia, (se le arrasaron los ojos en lágrimas) declaró: “Después de una ausencia de 21 años, profundamente emocionado, vuelvo a las Islas Filipinas en donde pasé parte de mi vida como Obispo y aprendí a amar al pueblo filipino.” “Veo con agrado,” continuó, “caras de amigos. “Echo de menos las caras de aquellos que fueron llamados a rendir su postrer tributo al Hacedor.”

“En nombre del Comité Permanente de los Congresos Eucarísticos, de la Santa Sede que me ha otorgado el grandísimo

honor de representar al Santo Padre y presidir el XXXIII Congreso Eucarístico Internacional y de los demás peregrinos, doy las gracias más expresivas a los habitantes de Manila por este gran recibimiento que se nos ha tributado.

“Esta demostración es inmensamente simbólica y de gran significado particularmente para mí, porque siempre me he acordado de Filipinas.

“El Santo Padre bendice a la Manila Católica y desea con todos nosotros el éxito del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional.”

Con un grupo de policías en motocicleta abriendo la marcha, el automóvil del Legado inició el desfile de automóviles. En otros automóviles siguieron los prelados extranjeros, los caballeros de órdenes pontificias, los miembros del Comité Ejecutivo, los representantes del Presidente de Filipinas y una parte del clero. El desfile revistió un aspecto a la vez pintoresco e imponente. En una algarabía de colores, se destacaba el rojo vivo de las capas de los prelados y el negro severo, con filigranas de oro de los uniformes de los caballeros de las distintas órdenes pontificias. Los gritos de bienvenida de la multitud llegaron a su apogeo cuando el Legado Papal subió al automóvil juntamente con el Arzobispo de Manila.

Desde el desembarcadero del Almirante hasta el límite de la Vieja Luneta y luego a lo largo del Paseo de Bonifacio, los cadetes de la Universidad de Sto. Tomás, Ateneo de Manila, San Beda y San Juan de Letrán, con sus uniformes de gala, montaban guardia en dos hileras, en medio de las cuales iban a desfilar los coches del Legado Papal y su comitiva de prelados. Las colegialas de los diferentes colegios católicos de Manila formaban un apretado cordón al final del Paseo de Bonifacio encabezadas por las alumnas de la Universidad de Santo Tomás.

Los profesores de Sto. Tomás se situaron junto al monumento de Urdaneta y Legazpi. Mientras la comitiva pasaba, las niñas agitaban sus banderas pontificias y el público de deshacía en aclamaciones y aplausos. A la puerta de la Catedral estaban con el Excmo. Sr. Delegado Apostólico los Sres. Obispos de Filipinas y los procedentes del extranjero, llegados días antes. Al llegar Su Eminencia a la Catedral fué saludado con los himnos nacionales y una vez en la puerta se cumplió el ritual litúrgico. El palio bajo el cual entró en el templo el Cardenal fué llevado por varios Caballeros Pontificios y Condecorados y otros distinguidos peregrinos filipinos y extranjeros. Entre tanto el coro de seminaristas ejecutaba los himnos litúrgicos prescritos, cuyas armonías llenaban la hermosa catedral remezada muy notablemente y sencillamente adornada con banderas pontificias. Precedido por todos los Prelados se dirigió el Legado al altar y tras breve visita al Santísimo dió la bendición a la

enorme concurrencia que se apretujaba allí dentro, ansiosa de poder ver al que venía en representación personal del Padre Santo. Terminada la bendición cruzó nuevamente la nave central, acompañado bajo palio hasta que descendió las escalinatas para subir a su coche juntamente con el Sr. Arzobispo. Mientras tanto el público aplaudía y algunos inciaban ruidosos "Mabuhay".

Saliendo por la misma Puerta del Postigo, y pasando por el antiguo Malecón y el Paseo del P. Burgos emprendió la marcha la comitiva, rodeando el Edificio de la Legislatura, para cruzar la Avenida de Taft y dirigirse al Boulevard de Ayala, el puente del mismo nombre, y las calles de General Solano y Avilés, para entrar en el Palacio de Malacañan donde había de residir Su Eminencia.

Allí fué recibido por el Secretario Sr. Vargas y por Da. Sofía R. de Veyra en representación de la Excma. esposa del Presidente que se hallaba enferma. Luego les mostraron a S. E. y a su comitiva las habitaciones que les destinaban. Poco antes del medio día recibió a los informadores de la Prensa a quienes comunicó entre otras cosas que había tenido la satisfacción de oír la voz del Excmo. Presidente Quezon y que agradecía la atención que le acababa de mostrar al saludarle por radio- teléfono desde Tokio. Declaró también su reconocimiento por el cordial recibimiento que se le había tributado y añadió que se sentía alegre de estar una vez más en Filipinas. Observó el notable progreso que ha realizado Manila como le indicaban los hermosos edificios que acababa de ver.

En el mismo palacio de Malacañan comieron con Su Eminencia los miembros del Comité Ejecutivo y los de la Comisión Permanente.

Por la noche se tuvo la recepción ofrecida por la Señora del Presidente la cual no obstante su indisposición atendió por media hora a sus invitados. La recepción resultó brillantísima.

Estuvieron representados todos los elementos oficiales y particulares, nacionales y extranjeros, habiendo durado la fiesta más de dos horas. Durante ella tuvo oportunidad Su Eminencia de recibir el saludo de antiguos conocidos.

El Cardenal Legado encabeza una Peregrinacion al Santuario de Antipolo

Cerca de diez mil personas se congregaron en Antipolo el día dos por la mañana para recibir al Cardenal Dennis J. Dougherty, Legado Papal en el 33.º Congreso Eucarístico que fué a

dicho Santuario para rendir su homenaje a la Virgen de Antipolo.

La provincia de Rizal se vistió de gala y sus habitantes desde las primeras horas de la mañana estaban de pié y alineados por el camino por donde iba a pasar el Legado del Papa para rendirle homenaje y vitorearle. En Antipolo esperaban delegaciones de comunidades religiosas y de colegios dirigidos por religiosos.

Desde las afueras de la ciudad de Manila, en el camino para Antipolo, y por todos los pueblos de la carretera el Legado y su séquito pasaron debajo de arcos con inscripciones de bienvenida.

Por estas muestras de cariño y entusiasmo demostradas por los de Rizal la llegada del Legado Papal al Santuario de Antipolo se retrasó bastante, porque en vez de llegar a las 8:45 de la mañana, hora en que se le esperaba, arribó a las 9:30 de la mañana.

Algunos números del programa de recibimiento, uno de ellos la recepción en el Convento de Antipolo se tuvieron que omitir, pues el Legado Papal tenía otros compromisos que cumplir en Manila.

La llegada del Legado Papal a Antipolo fué celebrada con entusiasmo. Apenas desembarcaba de su coche, que estuvo todo el tiempo escoltado por policías de Manila montados en motocicletas, y acompañado en el coche por el Excelentísimo Sr. Arzobispo Mons. Michael O'Doherty, un numeroso grupo de señoritas salió a recibirle para arrojarle flores, mientras que las autoridades de la provincia y del pueblo de Antipolo le salían al encuentro portando el palio para conducirlo hasta la iglesia que estaba llena de bote en bote.

El Legado Papal presidió las ceremonias que se celebraron ante el Altar de la Virgen, durante las cuales se cantó la Salve, para después impartir la Bendición Papal que fué recibida de rodillas y con la mayor veneración por los que estaban presentes.

Terminadas estas ceremonias, el Legado volvió a Manila.

Regalo del Sumo Pontifice al Pueblo Filipino con ocasion del Congreso Eucarístico

En presencia de altos dignatarios de la Iglesia, incluyendo arzobispos y obispos, que han venido para asistir al XXXIII Congreso Eucarístico Internacional, Su Eminencia el Cardenal Dougherty hizo entrega de un precioso copón que como regalo en-

viaba el Sumo Pontífice al Excmo. Sr. Arzobispo de Manila, en representación del clero y pueblo filipino. El acto tuvo lugar el día dos a las once y media de la mañana.

En la entrega de este, el Cardenal Legado dijo que además de que el copón era obra de los mejores artifices de Roma, posee un valor muy grande puesto que viene de manos del mismo Sumo Pontífice.

En su discurso de aceptación. Mons. O'Doherty hizo constar que la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en Manila no es únicamente el resultado de su labor y de la de su archidiócesis, sino de la admirable cooperación de todas las diócesis del Archipiélago las cuales colaboraron arduamente con él en las representaciones hechas ante el comité permanente de los Congresos Eucarísticos Internacionales. El Arzobispo también manifestó el agradecimiento suyo y de los Filipinos al Cardenal Dougherty por haber aceptado la misión de representar al Santo Padre en Filipinas durante el Congreso.

Gran Recepcion civico-popular en el Rizal Stadium

El día dos por la noche se organizó una solemne e imponente recepción de diversos elementos de la ciudad de Manila como muestra de adhesión al Sumo Pontífice en la persona de su Legado a latere en el amplio Rizal Stadium. Acompañaban en la presidencia al Eminentísimo Purpurado los Arzobispos y Obispos venidos para las solemnidades del Congreso. Como nota saliente de este acto commovedor copiamos el discurso del Vice-Presidente de Filipinas que supo con frase sencilla y llena de religiosidad interpretar los sentimientos del noble pueblo filipino. Decía el Excmo. Sr. Osmeña.

“Eminencia,
Distinguidos Huespedes,
Damas y Caballeros:

“Es un placer y un privilegio el tomar parte en esta recepción cívica a Su Eminencia, el Cardenal Legado, que viene no solo como representante personal de su Santidad para presidir la manifestación mundial de fé más grande y más impresionante que haya tenido jamás lugar en esta parte del globo, sino también como un antiguo amigo del pueblo filipino que habiendo estado asociado con nosotros primeramente como Obispo de la Diócesis de Nueva Segovia y despues de la de Jaro, retorna despues de larga ausencia para sentir de nuevo el calor de la vieja

amistad y tambien para ver cómo ha crecido y fructificado en todos estos años la siembra espiritual del pasado. A Su Eminencia debe serle grato ver, en este su retorno a nuestras hospitalarias y para él familiares playas, que Filipinas acaba de entrar en una nueva existencia, bajo los auspicios de la libertad y a base de sus méritos como pueblo amamantado en la civilización cristiana, y que la obra espiritual de todos estos años halla hoy digna y sublime culminación en el Trigésimo Tercer Congreso Eucarístico Internacional que Su Eminencia abrirá y presidirá desde el día de mañana.

Los filipinos tenemos derecho a mirar este Congreso con particular y legítimo orgullo. La selección de Manila para ser asiento de dicho Congreso, viene a ser un reconocimiento de nuestra posición en el mundo cristiano. Se comprenderá mejor esta nuestra emoción, este nuestro orgullo, dirigiendo una mirada retrospectiva al pasado. Cuando los primeros españoles vinieron a Filipinas, vinieron no solamente en plan de conquistadores militares y políticos, sino tambien en plan de conquistadores espirituales. Por eso con razón se ha dicho que la conquista de Filipinas se realizó bajo los auspicios de la Cruz y de la espada a un mismo tiempo. Con todo el poder material de España en aquellos tiempos, y con toda la debilidad de los filipinos de entonces por la inferioridad de sus medios de defensa y por su falta de organización, es dudoso, sin embargo, si la obra política de España en Filipinas se hubiera podido consolidar tan rápidamente y con tanto éxito, si los primeros conquistadores no hubieran adoptado la certera táctica de adueñarse de las almas indígenas mediante la suavidad y blandura cristianas de los primeros misioneros. Y el transcurso del tiempo y el proceso de la historia colonial con todos sus acontecimientos y vicisitudes vinieron a demostrar mejor todavia la eficacia de aquella táctica. En efecto, la obra política de España en Filipinas finiquitó por razones que no es del caso traer ahora; pero la obra espiritual ha quedado firme e intacta al traves de todas las mutaciones políticas. De la espada de la conquista ya no queda nada, pero la Cruz que señala el lugar donde se dijo la primera misa cabe las playas de la histórica ciudad de Cebú hace cuatro siglos, todavia se mantiene enhiesta como símbolo perenne de la civilización y de la fé inmortal de nuestro pueblo. Esa obra, permanente y duradera, vencedora de los tiempos y de las vicisitudes, es la que ha hecho posible la celebración de este Congreso en este apartado rincón del globo, con razón calificado como vanguardia de la civilización cristiana en el Extremo Oriente.

Sobre los cimientos de esa obra, que, gracias a la labor altruista de América y a la leal cooperación de los filipinos en los

últimos 35 años, ha quedado ampliada y fortalecida políticamente con los grandes principios fundamentales de libertad y gobierno propio que informan la historia e instituciones americanas, y culturalmente con su espléndida aportación a la elevación moral, social y espiritual de nuestro pueblo, hemos edificado aquí una democracia con una constitución que garantiza la convivencia de todas las creencias que no sean enemigas del Estado y de los principios fundamentales de la moral.

Es una democracia que aspira, bajo el amparo y guía de la Divina Providencia, a vivir y a ser grande no tan solo por su progreso material, sino por la preservación y pujanza de sus valores espirituales. Es por esto que este Congreso suscita las mejores emociones no solamente de los católicos que miran en él la suprema expresión de su fé, sino aun de aquellos que, sin ser católicos, ven entrañada en él esa fuerza espiritual formidable que, despues de todo, es la base más firme y segura para la existencia de la naciones y de los Estados. Las instituciones mejor ordenadas, las leyes más sabias poco valen, en realidad, si no estan fundadas y no hallan complemento en el temple del carácter, en la pureza del corazón y en la honradez de propósitos de los ciudadanos. La comunidad más ideal no es aquella en que la conducta se ve ahogada entre una malla tupida y compleja de leyes y reglas, sino aquella en que la bondad y virtud innatas y habituales de la ciudadanía hacen inclusive supérflua la acción coercitiva de las leyes y de los poderes y agentes que las ejecutan y ponen en vigor. La lucha misma de clases, con toda su cohorte de males, queda practicamente eliminada si hay un espíritu cristiano que espontaneamente se anticipa a realizar la justicia social, superando la ley y las demandas convulsivas. La acción social de la religión, en cuanto aspira a realizar este elevado ideal, tiene que merecer los plácemes y el apoyo de todo el mundo, sin distinción de credos y matices.

Este Congreso Eucarístico Internacional que mañana se va a inaugurar entre nosotros, se celebra en un momento histórico en que los horizontes del mundo se presentan muy oscuros, en que una tremenda confusión en las ideas, valores y propósitos amenaza crear situaciones sumamente peligrosas para el orden internacional, en que la humanidad se ve solicitada por tendencias más propicias a la discordia que a la paz. Es pues, una fortuna que en medio de este caos y confusión se alce este Congreso a modo de esplendorosa columna de luz para iluminar las conciencias y revitalizar en ellas los ideales de paz y fraternidad y los eternos principios de la rectitud, de la justicia y de la moralidad. Un pueblo como el nuestro que tiene puesta toda su confianza en la justicia divina y humana para poder ocupar tranquilamente su sitio bajo el sol y realizar la plenitud de sus

destinos, tiene necesariamente que mirar con ansiedad hacia aquel día en que, logradas las enseñanzas del Divino Redentor, no habrá pueblos fuertes ni débiles, sino solamente pueblos justos que, unidos por el pesc comun de la afección cristiana, convivirán armónicamente, cultivando las artes de la paz para mayor perfección de la humanidad.

“En nombre del pueblo filipino, que abraza la más profunda veneración y afecto hacia el Santo Padre que representáis, doy a Vuestra Eminencia y a todos nuestros visitantes la más cordial bienvenida. Yo confío en que vuestra visita servirá para reavivar las ansias de una vida espiritual mejor, no solamente en Filipinas, sino tambien en todo el mundo y que dejaréis nuestras playas con la íntima satisfacción de haber realizado una alta y noble misión.”

El Cardenal Legado Visita a la Universidad Pontificia de Santo Tomas.

Al amanecer del día tres de febrero la Universidad de Santo Tomás se encontraba en uno de sus momentos más felices y gloriosos. Para las nueve de la misma mañana estaba fijada la visita oficial de Su Eminencia el Cardenal Legado. Los jóvenes estudiantes y los cadetes de la Institución desde muy temprano se personaron en los campos de la Universidad para demostrar su adhesión al Papa en la persona de su Legado a latere. Las señoritas estudiantes iban llegando vestidas del traje clásico filipino, reflejándose en sus rostros como nunca el orgullo de estudiar en una Universidad Pontificia. A las nueve apareció en la calle España el coche del Eminentísimo Cardenal Legado acompañado de numeroso séquito de arzobispos y obispos con el Excmo. Sr. Delegado Apostólico en Filipinas y el Excmo. Sr. Arzobispo de Manila a la cabeza. La muchedumbre que se congregó en la Universidad Dominicana fué calculada por la prensa local en unas nueve mil personas. Una salva de aplausos acogió al Cardenal al descender del coche oficial. Fué recibido por una escolta de honor compuesta por una compañía de cadetes de la Universidad y una comisión del elemento femenino que estudia en la misma. Mientras ascendía Su Eminencia al Paraninfo, acompañado del Ilustre Rector Magnífico M.R.P. Silvestre Sancho, O.P., y un grupo de profesores vestidos de muceta, el Seminario Central entonó los himnos propios de la ocasión. El primero en hablar fué el M.R. Padre Rector, quien aseguró al Eminentísimo Purpurado que “el profesorado y el

cuerpo de estudiantes se habían reunido para ofrendar sus corazones a Su Eminencia. Puede Vuestra Eminencia informar al Santo Padre de que aquí en el Oriente existe una Universidad Pontificia con más de cuatro mil estudiantes que se sienten orgullosos de profesar las enseñanzas de la Iglesia y que están dispuestos a seguir la ruta que el representante de Jesucristo en la tierra nos señale. En palabras vibrantes de cariño y de amor a la Santa Sede el ilustre Padre Rector dió la más sentida y cordial bienvenida al Eminentísimo Cardenal. El Arzobispo de Manila siguió al Padre Rector en el uso de la palabra. Terminó su discurso con las siguientes frases:

“Le damos la bienvenida, no solamente en nombre de los estudiantes y profesores de la institución, sino también en nombre de estos eminentes filipinos, muchos de los cuales son producto de la Universidad de Santo Tomás”. El Eminentísimo Cardenal, después de agradecer las muestras de adhesión a la Santa Sede, dijo:

“Se ha hablado de la iglesia de que ella no es una amiga de la ilustración. Una contestación eficaz contra semejante calumnia es señalar a la Universidad de Santo Tomás, una institución docente fundada hace tres siglos y medio, mucho antes del establecimiento de cualquier colegio en los Estados Unidos. Ya era una universidad antes de que Harvard se convirtiera en un colegio. Es un arma de defensa propia contra los ataques de los enemigos”. Estas palabras encierran la fase principal del discurso pronunciado por el cardenal Dennis Dougherty, Legado Papal al XXXIII Congreso Eucarístico Internacional en la visita que hiciera a la Universidad de Santo Tomás.

Terminada la recepción en el Paraninfo se trasladaron todos los asistentes, entre ellos los miembros del Comité permanente de los Congresos Eucarísticos, al gran Stand, donde presenciaron la revista militar de los cadetes de la Universidad, que llamó poderosamente la atención por su marcha limpia y marcial. Al pasar por delante del Cardenal todos presentaban armas. Fué una de las escenas más sencillas pero quizá de las más impresionantes con que se honró al Eminentísimo Cardenal en Manila.

Inauguración del Congreso Eucarístico Internacional de Manila.

Bajo un cielo límpido, que la caída de la tarde ya empezaba a empañar con las brumas de la noche y con la Bahía de Manila y la puesta de un sol rojizo por fondo, alrededor de unos

150,000 católicos fueron congregándose desde antes de las cinco de la tarde para presenciar la solemne apertura del Congreso Eucarístico Internacional, el primero que se celebra en el extremo Oriente. Oficialmente, según los despachos de la Oficina Central del Congreso, se encontraban representadas cuarenta y tantas banderas. Son palabras del "Debate" al dar cuenta de la inauguración del Congreso.

Leído el Breve Pontificio por el que se nombraba Cardenal Legado a latere a Su Eminencia el Cardenal Dougherty, Arzobispo de Filadelfia, y cursado un cablegrama al Santo Padre en el que se le daba cuenta de la inauguración del Congreso por las siguientes palabras:

"Santísimo Padre:

Al abrirse el trigésimo tercio Congreso Eucarístico Internacional asistencia de muchos señores obispos, prelados, sacerdotes y fieles, el Episcopado y pueblo filipino profesan su adhesión a Su Santidad, le dan las gracias más expresivas por haberse dignado concederles este Congreso y haber mandado Su Cardenal Legado y piden humildemente la bendición Apostólica para sí, para todos los aquí presentes y especialmente para los que durante este Congreso ocuparán la Catedra del Espíritu Santo",

Su Excelencia al Sr. Arzobispo de Manila pronunció el siguiente discurso de bienvenida, que los altavoces difundieron por la Luneta al principio con alguna confusión y después claramente.

El Excmo. Sr. Arzobispo de Manila pronuncia un extenso discurso de bienvenida. He aquí sus palabras.

Eminentísimo Sr. Legado Pontificio, Excelentísimo Señores Arzobispos y Obispos, Reverendísimos Prelados, Queridos Ministros de Cristo, Excelentísimos Señores, Alto Comisionado americano y Vice-presidente del Commonwealth, Honorables Cónsules y representantes de las varias naciones que simpatizan con esta gran celebración religiosa, distinguidos miembros de nuestro gobierno nacional, provincial y municipal, miembros de la Acción Católica, y queridos hermanos:

Antes de entrar en el tema del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional, tal como ha sido decretado por nuestro augusto Pontífice, Pío XI, gloriosamente reinante, es mi deber y grato privilegio saludar a la suprema autoridad de la Iglesia Católica en la persona de su representante, el Legatus a latere.

El oficio de Legado es uno de los más importantes en los anales de la Iglesia, y las misiones llevadas a cabo por los Legados Papales datan desde los primeros días de la historia eclesiástica. Tenemos sólo que acordarnos del nombre y la ejecutoria de Gregorio I, como prelado, de Julián de Cos, de Hildebrando en Francia y Alemania, y en tiempos más recientes, el Cardenal

Caprara en Francia, para reconocer la eminencia del cargo y la confianza del Pontífice depositada en la persona que lo ejerce. El cargo confiado a Vuestra Eminencia no puede ser de importancia menor que el de vuestros predecesores, por cuanto que alcanza un reconocimiento en todo el mundo de Dios Todopoderoso, en la más alta y más aceptable forma de culto; y al mismo tiempo, está dirigido hacia la predicación del Evangelio que es la última voluntad y el último testamento de Jesucristo Nuestro Señor, antes de que ascendiera a los cielos. Sea coronada la labor de Vuestra Eminencia con un éxito sin paralelo puesto que está íntimamente ligada al fin principal por el cual la Iglesia existe sobre la tierra, a saber: la salvación de las almas. "Salus animarum lex suprema." Por lo que a nosotros, los filipinos, nos concierne, sentimos que estamos bendecidos de la manera más extraordinaria por nuestro Eucarístico Señor. Sería imposible para mí describir las lluvias de la divina gracia que han caído sobre estas Islas durante los últimos dos años.

Ofrecemos nuestro homenaje a Vuestra Eminencia, nuestra bienvenida y obediencia para todas las cosas que se han colocado en vuestras manos y por conducto vuestro, en esta solemne ocasión, ofrecemos nuestra lealtad y amor al Padre Común de los Creyentes. Los peregrinos del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional tienen una razón especial para regocijarse por vuestra presencia entre nosotros. Hace algunas semanas, la vida del Supremo Pastor pendía de un hilo y nuestras fervientes preces ascendieron a los altos cielos, rogando a Dios para que prolongue la vida de tan gran Pontífice y conceda a nuestro Congreso el prestigio de la presencia de su Legatus a la-tere. Gracias a Dios, nuestras oraciones han sido oídas.

Nosotros, los de las Islas Filipinas, tenemos otra razón especial de un carácter personal para regocijarnos de vuestra presencia entre nosotros. El Santo Padre podía haber escogido a cualquiera de los más eminentes miembros del Colegio Sacro, pero con su usual perspicacia y talento, se ha acordado del objeto misional del Congreso y de que su lugar sería en las Islas Filipinas, y así es que escogió como Legado suyo a un antiguo Obispo de ocho diferentes jurisdicciones eclesiásticas que están actualmente constituidas en estas mismas Islas.

Y por lo tanto, Vuestra Eminencia es doblemente bienvenido. En primer lugar, debido al exaltado legado que Vos estáis ejerciendo, y luego por vuestra vuelta a vuestros antiguos compañeros en la predicación del evangelio, al pueblo entre los cuales laboró tan fructuosamente.

Vuestra Eminencia es bienvenido por el cuerpo de obispos en Filipinas con cuyos consejos su talento ha sido iluminado y agraciado durante muchos años, como puede testificar el mismo orador. Os dan la bienvenida doce millones de filipinos que constituyen la gloria y consolación de Nuestra Santa Madre, la Iglesia, en el Extremo Oriente, y sós bienvenido por una pequeña minoría representando todos los climas y razas del mundo: porque individuos de todos los climas y razas han venido en busca de trabajo y paz en la Perla del Oriente.

Y con el permiso de Vuestra Eminencia, ofreceré una afectuosa bienvenida a esta cohorte de distinguidos peregrinos que os acompaña, de toda tribu, lengua y nación. Nuestro Santo Padre nos ha encargado rogar durante

el Congreso por el éxito de las Misiones; de ahí que nosotros, los católicos filipinos, damos una especial bienvenida religiosa a aquellos abnegados misioneros que dejaron a su padre y su madre, hermanos y hermanas, amigos y patria, a fin de predicar el Evangelio de Cristo muchas veces en la pobreza, peligros y persecuciones. Empápese nuestro pueblo en vuestro espíritu y emule vuestro ejemplo para que así como nosotros somos la primera y única nación cristiana en el Oriente, también seamos, en una fecha no distante, al menos numéricamente, el primero en las misiones del Extremo Oriente.

Mis queridos hermanos, vosotros habéis venido de los lugares más distantes de estas Islas y de los rincones más remotos de la tierra, para tomar parte en el homenaje mundial a Dios Hecho Hombre, a Aquel que dió su vida en el Monte Calvario para nuestra salvación y nuestra enseñanza. Os reunís viniendo desde los más lejanos confines de la tierra para realizar un gran acto corporativo de fé en la Divinidad de Jesucristo, en cuyo Nombre solamente puede conseguirse la salvación. Nuestra fé interior será llevada en alas del amor desde los corazones puros y leales hasta el gran Trono Blanco de la Adorable Trinidad y la expresión exterior de la fé será manifestada por medio del Sacrificio de la Misa que es el más aceptable y más precioso don que podemos ofrecer al Altísimo.

Nuestra fé es que Jesucristo es realmente Dios y realmente Hombre: y en este congreso internacional, deseamos manifestar nuestra fé a todos los hombres porque hemos experimentado en nuestra vida la paz y la alegría que provienen de la creencia en El y obediencia a todo lo que manda el manso Redentor. No buscamos ventajas materiales, puesto que nuestro reino no es de este mundo; solamente deseamos ver que todos los hombres participen en la alegría que poseemos. Hacemos esta declaración, no en un espíritu agresivo de conquista, porque sabemos que la Fe solamente viene de Dios, "Non currentis neque volentis, sed miserentis est Dei."

Cuando vemos a un semejante nuestro sin voluntad de abrazar la fé del Redentor, reflexionamos con gran humildad que posiblemente no haya obtenido aun este libre don de Dios, o que si ha obtenido la gracia de la fé, no tiene la fuerza de tomar sobre sus hombros la Cruz de Cristo, pues Cristo dijo: "Si alguien quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y sígame". Si nosotros queremos seguir a Cristo, el primer deber es creer en El, pues "sin Fé es imposible agradar a Dios." "Accedentem ad Deum oportet credere quia est."

Mis queridos hermanos, debemos confesar que vivimos en una edad que será para siempre recordada como la edad de la infidelidad de marfil. En edades pasadas la idea de Dios era querida universalmente, y su Nombre era reverenciado; los tratados y pactos entre los pueblos eran confirmados con la invocación de la divinidad; aun el simple pagano ofrecía agua y tierra y yerba al Dios Desconocido; pero en nuestros días de supuesto progreso y saber, muchos autores nuevos consideran que ellos no se han de encumbrar antes de establecer su independencia del Dios Todopoderoso.

Los científicos sin fé niegan el destino espiritual del hombre, y tratan de explicar todos los fenómenos por medio de la evolución y, lo peor, los execrables comunistas se apoderan injustamente del derecho divino de gober-

mar y hacen uso de su posición para erradicar toda idea del Autor de la autoridad, pues toda autoridad para hermanos proviene de Dios.

¿Y cual es el resultado de esta ola de infidelidad que está invadiendo el mundo? Es tal, como lo predijo el Señor, porque el pecado siempre lleva consigo la penitencia.

¿Qué observamos en el mundo hoy sino guerras y rumores de guerras, los hombres temblando de temor de lo que ha de venir, acuerdos infringidos, profanación de personas y santuarios sagrados, destrucción inútil de obras maestras de arte, y el aprecio tan bajo de la vida humana que en un solo país se sacrificaron 5,000,000 de vidas para abrir el camino a la quimera de un milenio que está constantemente alejándose más y más? Estos reformadores mal guiados y sin compasión dicen que hay paz, pero no hay paz—solo confirman la profecía del Todopoderoso contra quien hacen guerra. “Sin Mi, no podéis hacer nada”. Y queridos miembros de la Acción Católica, ¿cuál ha de ser nuestra actitud hacia esta ola violenta de ateísmo que desea dominar al mundo? No se nos permite utilizar otros medios mas que aquellos indicados por nuestro Divino Señor,—“Id, predicad el Evangelio a todas las naciones, bautizándoles en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y veréis que Yo estaré siempre con vosotros hasta el fin del mundo.”

Debemos seguir la caridad sublime de Jesucristo, pendiente de la cruz y crucificado, cuando rogó por sus verdugos diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” La ignorancia es la causa de muchos crímenes, así como un fé viviente es la base, el origen y la fuente de toda justicia. San Juan Evangelista dice: “Esta es la única vida verdadera: que podamos conocerlos a Vos, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Vos habéis enviado.” Y San Mateo dice: “Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia y lo demás lo recibiréis por añadidura.”

Nuestro Santo Padre, el Papa Pío XI, ha añadió otra intención o propósito para este XXXIII Congreso Eucarístico Internacional, cual es hacer volver la paz al mundo perturbado. Cada uno anhela la paz, tanto el soldado como el ciudadano. Los diplomatas se apresuran distraidamente a ir de Ginebra a Washington y Tokio, esperando poder llegar a la paz mediante una carrera de armamentos. La Iglesia Católica no es pacifista; la Iglesia Católica predica: “Dad al Cesar lo que es del Cesar”, pero recuerda a todos los gobiernos del mundo que no lograrán la paz sin la caridad de Dios. La caridad es paciente y perdona todas las cosas. En este Congreso, queridos hermanos, debemos aproximarnos, acercarnos a la verdadera fuente de paz, al Príncipe de la Paz, quien declaró: “La paz os dejo, mi paz os doy y no os la doy como la da el mundo.”

Por tanto, queridos hermanos, como deseamos participar en la labor del Redentor, debemos predicar y orar durante este Congreso y durante nuestra vida entera. Debemos predicar con palabras, como buenos miembros de la Acción Católica y, sobre todo, debemos predicar con ejemplos: nuestra paz debe brillar sobre los hombres para obligarles a exclamar, como en aquellos días del Congreso: “Mirad a estos cristianos, cómo se quieren los unos a los otros” y no como los comunistas que tratan de establecer un reino mediante la rapiña y la matanza de sus compañeros. Antes de poder explicar la Fé a

otros, debemos conocerla nosotros mismos, aprovechando toda ocasión de estudiarla y aumentar nuestro conocimiento de ella.

He dicho que debemos predicar y orar, pero la oración viene antes de la predicación; porque la oración es el deber primordial de todo ser creado hacia el Creador. Hay muchas formas de oración, desde nuestro punto de vista, tales como la adoración, el amor, la petición y otras; pero todas presuponen la naturaleza eterna, omnipotente de Dios, por que sin Fé la oración no significa nada.

La forma más elevada de la oración es el sacrificio; Santo Tomás de Aquino nos dice que ninguna otra forma de oración expresa tan exactamente las verdaderas relaciones que existen entre el hombre y Dios, entre la criatura y su Criador. El sacrificio significa nuestra fé interior, como por ejemplo: "Oh Dios y querido Padre, que tienes dominio supremo sobre mi, yo dependo de Tí para cada respiración que hago." El sacrificio significa un regalo que se ofrece, que se pierde o se separa del amante para que el amado reciba alabanza, honor, satisfacción o alivio. Cuanto más vale la ofrenda, más precioso y aceptable es el sacrificio a los ojos de Dios Todopoderoso.

De ahí que el Santo Sacrificio de la Misa es la forma más elevada de oración que se puede imaginar. Porque en la Misa, la Sagrada Humanidad de Cristo, substancialmente unida a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, es la Víctima: y esta Víctima es ofrecida a Dios en reparación de los pecados de los hombres, como una confesión del dominio de Dios sobre todas Sus criaturas, y de la dependencia absoluta de todos los seres creados al Creador.

El sacrificio es una señal de amor, y más grande amor no puede tener un hombre que el que da su vida por sus amigos.

La idea del sacrificio se halló que prevalece entre todos los pueblos y todas las tribus del mundo, por más primitivo que haya sido, lo que indica un instinto natural en todos los hombres de reconocer humildemente el dominio de Dios sobre ellos y su dependencia en El. Algunos ofrecieron las primeras frutas del mundo, o vertieron vino sobre la tierra, mientras otros quemaban incienso aromático, enviando el humo hacia el cielo, como expresión de adoración y amor. Los sacrificios más solemnes en el Antiguo Testamento iban acompañados de la matanza de animales y del derramamiento de su sangre.

Una vez, en la Vieja Ley y Viejo Testamento, Abraham estaba dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, al mandato de Dios, pero nuestro Padre Celestial, Quien aceptó el sacrificio de Su propio Hijo Jesucristo en la cima del Calvario, prefirió conservar la vida de Isaac, después de probar la obediencia de su padre Abraham. Esta muerte inminente de Isaac fué una figura simbolizando el sacrificio y muerte de Cristo en la Cruz.

Otro sacrificio que claramente prefigura la muerte de Cristo, era el del Cordero Pascual cuya sangre preservó el primogénito de los israelitas durante su cautiverio en Egipto. Tanto San Juan Bautista como San Juan Evangelista en el Apocalipsis, hablan de Nuestro Señor Jesucristo como el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Centurias antes de que nuestro Divino Señor naciera en Belén, el pro-

Profeta Malaquías escribió: “Desde la salida hasta la puesta del sol mi Nombre es grande entre los Gentiles: y en cada lugar hay sacrificio, y se ofrece en mi Nombre una oblación limpia: porque mi Nombre es grande entre los gentiles, dice el Señor de los Ejércitos.” Su profecía se ha cumplido maravillosamente por el puro e incruento sacrificio de la Misa; porque de la misma manera que el día amanece sucesivamente con el circuito del sol, en diferentes partes del mundo y nunca deja de amanecer, así también la pura oblación de la cual el Profeta Malaquías habló se ofrece constantemente desde la salida hasta la puesta del sol.

Mientras vivía en este mundo, Cristo prometió dar Su Carne como comida y Su Sangre como bebida. Esta promesa consta ampliamente en el Nuevo Testamento, capítulo VI del Evangelio de San Juan, y El además desea que recibamos Su Cuerpo y Sangre. Dijo: “Yo soy el Pan Vivo que ha venido del cielo—a menos que comáis mi carne y bebáis mi sangre no tendréis vida en vosotros.”

Aquellos que oyeron a Jesucristo prometiendo el sacrificio de la Misa le entendieron en el sentido literal de comer su carne y beber su sangre, pues dijeron: “Este es un decir fuerte y quien puede soportarlo?” Pero el Hombre Dios, lejos de admitir que aquella gente le había entendido mal, repitió su doctrina más solemnemente. “A menos que comáis la carne del Hijo del Hombre y bebáis su Sangre, no tendréis vida en vosotros. Aquel que coma mi carne y beba mi sangre, tendrá vida eterna y lo resucitaré en el último día.”

Nuestro Divino Señor no quedó satisfecho con el ofrecimiento del Sacrificio de Su Vida por una sola vez en el Monte Calvario, aunque El mismo dijo: “Mayor amor que esto ningún hombre ha tenido, dando su vida por sus amigos.” Pero muchas cosas imposibles para un mero hombre son fáciles para el poder infinito de Dios: por lo que nuestro Divino Señor deseó efectivamente sacrificarse, no una sola vez, sino que el Sacrificio del Calvario fuera repetido todos los días sobre nuestros altares hasta el fin de los tiempos.

Porque en la noche antes de su muerte El reunió a sus apóstoles, y tomando el pan con sus santas y venerables manos, lo bendijo y la partió y lo dio a sus discípulos diciendo: “Tomad y comed: este es mi cuerpo,” y de la misma manera, tomando el caliz dió gracias y se lo entregó diciendo: “Este es el caliz de mi sangre, del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos para la remisión de los pecados”. De acuerdo con el inspirado relato de San Pablo, Nuestro Divino Señor, mandó a sus apóstoles repetir lo que El mismo había hecho. “Hágase esto en memoria Mía” y añadió, “Porque tantas veces cuantas comáis este pan y bebáis de este caliz, demostraréis la muerte del Señor hasta que El venga.”

La Misa es entonces el mismo sacrificio que el del Calvario porque en ella se ofrece a Dios la misma Víctima, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Nosotros tenemos el mismo alto sacerdote, el mismo Divino Señor que ofrece su vida a Dios Todopoderoso, y nosotros tenemos el sacrificio de la víctima, con la separación sacramental de la preciosa sangre del sagrado cuerpo, cuando el celebrante pronuncia las palabras: “Este es mi Cuerpo”, “Esta es mi Sangre.”

La generosidad de Dios en su trato con el hombre es la realización más

perfecta del amor altruista. Si Dios hubiera otorgado a algún hombre la libertad de pedir, antes de anunciarse la Encarnación, este hombre no hubiera escogido jamás que la segunda persona de la Santísima Trinidad quedara reducida a la débil condición de la naturaleza humana; y mucho menos que el Hijo Eterno de Dios fuese sacrificado diariamente en nuestros altares como una perpétua víctima de los pecados de los hombres. Sin embargo, el sacrificio de la misa fué vaticinado con suficiente claridad en el Antiguo Testamento, si el hombre hubiera solo usado de su habilidad para reconocerlo.

Leemos que Melquisedec, el real sacerdote de Salem, tomando pan y vino, los ofreció y pidió una bendición de Abraham de el Más Alto Que creó los cielos y la tierra. En el Libro del Exodo, encontramos otro tipo: cuando el pueblo judío estaba en el desierto, donde era imposible obtener comida, cada mañana encontraban la tierra cubierta del maná, y cuando preguntaron lo que era, Moisés el profeta les dijo: "Este es el pan que el Señor os ha dado para que lo comáis."

Estos tipos y muchos más han sido cumplidos por el Sacrificio de Jesucristo en el Calvario y en el altar: El mismo declaró: "Yo soy el pan viviente que bajó del cielo." Los apóstoles comenzaron a ofrecer la limpia oblación tan pronto como Nuestro Divino Señor ascendió a los cielos. Sabemos por la historia que cuando San Andrés, el Apóstol, fué arrestado y llevado ante el Proconsul de Acaya, él declaró públicamente: "Yo sacrifico todos los días en el altar del Todopoderoso, al Verdadero Dios, no la carne de vacunos, ni la sangre de cabras, sino el Inmaculado Cordero, que permanece entero e íntegro y siempre viviente después de que el creyente comiere Su carne."

San Clemente, el tercer sucesor de San Pedro, habla en términos tan claros que ninguno puede dudar de que él habla de la celebración de la Misa. San Justino, martir, en el año 167, en su diálogo con el judío Trifon dice: "Dios considera todos estos sacrificios como aceptos a El, los sacrificios que Jesucristo nos ha enseñado a ofrecer, el sacrificio que él llama la Eucaristía, aquel sacrificio que los cristianos ofrecen en todas partes del mundo". En otra parte, explica que la Eucaristía es "el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor."

En las escrituras de los grandes escritores de tiempos antiguos, como Tertuliano y otros, tenemos pruebas abundantes de que los cristianos de sus tiempos consideraban la celebración del Sacrificio de la Misa como la ceremonia principal de su religión.

No hubo nunca duda alguna entre católicos en cuanto al carácter de sacrificio de la Misa, pero los ataques de los jefes de la llamada Reforma hizo necesario para la Iglesia declarar la doctrina católica en términos definitivos. Uno de los cánones o decretos promulgados por el Concilio de Trento dice lo siguiente: "Si alguno dijere que en la Misa no se ofrece a Dios un sacrificio propio o que el ofrecimiento de la Misa no es otra cosa que el dársenos Cristo como alimento, sea anatematizado." En esta solemne declaración del Concilio de Trento, tenemos una exposición exacta de la fé católica en la Eucaristía en todas las edades.

¡Qué historia más gloriosa es la del Sacrificio Santo de la Misa! Se

indicó por el Arbol de la Vida en el Paraiso, fué representado por Melchisedech, el sacerdote del Altísimo, dos mil años antes del nacimiento de Cristo, fué vaticinado más claramente por Malaquias unos 400 años antes de Cristo, y fué establecido por Nuestro Señor mismo en la víspera de la Crucifixión en el Calvario del cual sería su recuerdo y continuación.

Desde que Jesucristo se sacrificó en el Calvario, hace dos mil años, la Misa ha dado la mayor fuerza y esfuerzo y consolación a la Iglesia Católica, individual y colectivamente. Es la misa lo que vale en el tiempo y la eternidad, pues significa Cristo y Cristo es Dios, "ayer, hoy y para siempre".

¡Cuán desiertas estarían nuestras iglesias si no pudiéramos decir cuando asistimos a la misa "Mi Redentor, real y verdaderamente se halla presente: Me coloco en presencia de Mi Maestro, Me protegerá y me consolará."

La Misa es un gran sacrificio público, establecido por Dios para ser ofrecido para los vivos y los muertos y no es extraño que tanto sufrimiento y desolación exista en el mundo, cuando tanta gente deja de apreciar y deja de hacer uso del gran remedio que Dios les ha dado para todos sus males.

La Misa debe ser una inspiración para nosotros para seguir en nuestra vida el gran ejemplo del sacrificio que siempre ofrece al mundo. Si Jesucristo sacrifica Su vida por nosotros, cuando aún somos sus enemigos por el pecado, y si El continúa ofreciéndose a Sí mismo diariamente como "un sacrificio a Dios por una pizca de dulzura" nosotros también debemos estar preparados para sacrificarnos en todo tiempo, tanto en cosas grandes como en las pequeñas para Dios y nuestros hermanos, y especialmente para nuestros hermanos pobres, que tienen tan pocos medios de ayudarse a sí mismos.

Debemos sacrificar nuestras pasiones, especialmente en aquellas cosas que nos prohíbe la Ley de Dios. Debemos sacrificar nuestro dinero para el socorro de los pobres, ayudar a todos para conseguir para ellos y los suyos subsistencia módica—hogar feliz es mayor consuelo que altos cargos. Debemos sacrificar nuestro tiempo para dar a conocer el Evangelio y el Reino de Dios, y nuestro talento debemos emplearlo para la instrucción de los ignorantes. Debemos estudiar la ciencia de Dios, y cooperar en transmitir la doctrina de su vida a los niños.

El sacrificio es la expresión más sublime de servicio a Dios y al hombre, pero el señor no desea el sacrificio o la oblación del hombre que odia a su semejante, pues nuestro humilde Redentor redujo sus doctrinas a dos grandes mandamientos: Amar a Dios con todo el corazón, y el segundo, Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

Finalmente mis queridos hermanos, recapitemos los fines por el cual el Congreso Eucarístico Internacional se celebra: **Primero**, para honrar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar; implorar del Todopoderoso que haya paz en todo el mundo y rogar para que las misiones puedan defender el Evangelio.

Nuestro querido Redentor, Nuestro Señor Jesucristo, nos prometió estar con nosotros siempre, hasta el fin del mundo, y creemos que siempre está presente con nosotros en el Santo Sacrificio de la Misa y en el Santísimo Sacramento de la sagrada Eucaristía.

Te rogamos que haya paz, Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo. Dadnos la paz—dona nobis pacem.

¡Oh Dios Todopoderoso! bendecid las misiones para que sus enseñanzas sean el único camino seguro de la paz. En el Oriente hay un millón de almas que esperan la caridad y paz de Jesucristo. Es la cosa más grandiosa en el mundo.

Aquellos naturalmente justos respetan nuestra religión, lo contrario de los rojos en Europa—Enviad, ¡oh Señor! obreros para la cosecha y que nuestra querida Filipinas tome parte noble en la evangelización del Oriente.

Elevad vuestros ojos a los cielos, mis queridos hermanos al imponente monumento, el Altar de la Eucaristía, bajo cuyas sombras nos hallamos sentados, construido como nuestro tributo de amor a Jesucristo.

Consiste en tres columnas enormes, dirigidas hacia el cielo, significando las tres populares divisiones de Filipinas: Luzon, Visayas y Mindanao.

Aquí nos hallamos en los mares del Este del continente del Asia; al igual que otras tres islas se hallan en los mares del Oeste de las costas de Europa. De estas islas del Oeste durante las edades negras partieron misioneros, como Columbanos, Gall, Killian, Virgilio y Bonifacio, para mantener viva la fé y la cultura en Europa.

Roguemos al Señor de la Viña para que El prepare a aquellos que han de encargarse de levantar su cosecha en la Perla del Oriente y otorgue a los hijos e hijas de Filipinas el gran privilegio de propagar las buenas del regocijo en el inmenso continente del Asia.

Mons. Heylen, Obispo de Namur, declara solemnemente abierto el Congreso.

Al Excelentísimo Sr. Arzobispo de Manila siguió en el uso de la palabra el Excmo. Sr. Thomas Louis Heylen, como Presidente del Comité Permanente de los Congresos Eucarístico Internacionales. Tan impresionante fué su alocución que la Prensa local escribió lo siguiente: “De entre todos los oradores sagrados que hasta ahora han desfilado ante el gran auditorio de estos días el que más ha sabido llegar al corazón de los filipinos es el venerable Obispo de Namur. Con uno solo golpe de vista se ha dado cuenta de que en Manila se han reunido estos días tanto filipinos de la presente generación como de la que ya va pasando y que estos últimos no hablan, fuera de su language familiar, otro idioma que el castellano. Sin querer tal vez, su discurso ha sido un elevado tributo a la cultura de los hombres de ayer.”

Es mi grato deber, como Presidente del Comité Permanente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, decía el venerable prelado, el declarar abierto este Trigésimo Tercer Congreso. Yo ya soy un hombre viejo; por más de treinta años he sido, por afortunado privilegio, testigo de tales celebraciones. Pero confio, aun en esta temprana hora, que el Congreso en Manila no será inferior a las hermosas y mundialmente famosas reuniones cele-

bradas en Madrid, Viena, Chicago, Sydney, Dublin y Buenos Aires. El éxito se anticipa, porque todas las condiciones para el éxito se han previsto y cumplido.

Dios mismo ha dado al Congreso en Manila un escenario exquisito. Filipinas es uno de los países más atractivos del mundo y merece el bello nombre que se le ha dado: "Perla del Mar de Oriente". En este mismo escenario, los hombres han estado, durante cuatro siglos, erigiendo sus monumentos de cultura y arte de tal suerte que el prestigio de la belleza natural ha sido alcanzada y completada por la ejecutoria en el dominio de los logros humanos. A este encantador archipiélago, la España Católica ha conferido su propia civilización, grande, con sus legados materiales, intelectuales y espirituales, entre los cuales escojo como merecedora de especial mención, la Universidad de Santo Tomás, venerable en años y en servicio. Y a las maravillas de la naturaleza oriental y trópicar, a los bellezas del antiguo arte occidental, Manila ha unido los encantos de las mejoras urbanas modernas de América. En verdad, Filipinas ha estado natural e historicamente preparada para ser la senda por la cual pasara su pies Nuestro Señor; y para darle a todo ello un climax perfecto, arquitectos filipinos y americanos han hecho de Manila uno de los escenarios más apropiados de que puede soñar cualquiera para la celebración de nuestras solemnes festividades Eucarísticas.

Estoy seguro, pues, que este Congreso tendrá el valor y satisfará el deseo y las esperanzas de Nuestro Santo Padre, el Papa Pío XI, "El cometido de los Congresos Eucarísticos Internacionales es el llevar el triunfo de Cristo Nuestro Señor por todo el mundo". Después de haberse celebrado muchos congresos en Europa, Africa, en ambas América, y uno en el Oriente próximo, en Jerusalem, solamente el Lejano Oriente esperaba su turno. Manila suplirá la falta; y verdaderamente era muy apropiado el que tal privilegio fuese concedido a la única nación católica del Oriente.

Pero el deseo y la esperanza del Santo Padre van más alla que meramente premiar a este fiel país. El Papa desea que el pueblo filipino se acuerde de su vieja vocación apostólica y reanude su histórica labor de hace tres siglos y medio. El Papa espera que Filipinas sea el faro de la fé católica en medio de tantos millones de paganos que les rodea. El Papa espera que seáis vosotros los que aproximéis el día en que los países del sol naciente reciban la luz del Sol que jamás se muere, Jesucristo Nuestro Señor, cuyo nombre es "Oriente".

Para muchos de vuestros vecinos esto será como una nueva revelación. Entonces comprenderán como un hecho lo que ni siquiera sospechaban; la unidad de la Iglesia Católica en contraste con el infinito esparcimiento de otras denominaciones. El jefe y caudillo a quien obedecemos no es un obispo o patriarca nacional nombrado por sí mismo o por cualquiera autoridad humana: Es el Vicario de Cristo, el sucesor de San Pedro, el Santo Padre. El Santísimo Sacramento que llevaremos por vuestro inimitable Dewey Boulevard, en medio de cánticos, flores e inciensos, no es un símbolo o una figura; es el mismo Cuerpo y la misma Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Respecto al dogma y todas sus consecuencias, no hay desacuerdo, no existe discordancia entre nosotros; miles y miles de peregrin-

nos estan hoy reunidos aquí, venidos de diferentes y lejanos países, solo para dar un público testimonio a la faz del mundo de esa identidad de su Cordero.

Finalmente, el Extremo Oriente sabrá, que, aunque la Iglesia Católica es la religión de los pobres y los humildes en la tierra, del obrero y del empleado, del leproso y el proscrito, la misma Iglesia Católica es también la religión de los Cardenales y los prelados, de las damas y caballeros de la nobleza, de los eruditos y los artistas, de los estadistas poderosos y los filipinos acaudalados. A todos y cada uno de vosotros cuya presencia aquí nos ofrece hoy un nuevo aspecto y fase de la Fé Católica, me es grato extender mis saludos y mi más sincera bienvenida.

¡Que Dios les bendiga; que Dios nos bendiga a todos! Que Dios especialmente bendiga a Su Ilustrísima, Muy Reverendo Arzobispo de Manila. Su Ilustrísima ha estado trabajando generosamente por la preparación espiritual y material de este congreso, con sus Venerables Hermanos en el Episcopado, con el Comité Ejecutivo presidido por Mons. Finneemann, con los presidentes y miembros de tantos comités y sub-comités—mejor dicho, con doce o trece millones de católicos filipinos. Ahora está Su Ilustrísima por ver cumplido, durante cinco días enteros, lo que leemos en el escudo de armas de Su Ilustrísima: “Delectabor in domino”—tomando su placer y su delicia en el triunfo de Nuestro Divino Señor. Que El premie a Su Ilustrísima y a todo vuestro pueblo realizando todos vuestros deseos, de la misma manera en que continúa el mismo verso biblico: Et dabit tibi omnes petitiones cordis tui...

Otros motivos, y más íntimos todavía, de confianza en el éxito del futuro Congreso Eucarístico, nos da la historia del pueblo filipino, su grandeza religiosa y moral de antaño, su espléndido desarrollo de hoy, sus ilimitadas esperanzas en el porvenir.

Llevada a la pila bautismal por España, Filipinas, durante tres siglos y medio, se mostró al mundo cual inmovil e inquebrantable roca de Fé Católica, en el mar de poblaciones budistas, shintoistas, paganas y musulmanas del Oriente; alto pedestal, llevando el único faro de la Verdad revelada en las tinieblas espirituales de tantos millones de almas. ¡Pero será verdad lo que oímos decir ahora y leemos en algunas revistas eclesiásticas: que esta generosa llama de sacerdocio y apostolado vaya hoy día tan disminuida, tan pálida, que sus guardianes inquietos la crean amenazada de apagarse por completo? ¡Ay! Dios guarde de tanto peligro y de tamaña catástrofe la ínclita nación filipina! De todos los remedios contra la escasez del clero, sabemos que el mejor es la propagación del culto eucarístico y de la Comunión frecuente entre los niños y jóvenes. Pues bien: el Congreso Eucarístico viene muy a propósito, para sembrar a profusión, en las almas de la juventud filipina, las blancas hostias, que, según lo hemos averiguado en los Congresos anteriores, brotan muy de pronto, con la gracia de DIOS, en flores de pureza y frutos de vocaciones sacerdotales.

Más todavía. Antes de que se verifiquen las grandes celebraciones que estamos inaugurando ahora, sus frutos eucarísticos se han ido ya recogiendo en las almas de antemano. Hace dos años que Filipinas, sin interrupción ni cansancio, está celebrando Congreso Eucarísticos parciales, con millares y millares de Comuniones, con conversiones maravillosas, con verdaderos mila-

gros de la Misericordia divina. No digamos, pues, que el trigésimo tercer Congreso Eucarístico Internacional va ser un gran éxito; más bien digamos que lo es; y, antes que empiezen sus solemnes funciones litúrgicas, puede ya competir con los más divinamente bendecidos de esos grandes acontecimientos.

Finalmente, vemos que este Congreso se va a celebrar en un momento importantísimo de la Historia filipina. El sueño dorado de independencia, acariciado por toda la nación durante más de tres siglos, tantas veces zozobrado o desvanecido, está ahora tomando cuerpo, haciéndose realidad; ya los filipinos lo pueden ver próximo y casi lo tocan con la mano. Al lado del Alto Comisionado de los Estados Unidos, saludamos aquí con respeto y emoción al primer Presidente de la Mancomunidad Filipinas! Oh maravillosa y providencial coincidencia! A esta vuelta decisiva de su historia nacional, Filipinas se encuentra cara a cara con Jesús Sacramentado que, con una extraordinaria manifestación de su gloria, parece que viene a bendecir y consagrar, delante de los representantes de todo el mundo cristiano, su emancipación generosamente anhelada, justamente conseguida.

Sí, Jesucristo viene para bendecir los primeros pasos de Filipinas independiente. Y Filipinas, a su vez, va a consagrar a Jesús su independencia, su libertad, todo su ser, querer y vivir. ¡Qué consuelo para nosotros, peregrinos venidos aquí de los países más lejanos, el ser testigos privilegiados de tal espectáculo, y llevar después a todo el mundo antiguo y moderno, el recuerdo de su belleza!

Eminentísimo Señor Cardenal Legado: Por estas razones, y otras aun que no cabe enumerar ahora, el Presidente de los Congresos Eucarísticos Internacionales tiene una muy especial alegría en saludar, en la persona de Vuestra Eminencia, al Sumo Pontífice Pío XI, espiritualmente presente y tan dignamente representado. De los años pasados por Vtra. Emma, en estas Islas, queda en todos los corazones de aquí una imperecedera gratitud, y en el corazón de Vtra. Emma, un paternal amor para con este pueblo. Bendecimos, pues, todos nosotros, al Padre Santo, por haber elegido a Vtra. Emma, honrándole con el título de su Legatus a latere, enviado de salud, lo que nos atrevemos a traducir: el Legado de su Corazón mismo! A tal Legado, y a quien se ha dignado mandárnoslo, dedicamos el homenaje de nuestra obediencia completa, devoción profunda y apasionado amor. He dicho.

Contesta el Cardenal Legado

La contestación íntegra del Legado Papal al discurso inaugural de Mons. Dr. Thomas Louis Heylen obispo de Namur y presidente del comité permanente del Congreso Eucarístico se publica a continuación. Dice el mensaje:

“Como nuestro Santo Padre indica en su hermosa y graciosa carta a este Congreso Eucarístico Internacional, hay una estrecha relación entre la Sagrada Eucaristía y la labor de las misiones cristianas.

“Porque la redención del género humano por el sacrificio del Calvario se aplica a los pueblos y a los individuos y se perpetúa por la Misa, en la que

por medio del Sagrado Cuerpo y Sangre de Nuestro Divino Redentor se coloca en la Mesa Eucarística para el alimento y bebida de nuestras almas, haciéndonos participar en la Divina Naturaleza y nos hace hermanos por los lazos de la fé y la caridad.

“Por lo tanto, la Sagrada Eucaristía es muy eficaz para la conversión y la salvación de aquellos que se sientan a la sombra de la muerte hundidos en supersticiones y alejados de Dios.

“Eso es por lo que San Malaquías el profeta, augurando la venida y conquista por el Mesías, predijo que una oblación limpia sería ofrecida en todas partes de la tierra desde el sol naciente hasta el poniente y que Nuestro Salvador predijo que cuando El fuera elevado El arrastraría todos los hombres hacia El.

“Dios ha enviado, no angeles, sino hombres para convertir al mundo, y los misioneros, aun los más santos no están despojados de todas las flaquezas humanas. Como José, quien cuando fué llevado cautivo a Egipto oyó una lengua extraña con la que no estaba familiarizado, el misionero habiendo salido de su tierra natal y el hogar de sus antecesores, entra en una tierra extraña, oye un lenguaje extraño, es rodeado por gente desconocida para él y vive en medio de nuestras tradiciones, costumbres y circunstancias.

“Su mayor tentación es la desolación. Experimentará, en cierto grado, el sentimiento de abandono de Nuestro Señor en el huerto de Getsemaní.

“Se vé privado de consuelo humano y necesita quedarse en su soledad.

“Nuestro Señor Jesucristo en el tabernáculo es su amigo seguro en el desaliento y gustosamente persevera en una vida de sufrimiento, necesidades y pruebas de todas clases.

“La Sagrada Eucaristía, entonces, siendo la luz del misionero y su fuerza es también el principal pilar de la labor misional.

“Que uno de los frutos de este Congreso sea una más intensa devoción a nuestro Sagrado Señor en el Sacramento de Su amor, especialmente de parte de los misioneros de todo el mundo como la fuente de sosten de su glorioso apostolado para la salvación y la propagación de la Fé.”

Como complemento de los discursos, que hemos ofrecido a nuestros lectores, se dió la bendición con el Santísimo Sacramento a la inmensa muchedumbre, que se había congregado en la Luneta, por el Excmo. Sr. Dr. Jorge Caruana, Nuncio Apostólico de Cuba, entonando los himnos litúrgicos la concurrencia de fieles, bajo la dirección de los Seminarios de la ciudad de Manila y delegaciones de los seminarios de provincias. A partir de esa hora el Santísimo Sacramento quedó expuesto a la veneración de los fieles en las cuatro Iglesias más importantes de Manila: Tondo, distrito Norte de Manila, San Sebastian, Distrito Este, Santo Domingo, Intramuros, y Malate, Distrito Sur de la ciudad. Según hemos podido comprobar ni por un solo momento quedó el Señor sin adoradores, muy especialmente en la Iglesia de Santo Domingo, que era la más cercana a los lugares donde se celebraban las sesiones del Congreso.

Primera Asamblea Internacional del Congreso

Consagrada esta sesión al tema "La Eucaristía como Sacrificio con especial referencia a la labor misionera" dió comienzo a las seis de la tarde en el gran anfiteatro de la Luneta con asistencia de los prelados peregrinos y de los diocesanos de las Islas Filipinas. El hecho de que amenazase lluvia, si bien restó alguna solemnidad al acto por el número de fieles asistentes, aún la prensa local nos aseguraba que no serían menos de sesenta mil los que allí se congregaron para escuchar los hermosos discursos de Mons. Guerrero, Obispo de Lingayen, I. F. y del célebre Joseph Scott, de los Angeles, California. El primero habló en español y el segundo en inglés. Ofrecemos a nuestros lectores en primer término el discurso de Mons. Guerrero, y en segundo lugar el discurso del Sr. Scott. Decía Mons. Guerrero.

Mi adorado Señor Sacramentado, aquí estáis y a Vuestro alrededor nos congregamos. Águilas caudales de las más apartadas regiones de la tierra se han dado cita aquí junto a Vos, pues, Vos, imán divino de los corazones, los atrajisteis con los inefables atractivos de Vuestra tres veces Santa Eucaristía.

Sí, aquí alrededor de este Trono de Majestad y de gracias nos congregamos para rendiros homenaje de amor y de adoración, para dar al mundo un testimonio de nuestra Fé, para aprender a Vuestros pies lecciones de vida eterna y para oír en lo íntimo de nuestras almas lo que Vos, Maestro de sabiduría, inefable, nos diréis, en el silencio y la realeza de Vuestra divina presencia.

¡El silencio de la Eucaristía! silencio sublime, silencio elocuente, silencio que habla con la elocuencia del Verbo de Dios, cuyas palabras solo el alma creyente percibe y descifra a través del misterio sacrosanto de la Eucaristía.

Gloria a Vos, Dios mío, gloria a Vos que soís la gloria misma y vuestra misma felicidad, gloria a Vos, Hostia Inmaculada, Víctima santa de nuestros altares, en cuyo honor nos hallamos aquí congregados.

Era la tarde del día 14 del mes de Nisan, la tarde del primer Jueves Santo sobre la tierra. El Hijo de Dios hecho hombre celebraba anticipadamente la Pascua con sus Apóstoles, aquella Pascua tan ardentemente deseada, en la que había de realizarse la más conmovedora despedida, había de oírse el más divino de los testamentos y que había de sellarse con un legado, cuyo valor solo Dios es capaz de justipreciar.

Cumplidas las ceremonias que la cena legal y el sacrificio del cordero pascual imponían, el Señor, Jesús,—según San Pablo en la Epístola a los de Corinto (Cap. II, 23)—la noche misma en que había de ser traidoramente entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo a sus discípulos: Tomad, y comed: Este es mi cuerpo que por vosotros será entregado a la muerte: haced esto en memoria mía. Y de la misma manera el caliz, después de ha-

ber cenado, diciendo: Este caliz es el nuevo testamento en mi sangre: haced esto cuantas veces lo bebiéreis en memoria mía. Pues todas las veces que comiéreis este pan, y bebiéreis este caliz, anunciareis la muerte del Señor hasta que venga.

Jesús se preparaba para el sacrificio supremo; a la mesa estaba sentado con él el traidor que ya le había vendido a sus enemigos y que muy pronto había de entregarle en sus manos; Jesús se despedía del mundo, de esta vida mortal para ofrecerse como víctima por nuestra redención, y en su omnipotencia, sabiduría y liberalidad divinas solo halló un legado, un tesoro que cuadrara con su ser de Dios, el don de sí mismo oculto bajo las especies de pan y vino para alimento de nuestras almas y para sacrificio perpétuo por los pecados del mundo, legado y tesoro sin igual, pues, al decir de San Agustín, Dios con su omnipotencia no podría darnos mas, ni en su sabiduría sabría darnos mas, ni en su largueza divina podría dispensarnos mayor gracia que la de darnos a sí mismo en el Sacramento del altar.

He aquí, amados hermanos, la primera misa celebrada en la tierra y en ella la primera ordenación sacerdotal. Y en verdad, ¿cómo podría instituirse un sacrificio que debía repetirse a través de los siglos por voluntad del mismo Jesús, si al mismo tiempo no se instituía el sacerdocio que había de ofrecerlo y perpetuar su ofrecimiento? No se concibe víctima sin sacrificador, y así, el Redentor, al instituir la Eucaristía como sacrificio y como Sacramento estableció al mismo tiempo el sacerdocio.

¿Sacrificio he dicho? Sí, sacrificio. Sacrificio es la única palabra del vocabulario del amor; Jesús es Dios y Dios es amor. Sacrificio, podemos decir que es, la única razón de ser del Hijo de Dios hecho hombre. De niños aprendimos que el objeto o fin de la encarnación es la redención del hombre, redención implica sacrificio, pues es rescate de algo mediante el pago o la oferta de algo.

Toda la vida de Jesús fué un sacrificio continuado desde Belen hasta el Calvario; sacrificio para reparar la gloria de Dios ultrajada por el pecado, para redimir al hombre pagando la deuda contraída por la desobediencia de Adán y las prevaricaciones de su descendencia. "El Hijo de Dios al entrar en el mundo dice a su eterno Padre: Tu no has querido sacrificio ni ofrenda: mas a Mi me has dado un cuerpo mortal. Holocáustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Héme aquí que vengo según está escrito de mi al principio del libro o escritura sagrada: para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad." (Hebr. X, 5). Y este sacrificio mudo y silencioso de treinta y tres años largos, tenía que consumarse y clausurarse con el sacrificio de su vida en la cima del Golgota.

Natural y lógico era que tal vida de sacrificio y muerte de víctima, al perpetuarse de modo místico y al ser, diríamos, plasticamente rememorada, debía llevar consigo los caracteres y las huellas sangrientes del dolor; esta es la causa y la razón del porque al querer Jesús dejarnos el tesoro de sí mismo, en la víspera de su pasión, tesoro que nos recordará su muerte y perpetuará entre nosotros su vida eucarística, escogió el estado de hostia, y escogió la renovación mística de su muerte instituyendo el Santo Sacrificio que a diario y en ciclo interminable se renueva sobre los altares en todas las regiones del universo.

Este es el sacrificio adumbrado en todos cuantos le precedieron desde el momento en que el hombre, inducido por su misma naturaleza, como dice el angélico Doctor Santo Tomás, comenzó a ofrecer sacrificios antes que recibiera ningún mandato positivo de hacerlo.

Tan íntima e innata es la convicción que tiene el hombre de su dependencia del Creador, y de su propia insuficiencia que los pueblos más incultos, aún perdida la noción del verdadero Dios han llevado consigo la idea y la práctica de ofrecer sacrificios de adoración y propiciación a sus mentidas deidades.

Este es el sacrificio figurado por los sacrificios de la ley Mosáica impuestos por Jehová a los hijos de Israel y descritos con minuciosidad en el libro sagrado del Levítico.

El sacrificio del nuevo Testamento es aquel vaticinado por el profeta Malaquías (Cap. I, 11) cuando dijo echando en cara al pueblo escogido su ingratitude, y a los sacerdotes sus descuidos y negligencias en el divino servicio: "El afecto mío no es hacia vosotros, dice el Señor de los ejércitos, ni aceptaré de vuestra mano ofrenda alguna. Porque desde Levante a Poniente es grande el nombre Mío entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al nombre Mío una ofrenda pura; pues grande es mi Nombre entre las naciones."

Si desagradables eran para Dios los sacrificios de Israel porque aparecían manchados con el estigma de la ingratitude y del pecado ¿cómo podrían serle agradables los ofrecidos por el paganismo y la gentilidad, que en expresión de San Pablo (I Cor. X, 20), eran sacrificios ofrecidos no a Dios sino a los demonios?

Dios no podía quedarse sin el homenaje de sus criaturas y por eso, no obstante las infidelidades y prevaricaciones del pueblo Hebreo, separólo Dios del resto de los pueblos no solamente para que fuera el depositario y expectador de la promesa del Mesías, sino también para que en él se perpetuara el culto del verdadero Dios mediante sacrificios, que la vez que fueran actos de adoración, figuraran el sacrificio que en la plenitud de los tiempos el Hijo de Dios había de consumir en sí mismo mediante su pasión y su muerte; sacrificios precursores del sacrificio incremento de la nueva Alianza que había de ser instituído en la víspera de la Pasión, para memoria imprecadera y renovación continua de los dolorosísimos misterios del Calvario.

En el antiguo Testamento cuatro clases diferentes de sacrificios eran ofrecidos en el Templo. La primera clase era la de los holocaustos o de adoración; la segunda era la de los de acción de gracias y se llamaban de alabanza y de gracias; la tercera clase lo componían los propiciatorios ofrecidos en expiación de los pecados; la cuarta es la de las hostias pacíficas inmoladas para impetrar nuevas gracias.

Estos diversos sacrificios prescritos en la ley Mosáica eran agradables a Dios en cuanto figuraban el único sacrificio de la ley de gracia.

En el Santo Sacrificio de la Misa hallamos reunidas las cualidades todas de los sacrificios antiguos y sus fines, aunque en la eficacia y aceptación por parte de Dios difieran cuanto difiere la figura de la realidad, lo celestial de lo terreno, lo humano de lo divino. "Es de suyo imposible, dice San Pablo,

que con sangre de toros y de machos cabríos se quiten los pecados. Porque no teniendo la ley más que la sombra de los bienes futuros, y no la realidad de las cosas; no puede jamás por medio de las mismas víctimas que no cesan de ofrecerse todos los años, hacer justos y perfectos a los que se acercan al altar y sacrifican." (Hebr. X, 4, 1).

El Santo Sacrificio de la Misa tuvo por autor y primer celebrante al mismo Jesús.

Este mismo Jesús, autor y primer celebrante de la primera misa celebrada en el mundo, es el sacerdote eterno que ofrece por ministerio de sus sacerdotes, no otra víctima sino su mismo cuerpo y su sangre preciosa, oblación renovada incesantemente en cumplimiento de la profecía de Malaquías y en obediencia al mandato del mismo Jesús.

La excelencia del sacrificio de la misa por razón de la víctima en ella ofrecida es manifiesta, pues no otra cosa ofreció en sacrificio el Sacerdote eterno y mandó que sus apóstoles y los sucesores de éstos en el ministerio ofrecieran en su memoria, más que su mismo cuerpo y su sangre bajo las especies sacramentales, aquel mismo cuerpo y aquella misma sangre que en holocausto de divinísima caridad habrían de ser inmolados, al día siguiente de la institución eucarística, sobre el ara santa de la Cruz.

Bien claro expone el Santo Concilio de Trento en su sesión XXII. Cap. 1. "Porque en el antiguo testamento, según testimonio del Apóstol Pablo, por la incapacidad del sacerdocio Levítico, no se había llegado a la perfección: convino, disponiéndolo así Dios, Padre de las misericordias, que surgiese otro sacerdote según el orden de Melquisedec, nuestro Señor Jesucristo, que pudiese consumir y llevar a perfección cuanto debía ser sacrificado. Pues este Dios y Señor Nuestro, aunque una sola vez había de ofrecerse al eterno Padre, mediante la muerte en el ara de la Cruz, para que se obrase aquella redención eterna, ya que por la muerte no debía extinguirse su sacerdocio, en la última cena, en la noche en que había de ser entregado, para dejar a su Iglesia un sacrificio, según exigencias de la humana naturaleza, que representara aquel que solo una vez se había de ofrecer en la Cruz y se conservara su memoria hasta el fin de los siglos, y para que su virtud saludable se aplicara en remisión de los pecados que cada día cometemos; declarándose sacerdote eterno según el orden de Melquisedec, ofreció al Eterno Padre, su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y vino, y bajo las mismas especies los entregó a los Apóstoles, a quienes constituía sacerdotes del nuevo Testamento para que las recibieran, y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio mandó que lo ofrecieran por estas palabras: haced esto en memoria mía.

Suarez, el doctor eximio, dice que la misa tiene una grandísima dignidad. La ofrenda es de valor infinito. Las cosas significadas y el modo de significarlas excelentes, pues nuestro sacrificio es una imagen viva de la pasión de Cristo, y consiguientemente de su Encarnación y demás misterios. El que ofrece el sacrificio es tan excelente ahora como lo fué en la última cena, pues el que ahora intervenga el ministerio del sacerdote, es algo muy material que nada quita de la estimación moral o precio del sacrificio.

Que con el sacrificio de la misa cumplamos con los cuatro fines a saber: el de adoración o latrerático, el eucarístico o de acción de gracias y alaban-

Al desembarcar el Emminentísimo Cardenal Legado en la bahía de Manila.



APERTURA DEL XXXIII C. E. I.

1. Detalle del altar.
2. El Cardenal Legado llegando al altar.
3. El Emmo. Cardenal asistido por Caballeros de honor.
4. Vista parcial de la multitud.



Altar en la Luneta.

za, el expiatorio para la remisión de los pecados y el impetratorio o de petición, es evidente si nos fijamos en lo siguiente:

Dios no puede ser adecuadamente adorado ni glorificado más que por su divino Hijo, aquel en quien El tiene todas sus complacencias, ni puede ser aplacado ni desagraviado de modo mejor que con la hostia ofrecida en el Calvario en expiación de nuestros pecados, ni hallar podemos médio más excelente de agradecer los divinos beneficios e impetrar gracias que la renovación del ofrecimiento de Aquel que, siendo Unigénito del Padre nos prometió que todo se nos concedería si lo pidiéramos al Padre celestial en su nombre.

Terminemos, Hermanos; si todo lo dicho es verdad por fundarse en la palabra de Dios y en las enseñanzas de la Iglesia, ¿no es verdad que no podemos eximirnos de culpa, si nuestra desidia e indevoción nos mantienen indiferentes y fríos hacia el Santo Sacrificio de la misa? ¿No es verdad que si no hacemos uso de este gran medio de santificación, no nos queda más remedio que confesar nuestra desidia y flojedad?

Si pues deseamos que el reino de Dios venga a nosotros, que su nombre santo sea conocido, adorado y respetado en todas partes, si deseamos que se aparte de nosotros esa nube de calamidades que se ciernen sobre la tierra, si anhelamos nuestra propia salvación y la conversión y salvación de nuestros semejantes, ¿porqué no acudimos al altar, porqué miramos el santo sacrificio de la misa como un arma inútil, como un recurso ineficaz en nuestras horas de ansiedad y de infortunio?

Amado Jesús, que en la noche última de vuestra vida mortal instituísteis la santa misa y fuésteis Vos mismo el primer celebrante de ella, dadnos fé, dadnos amor. Si fé tuviéramos, no necesitaríamos de acicate para ir en busca de vuestros altares, y si para Vos tuviéramos amor y gratitud, no veríais vuestro sacrificio con tanta indiferencia tratado.

¡Buen Jesús, perdón! Cuando instituíais el sacrificio del altar y Os quedábais eternamente prisionero en la eucaristía, sabíais que lo hacíais por el hombre y para el hombre. Esto basta, Dios mío, para que perdoneis la ingratitude y de la incredulidad y el desvió de ese mismo hombre.

Decía el Sr. Scott:

Coming from beneath the shadows of the Spanish Missions of California, I find myself today gazing out upon another spiritual empire. The same faith, the same heroism, the same love of God, the same devotion to humanity that drove the great Jesuit St. Francis Xavier across the seven seas to the Orient; that same spirit was the dynamo that thrust the prow of Columbus across the Atlantic, and which gave to us in California the apostleship of the great Franciscan, Father Junipero Serra. As I gaze across this immense vista I am reminded that we are met under the aegis of the glorious Primate of the Philippines, your illustrious Archbishop O'Doherty, and I place at his feet my homage as a humble member of the flock of our chief shepherd, our venerable Archbishop Cantwell of Los Angeles. To those of us home folks, who cling to our own vine and figtree, both of them are exiles, from the green emerald isle. As the missionary spirit from Catholic Spain centuries ago brought Christianity to the Filipino brethren across the

seas, so today the ecclesiastical padres of Ireland are coming forth from their native land to renew the face of the continents of the world. Therefore, it is extremely gratifying to be the humble instrument of uniting hearts and hands across the seas between these great missionary disciples of Saint Patrick. May God spare them both in His vineyard and for many years.

Since the general intention of this Congress is for numerous and saintly vocations, it might be well for us who are strangers within these gates, to use this opportunity to contemplate the sacrifices and hardships which were endured in this region of the world by the pioneer missionaries from the great orders of the Church—the Jesuits, the Franciscans, the Dominicans, the Recollects, the Benedictines, the Capuchins, and others, who like St. Paul of old braved perils by sea and land to come here. But one does not have to be a profound student of history, or deeply versed in vocational training, to realize that after all, these heroic missionary souls were for the most part nurtured at the knees of pious mothers; they had the example of devout fathers, who helped to point their vocation in the right direction; therefore, we of the laity must reckon, cost what it may, to make every sacrifice to fulfill the objectives of this Congress.

Some of us can recall the return of the American soldiers from the Philippines, but after they had finished the story of their adventures, they pieced together for us the profound impressions that affected them as they noticed first-hand the accomplishments in the way of Christian civilization, which had achieved such success among this noble people. The missionary spirit will survive, when the warlike spirit vanishes. Christ is the God of peace—a peace that passeth understanding—and the soldiers of the United States stood at attention to the soldiers of Christ.

It is always embarrassing for a layman to attempt an appeal to the religious sensibilities and advert to Catholic principles, but especially in the presence of this mighty host of ecclesiastical chieftains, it is almost overwhelming. Nevertheless, we must try and remember, however distantly we emulate him, the words of the great apostle to the Gentiles. "I can do all things in Him who strengtheneth me and without Him I am nothing." Fortitude is still a great Christian virtue, not limited in its practice to the clergy and the nuns, but worthy of attention from us laymen, who are so often recreant to our duty in that regard.

The world today is looking for life—its mystery—its destiny—its goal. The missionary that came to the Philippine Archipelago had physical hardships and dangers and often martyrdoms ahead of him. The missionary of today must face infidelity, scepticism, atheism, and communism, and against these influence and perils, the clergy will bring the same unalterable gospel, the same command for service and sacrifice and self-denial, the same indifference to personal danger that characterized their reverend pioneer brethren that raised the cross of Christ in this Country. The battle today against the principalities and powers of Bellzebub is to maintain that cross erect and glorious, and not to see it lowered or shattered by the enemies of Christ's Church. To do this a vigilant and intelligent, a conscientious, a humble laity is sorely needed; Out in the whirlpools of business, in the salons of

the the aristocrat and in the hovels of the poor, in the classrooms of the university, in professional life, in the ranks of labor, and in the halls of capital, everywhere the seeds of contempt for religion are being sown—to have the children of men to forget their God, to despise the ten commandments, to ignore the sermon on the Mount, to scoff at the gospel as they did on Calvary's height, and into this abode of ignorance and prejudice and discontent and bitter hatred, the Catholic layman must walk and work and struggle unafraid of aught else except the fear of the Lord, which is still the beginning of wisdom.

Day by day, the priest offers up the only sacrifice of the Mass and breaks the bread of life upon his own tongue. Morning after morning devout cloistered women, far removed from the temptations of the world constantly receive their Divine Spouse into their pure hearts. The little children, whom Christ loves so much, approach His altar rail with their innocent souls radiating through their happy faces at the spiritual joy which is theirs as they receive holy communion.

By what trick of intellectual chicanery did we laymen assume that while priest and nun and child need and cherish this daily refreshment, that by some strange visitation of Divine favoritism, we do not need any such spiritual sustenance to enable us to cope with our difficulties. Around and about us of the laity, the prince of darkness goes seeking whom he may devour. From every angle of our activities, in every step of our daily lives, the enemy is on all sides of us, and yet we lay "the flattering unction to our souls" that we need no Eucharistic assistance, that we can get along without God in our hearts.

If I have read history aright in any respect it is a constant reminder to me of the necessity of responding to God's commands, particularly in the time of persecution and temptation. Far back in primitive days when the catacombs were resplendent with the light of God's altar, the missionary spirit of the Fathers of the Church instilled into our Christian forefathers the need of sacramental reunion with Christ to meet the strain and stress of Rome's infernal cruelties and the grim desolation of prison life, or the glaring sands of the coliseum, with the hungry jungle pack roaring to devour them. Our fathers met that test—priest and virgin, and layman and laywomen and their families, sustained by the bread of life, gave the first missionary spirit for us to emulate. Here in the Orient you have battled for centuries to bring to this age-old time civilization, a different conception of the mystery of life and an understanding of the immortality of the soul. If we can bring to the Far East the missionary zeal of other days, it will be by recognizing the ever old but ever new philosophy—the consolation of God's grace and the privilege of the feast at the altar rail.

Christ's message is still pertinent today—"Go ye and teach all nations . . . and behold I am with you all days even unto the consummation of the world" Do not let us be affrighted. The clouds have hung low over the Church many times before. Have we forgotten our prototype at the foot of the cross Saint John—that brave lad saw his Master suffering as no man ever suffered before; he heard the ridicule and insults of the mob, far more

bitter and horrible than any heard today; above all, he saw the lineaments of death upon the features of his beloved Christ: he heard from those dying lips those words, "My God, my God, why hast Thou forsaken me?" And yet with despairing groan of the human nature of Christ ringing in his ears, he still believed he was the Son of the living God. He saw His beautiful head fall upon His bosom and the boy still did not doubt. What temptations did John have to run away, to skulk off in the darkness to despair of his faith? Alongside of that kind of temptation we modern Christians are but a brood of weaklings, too sensitive and tender of ourselves to recognize the momentous words that "the Lord chastiseth those whom He loves."

The omnipotence of God may be an axiom, but how little some of us realize it. The world today chases the bubbles of fame and power and influence and success and self-satisfaction. The iron of concupiscence eats into the hearts of the mighty of the earth, and how empty are their hands as they go forth to the judgment seat of God. "He that would come after Me, let him deny himself and take up his cross and follow Me". I come from the home of the motion-picture industry. I knew Hollywood when it was famous only for its frostless belt and its California holly. Today by virtue of amazing activity and ingenuity and financial resources it publicizes itself to the world, and yet a little while ago there crept along the shores of my State a ship bearing the mortal remains of a man, who never saw a movie camera, had never had a press agent, who had never aspired to the front page of a newspaper; and yet California and the whole world watched that ship. In his native land of Belgium the King and the elite of the country welcomed with reverence and enthusiasm the relics of Father Damien. What sustained this missionary among the lepers? What conception of duty enabled him to live the life of seclusion and exile and desolation? You don't need to be told, but it is well to remind ourselves that among his suffering children, Father Damien held aloft in daily mass the bread of life to remind these outcasts from society that for them, as for you and me, Christ uttered the words, "I am the way, the truth and the life."

And again, go beyond the veils of a Carmelite convent in France, and visualize the picture of a little nun, living in seclusion in contemplation of heaven and in contempt for the pomps of the world. She dies quietly, peacefully, sanctified by the sacramental union; and again Hollywood gapes and wonders what is that tremendous power that can arrest the attention of the whole Christian world, that can make of this obscure child of God an inspiration for tens of millions of men and women of all ages and races and social status to unite in veneration and admiration at the feet of Saint Therese of Lisieux. Again let us remember the words of Christ to Lucifer on the mountain top—"The Lord thy God shalt thou adore and Him only shalt thou serve."

Here we come therefore to unite not as the fools of the Tower of Babel, but rather in pious expectation of the Valley of Jehosophat, with diversity of language, with difference of race and politics and social customs, with our souls united in the one glorious consecration to the service of our Eucharistic Lord, to measure our journey through life by the foot-prints-

Christ made for us; to renew again our baptismal vows, and to remember our first Communion morning. Let us laymenfolks particularly not be unmindful of the obligations we owe as men of family to give "proof of the faith that is in us" for the example of our children. Throughout the world the lesson is being thrust at the susceptible and the vain weaklings of our sex that religion is good enough for women and children, but we men don't need it. Such colossal conceit and ignorance needs our instant repudiation. Men require the peace of God in a more urgent fashion than need be expounded here. Wherever in the history of the Church, a nation or a generation have raised a brood of men that forgot God, in that period the Church languished; in some instance it almost disappeared from the face of the earth. But in those countries where the women saw their menfolks full of Christian fortitude and zeal, where children saw their fathers and their big brothers leading in the field of Catholic action, the clergy and the teaching forces of the Church had a comparatively easy time instilling into the hearts of their school children the salutary precepts of religion. They were raised in Catholic homes, they breathed the spirit of devotion and piety because of the robust example of the faith of their fathers. Thus will it ever be.

Furthermore, this Eucharistic Lord of ours was no mere doctrinaire. He recognized the foibles and frailties of human nature. He knew how greed and avarice in the one hand and uncontrolled covetousness in the other could destroy those fundamentals of social justice which are based upon His own Divine conception of Christian charity.

Our hearts go out today to the great infallible Chieftain, the shepherd of the universal flock of Christ, now gloriously reigning. His missionary zeal for the welfare of the children of men does not limit itself by the bounds of spiritual exhalation. His tremendous encyclical on social justice, such a wise and fruitful complement to the wisdom of his illustrious predecessor, Leo XIII, has given to all those concerned with economic problems the basic principles on which to adjust the respective rights of capital and labor. This Encyclical is no abstruse dissertation upon this subject, but is documented in such fashion that representatives of both sides of this all important question of today, who can read, may understand.

Back of it all, of course, is the sound elementary virtue inculcated upon the Mount, "Blessed are they that hunger and thirst after justice, for they shall have their fill."

Let us go hence then, my brethren of the laity, refreshed and revived with the experience of this blessed Congress, determined not to hide the light of our faith under a bushel, but resolved to follow humbly, fervently and constantly the guidance of our living Father, His Holiness Pope Pius XI. May the Holy Spirit shed the effulgence of His special graces upon his intrepid spirit that lion heart that masters the infirmities of his bodily ailments, and let us all pray fervently that the King of Kings and the Lord of the Eucharistic Host will preserve him to us "ad multos annos".

A estos discursos fundamentales de la sesión siguieron discursos breves, llamados de cinco minutos por el Excelentísimo

Mons. Dr. José da Costa Nuñez, Obispo de Macao; por el Excmo. Mons. Dr. Henry Ignace Przewdziecki, Obispo de Siedlce, Polonia; por el Excmo. Mons. Simón Tsu, S.J., Vicario Apostólico de Haimen, China; por el M. R. Padre Cipriano Minaya, O. F. M.; por el Ilmo. Mons. Vicente Fernández, Párroco de Malolos; por el Señor Valentin Brifaut, Miembro del Parlamento Belga y por el M. R. Padre Aurelio Lacruz, A. R. Los diversos oradores hablaron en diversos idiomas, siendo todos escuchados con reverencia por la muchedumbre. La Bendición solemne con el Santísimo estuvo a cargo de Mons. Teodoro Labrador, O. P., Vicario Apostólico de Funning, China. Antes de dar comienzo a la sesión se había leído en el micrófono el texto de un radiograma recibido del Vaticano y firmado por el Eminentísimo Cardenal Pacelli en el que se decía:

“Nos regocijamos sobremanera por el magnífico triunfo tributado a Jesucristo Rey por los Obispos y el clero que han asistido fielmente a Su Eminencia en la solemne apertura del Congreso Eucarístico Internacional en Manila y nos sentimos profundamente conmovidos por el amoroso homenaje de oraciones y de solicitud por su Vicario en la tierra. El Santo Padre desde el fondo de su corazón envía a Su Eminencia, al Delegado Apostólico, al Arzobispo de Manila, a las autoridades, Obispos, sacerdotes y fieles su paternal bendición apostólica con el deseo de que el cielo derrame sobre vosotros copiosas gracias y logreis abundantes frutos de vuestra devota labor.”

Segunda Asamblea General del Congreso

La lluvia que venía amenazando dos días antes fué causa de que la segunda sesión general del Congreso no se pudiera celebrar en la Luneta. Miles de personas acudieron, no obstante, al lugar de sesiones, y, a decir verdad, se vió sorprendida por la supresión de las ceremonias, si bien el fuerte temporal hacía imposible celebrar al aire libre ningún culto. Por esto el Comité determinó que los discursos se radiaran desde el estudio de la estación de Radio KZRM de Manila. A pesar de la lluvia muchos permanecieron en la Luneta escuchando a los oradores mediante los altoparlantes instalados para dichos cultos eucarísticos. De los discursos de este día ofreceremos a nuestros lectores dos de los más importantes: El del Excelentísimo Mons. Dr. Edmundo Gleeson, Obispo de Maitland, Gales del Sur y el del Ilustre Rector Magnífico de la Universidad de Santo Tomás, M. R. Padre Dr. Silvestre Sancho, O.P. El primero de los ora-

dores habló en inglés y he aquí algunos de los párrafos más interesantes del mismo.

*"Echaré aguas sobre la tierra sedienta
y riachuelos sobre el terreno árido; vaciaré
mi espíritu sobre la semilla."*

Isaias 43.

La Encarnación es la manifestación de Dios al Hombre en toda su belleza y dulzura. Dios ya no había de estar lejos—El estaría junto al hombre, El sería visto por éste, El había de conversar con él. Ya no había de ser meramente el Dios de la justicia, despertando temores, como lo había sido en la Antigua Dispensación de los Judios, sino que todo alrededor suyo había desde entonces de ser dulzura y amor. Santos como San Alfonso se hicieron familiar la razón que trajo el Todopoderoso del Cielo a la tierra en la Encarnación: "El hombre no me ama porque no me ve. Quisiera ser visto por él y conversar con él y así ser amado por él."

Pero la Encarnación en sí misma era un acto pasajero; la toma de la naturaleza humana, el hecho de nacer, las idas y venidas de Palestina, la muerte en la cruz, la resurrección y la ascensión al Cielo, todos fueron actos que no se habían de repetir. Así y todo, Dios en su misericordia deseó que en cierto sentido la Encarnación fuera continua y permanente, y en su belleza y poder que se repita constantemente en la tierra en interés de la humanidad. Esta maravilla del amor divino se convierte en un hecho por medio de los Sacramentos, pero sobre todo, por medio del Sacramento de la Eucaristía. La sagrada comunión contiene por excelencia los frutos de la condescendencia de Dios y el amor en la Encarnación. Significa no solo que Dios está con nosotros, sino dentro de nosotros, Dios dando su vida a nosotros, Dios obrando sobre nosotros, Dios tomando posesión de nuestros pensamientos y juicios, transformándolos y haciendo de ellos como si fueran suyos, Dios todopoderoso destruyendo al "antiguo hombre" dentro de nosotros.

Este estupendo fruto de la Sagrada Comunión los escritores espirituales lo llaman "la incorporación a Cristo." Debemos temer el uso de la expresión si no fueran las palabras del Señor mismo. Por otro lado El advirtió al hombre que sin la recepción de la Sagrada Comunión la vida espiritual sería incompleta.—"A menos que comas la Carne del Hijo del Hobre y bebas Su Sangre, no tendrás vida en tí", y por otro lado El enfáticamente declaró que la unión creada entre El y los hombres por medio de este Sacramento sería fuente de la vida divina. "Aquel que me comiera, ese vivirá en Mí". Esta unión, por tanto, habría de significar una acción de Cristo sobre el alma, mucho más elevada y efectiva que la que ejerce cualquier otro sacramento. Habría de significar energía sobrenatural, luz y amor de una calidad extraordinaria. ¡Qué poder, pues, debe tener la Sagrada Comunión para la débil naturaleza humana! Por eso San Crisóstomo dijo: "Cuando los demonios ven en nosotros la Sangre del Señor, temen y huyen, y los ángeles nos rodean". "Dadles el cuerpo de Cristo" fué el grito de San Cipriano cuando los cristianos de su tiempo afrontaron persecución y cuando se hizo un esfuerzo para negarles este Alimento.

¡Qué verdad más consoladora es esta, hermanos, en los días como estos en que toda tendencia peligrosa es acrecentada en fuerza cien veces por las tentaciones del mundo! Qué tonto y fatal sería el olvidarla y burlarnos de la fuerza que nuestro Divino Señor nos ha prometido en todas las dificultades en su servicio, aún en aquellas que parecen invencibles. San Felipe Neri, el apóstol de Roma, comprendía muy bien esta amante dispensación de la Providencia y no se cansaba de predicar la comunión frecuente. Nos dicen que cuando un joven le confesaba su debilidad, el buen sacerdote solía decir, "Vete al altar". Y cuando el joven volvía y admitía haber repetido el pecado, el Santo volvía a decir: "Vete al altar". Y cuando el mismo penitente volvía por tercera vez y en desesperación gritaba, "O Padre Felipe, he vuelto a pecar y ahora con mayor descaro", el santo confesor de nuevo le decía, "Hijo mío, ten valor vete al altar y serás curado." De esta manera nos dicen que San Felipe en corto tiempo reformó a toda la juventud de la ciudad de Roma.

Ahora, hermanos, esta poderosa fuente de la vida divina y el remedio contra el mal no se limitó por el Señor a países o pueblos particulares. Fué para todo el mundo y para todos los hombres. Ningún país había de quedarse seco y desierto; ningún alma había de privarse de la fuerza fortalecedora de este Sacramento. "Echaré las aguas sobre la tierra sedienta y riachuelos sobre el terreno árido; vaciaré mi espíritu sobre las semillas." Amantes palabras, ciertamente, de Jesús para quien como San Pablo, no había "ni judío, ni griego, ni esclavo ni libre" Pero, al fin, hay tierras áridas y estériles porque esta Fuente no suelta sus riachuelos refrescantes por ellas; hay corazones inertes, muertos, incapaces de concebir el menor deseo de virtud o de mostrar la menor semblanza de la vida espiritual porque el pan alimentador de la Vida, la Sagrada Comunión, les es desconocida.

Pensad en los cambios que la obra de los misioneros hace en una tierra pagana. Ved a los niños y a las niñas de escasa edad recibiendo su Primera Comunión; y observad una vez que hayan pasado los meses y los sacerdotes y los catequistas hubieron llevado el mensaje del amor de Dios y explicado la naturaleza y el poder del Manjar de los Angeles a los hombres y a las mujeres, que hasta entonces se encontraban en las sombras del paganismo; observad la reverencia con que los nuevos cristianos se acercan al altar para recibir el cuerpo de su Redentor en el Sacramento de la Sagrada Eucaristía. Cuan complacido deberá sentirse Nuestro Señor de que se haya al fin cumplido Su deseo. El espectáculo nos recordará Su Palabra a Sus Apóstoles cuando éstos salían del cenáculo después de su primera Comunión: "Estas cosas os he dicho para que la alegría sea con vosotros y que vuestra alegría sea satisfecha" (S. Juan 15, 11). Así se regocija El al ver a nuevos amigos en Su mesa y que Su presencia Sacramental dentro de ellos llena sus corazones de alegría dándoles una impresión de hallarse en el Paraíso.

El Santo Sacramento en todos los países—el Sagrado Sacramento que lleva al Salvador del mundo a todos los corazones humanos y comunicando no solo el amor de Jesús sino la Vida de Jesús a dichos corazones—el Sagrado Sacramento elevando al hombre y dándole fuerzas contra los enemigos más fuertes—¿qué católico una vez que haya comprendido estos benditos resul-

tados podrá dejar de acordarse de las misiones extranjeras o se negaría a ayudar a tales misiones con sus oraciones y recursos materiales? En este Congreso, hermanos míos, hay presentes distinguidos representantes de las misiones que llevan a Jesucristo en el Sagrado Sacramento a los corazones y a los hogares antes paganos. Habladles y os dirán de las pruebas y penalidades de la vida misional pero, ante todo, de la felicidad que sienten al decir a los conversos en nombre de Jesucristo: "Tomad y comed, este es Mi Cuerpo; Bebed, esta es mi sangre." Participad en su labor. Ayudadles con vuestras oraciones. No olvidéis sus necesidades temporales; dad vuestro grano de arena y Dios os bendecirá.

Pero no olvidéis que hay misiones tanto dentro como fuera de vuestro país. En vuestro país llamado acertadamente la "única nación católica del Oriente," hay aún algunas tierras secas y sedientas porque no conocen a Jesucristo, y lo que es aún más lamentable, hay corazones inertas y macilentos que se llanarían de la vida católica más fuerte si hubiese sacerdotes suficientes para darles el Sagrado Sacramento. ¡Ojalá este Congreso traiga alivio con el aumento de vocaciones al sacerdocio! Orad para que así sea: orad para que la vocación aumente. Sea la felicidad de los padres y de las madres el que hayan sido los medios en las manos de Dios, con sus oraciones y sus buenos ejemplos en el hogar, para dar la "perla del gran premio", una vocación a uno o dos de sus hijos. Entonces la vida de Jesucristo se vivirá con más realidad y más universalmente en la mancomunidad de Filipinas. Entonces se hará más católica y más poderosa la nación para atraer hacia Jesucristo a los muchos pueblos del Extremo Oriente que aún no Le conocen. Pero el número de sacerdotes no aumenta si el número de los que frecuentan la comunión no aumenta. La vocación no se podrá encontrar sino en los hogares en donde la Santa Comunión se reverencia y se ama, y esto, especialmente, por los hombres. Los hombres deben encabezar las procesiones regulares hacia el altar; su sexo ha sido privilegiado por el hecho de que el Gran Alto Sacerdote le ha comunicado Su misión. Venid al altar hombres de las Islas Filipinas, trayendo con vosotros a vuestros hijos desde una edad tierna, haciéndoles ver que apreciáis el regalo más precioso de Dios—y entonces se llanarán del espíritu de Jesucristo y recibirán de El, en la proporción que El desea, el llamamiento al santuario. Preparados y formados en el buen hogar católico y ante el altar, serán ministros acertados de la Sagrada Eucaristía en su propia tierra, y tal vez, en las otras tierras que les necesiten.

Traigo una bendición de Australia para vosotros, de nuestra Mancomunidad a la vuestra. Que las Islas Filipinas sean una tierra de paz y abundancia. ¡Que sea una tierra de fé y amor divinos! Que sea una tierra, sobre todo, del Sagrado Sacramento, una tierra del Corpus Christi, en Santa Comunión con Jesucristo, Su Vida y Su Gloria. Amén.

Discurso del P. Sancho, O. P

*Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi
Si quis manducaverit ex hoc pane vivet in eternum.
Et panis quem ego dabó, caro mea est pro mundi vita.
Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo.
Quien comiere de este pan vivirá eternamente; y el
pan que yo daré es mi misma carne, la cual daré yo
para la vida o salvación del mundo.*

La noticia llenó de tristeza el corazón de Cristo. Juan el Bautista, su precursor, acababa de ser sacrificado en aras de la voluptuosidad y de los celos de una mujer adúltera. Los discípulos del Profeta martir se habían llegado a Jesús a darle cuenta de la muerte de su Maestro y del cuidado que habían tenido de su sepultura. Los Evangelistas San Juan y San Marcos nada nos dicen de las decisiones tomadas por Jesús dolorido por la muerte de su primo, a consecuencia de la noticia del martirio. San Mateo parece indicarnos que fué entonces cuando el Nazareno tomó la decisión de alejarse de Galilea. No quería chocar con Herodes, el asesino de Juan, no por miedo y porque no estuviera dispuesto a dar su vida, sino porque sabía que no había llegado aún su hora y que su muerte había de tener lugar en Jerusalem. Jesús tenía, además, otra razón para retirarse y era la necesidad de reposo que tenían no tanto él como sus apóstoles que acababan de llegar de vuelta de su misión. En la soledad y a su lado recobrarían las fuerzas; debían tener muchas cosas que contar al Maestro y muchas mas que aprender de El. Y en Galilea la multitud de gentes no les permitía platicar en paz. Se alejó pues Jesús con sus discípulos en una barca, tomando el rumbo de Bethsaida para pasar aún más allá, a un desierto. Oigamos el relato del Evangelista San Juan.

“Y después de esto pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea que es el lago de Tiberiades. Y como le siguiese una gran muchedumbre de gentes al ver los milagros que hacía con los enfermos subiose a un monte y sentóse allí con sus discípulos. Acercábase ya la Pascua, que es la fiesta de los Judíos. Habiendo pues Jesús levantado los ojos y viendo venir a sí a un grandísimo gentío, dijo a Felipe ¿Dónde compraremos pan para dar de comer a toda esa gente? Más esto lo decía para probarle, pues bien sabía el lo que había de hacer... Y dijo Jesús: Haced sentar a esas gentes. El sitio estaba cubierto de hierva. Sentáronse pues al pie de cinco mil hombres. Jesús entonces tomó los panes y, después de haber dado gracias, repartiólos entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces dando a todos cuanto querían... Visto el milagro que había hecho decían aquellos hombres. Este es sin duda el Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual conociendo Jesús que habían de venir para llevársele por fuerza y levantarle por Rey, huyose él solo otra vez al monte.”

Allí tenéis, amados de mi alma, en palabras sencillas la narración del milagro estupendo de la multiplicación de los panes y de los peces. Ese milagro era como el precursor de otro milagro infinitamente más admirable, con millones de personas. La multiplicación, por la transubstanciación del pan y

del vino, de su Cuerpo y de su Sangre, que iba a darnos como alimento y bebida, para que tuviéramos vida y vida abundante.

Al día siguiente, aquel gentío, que se había quedado en la otra parte del mar, advirtió que allí no había más que una barca y que Jesús no se había metido en ella con sus discípulos, sino que estos habían marchado solos... Pues como viese la gente que Jesús no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, entraron en dichos barcos y se dirigieron a Cafarnaún en busca de Jesús. Y habiéndole hallado a la otra parte del lago le preguntaron: Maestro: ¿cuándo viniste acá? Y Jesús les respondió y dijo "En verdad, en verdad, os digo; que vosotros me buscáis, no por mi doctrina, atestiguada por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad para tener, no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna el cual os lo dará el Hijo del Hombre; pues en este imprimió su sello el Padre, que es Dios. Preguntaron luego ellos: ¿qué es lo que haremos para ejercitarnos en obras del agrado de Dios? Respondióles Jesús." La Obra agradable al Padre es que creáis en Aquel que El os ha enviado. Dijéronle entonces: ¿Pues qué milagros haces para que creamos? ¿Qué cosas extraordinarias haces? Así fué siempre de ingrata y olvidadiza la humanidad. Horas antes los mismos que ahora preguntan al Nazareno qué obras admirables haces tu, habían sido milagrosamente alimentados por la multiplicación de los panes y de los peces. Han olvidado que fueron ellos mismos los que plenos de entusiasmo ante la multiplicación de milagros querían hacerle su Rey. ¡Pobre humanidad, juguete de su inconstancia y olvidando hoy los beneficios de ayer y pidiendo en viernes la crucifixión de quien aclama Rey el Día de Domingo de Ramos!

Había llegado ya el tiempo en que Jesús debía anunciar al mundo la institución del misterio de los misterios; el misterio de su Cuerpo y de su Sangre. El Cordero de Dios que quita los pecados del mundo sería inmolado, no sin que antes nos cumpliera la promesa que hoy nos va a hacer.

Y le preguntan los judíos: "Pues qué milagro haces Tu para que nosotros veamos y creamos?"; y comienzan a hablar con elogio del pan del cielo dado por Moises a sus padres en el desierto: "Nuestros padres, dicen, comieron el maná en el desierto, según está escrito: Díoles a comer pan del cielo."

Con toda mesura y con una claridad admirable, les contesta Jesús, y al contestarles anuncia el gran misterio que habrá de ser desde el día de Jueves Santo el centro de la vida de la Iglesia por El fundada.

"En verdad, en verdad os digo: Moises no os dió pan del cielo; mi Padre es quien os da a vosotros el verdadero pan del cielo. Porque pan de Dios es Aquel que ha descendido del cielo y que da la vida al mundo. Dijéronle ellos: "Señor danos siempre de ese pan. A lo que Jesús respondió: Yo soy el pan de vida; el que viene a Mi no tendrá hambre y el que cree en Mi no tendrá sed jamás"; y amplifica la afirmación sosteniendo su origen divino. Los judíos empezaron a murmurar porque había dicho: Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo.

Cristo les dice: No andéis murmurado. Insiste en sus afirmaciones: "Yo soy el pan de vida" y repite hasta tres veces esta afirmación, y los judíos vuelvan a protestar murmurando: ¿"Cómo puede este darnos a comer su

carne? ¿Rectificará Jesús? ¿Hace aclaraciones o atenuaciones? No; vuelve a insistir con singular porfía hasta cinco veces en su afirmación, llegando a decir para que no nos cupiera duda alguna acerca de sus palabras: "Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida". Quien come mi carne y bebe mi sangre en Mi hora y yo en él." "Así como el Padre que me ha enviado vive y Yo vivo por el Padre; así quien me come también él vivirá por Mi. Este es el pan que ha bajado del cielo. No como a vuestros padres que comieron el maná y no obstante murieron; quien come este pan, vivirá eternamente. En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del hijo del hombre y no bebiereis su sangre no tendreis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna."

Al oír estas aseveraciones, muchos de sus discípulos dijeron: ¿Quién es el que puede escucharlo? Y Jesús, lejos de vacilar, les pregunta: ¿Esto os escandaliza? Y vuelve a insistir; y entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle y ya no andaban más con El.

Después de las palabras terminantes y claras de Jesús no tenían porqué discutir entre sí, dice el gran exégeta Lagrange. Tan precisas palabras desafían las más ingeniosas sutilezas de los exégetas. "Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebeis su sangre... Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida."

El gran Bossuet, encarándose con los infieles de su tiempo les dice:

"Todo esto, decís vosotros, son misterios y alegrías: comer y beber es creer: comer la carne y beber la sangre es ver estos dos elementos separados en la cruz y buscar la vida en las llagas de nuestro Salvador. Si esto es así, Salvador mío, ¿porqué no hablas con sencillez y porqué dejas que murmuren tus oyentes, yendo hasta el escándalo y hasta abandonarte cuando todo se evitaría diciéndoles claramente tu pensamiento?"

Aquí, cuanto más se murmura contra El, cuanto más se escandalizan de tan extrañas palabras, más El las repite, más se encierra por decirlo así en la dificultad y el enigma. Bastaba una palabra, bastaba decirles: ¿Qué os conturba? Comer mi carne es creer en ella; beber mi sangre es pensar en ella y todo ello no es otra cosa que meditar mi muerte. Eso es todo. Aquí no hay dificultad ni sombra alguna. Sin embargo, Jesús no lo hace y deja sucumbir a sus propios discípulos a la tentación y al escándalo y no les dice esa palabra. Tu no vienes a turbar a los hombres con palabras pomposas y sin sentido: sería gozarte en proponerles paradojas solo para aturdirlos."

Tu solo, Señor, tienes palabras de vida eterna. ¿Y como podríamos llamar palabras de vida eterna a las de Jesús hablándonos de su cuerpo y de su sangre como alimento de nuestras almas, si hubiéramos de interpretarlas en otro que en su sentido natural y obvio, tal cual los judíos las interpretaron?

Jesús bueno, que eres la verdad y el camino: Jesús justo que eres la luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: nosotros creemos y confesamos que tu Carne verdaderamente es comer y tu sangre verdaderamente es beber: y que solo quien come tu carne y bebe tu sangre tiene vida. Nosotros creemos que al pronunciar tus divinos labios sobre el pan las palabras de la Consagración allí la substancia del pan desaparece para

dar lugar a la substancia de vuestro cuerpo y la del vino a la de vuestra Sangre; nosotros creemos que allí estais para ser nuestro alimento en la santa Comunión.

El relato anterior hay que componerlo con los cuatro que tenemos de la Cena, el de San Mateo, el de San Marcos, el de San Lucas y el de San Pablo.

Tomando y bendiciendo el pan y el caliz dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo: Tomad y bebed esta es mi sangre."

¡Qué claridad, escribe Bossuet, qué precisión! ¡qué fuerza en la expresión! Pero al mismo tiempo, ¡qué autoridad y poder hay en tus palabras, ¡Dios mío! Mujer, tu estás curada: y se cura en el mismo sitio. Este es mi cuerpo; y es su cuerpo. Esta es mi sangre y es su sangre ¿Quién puede hablar de esta manera sino el que tiene todas las cosas en su mano? ¿Quién podría hacerse creer, sino él para quien el hacer y el hablar es una y la misma cosa? En nuestra fé desea El la misma simplicidad que en sus palabras. Este es mi cuerpo; y es su cuerpo. Esta es mi sangre y es su sangre. En la manera antigua de comulgar el sacerdote decia: El cuerpo de Jesucristo; y respondía el fiel. Amen; así es. El sacerdote decía: La sangre de Jesucristo; y respondía el fiel: Amen; así es. Todo se hacía, se decía y se explicaba con tan sencillas palabras. Yo guardo silencio, yo creo, yo adoro. Todo está hecho; todo está dicho.

Ya está Jesús sobre la mesa del altar del sacrificio. "Haced esto en memoria de mi" y al decir estas palabras les confiere y en ellos a los sacerdotes, que habrán de suceder en el misterio del Cuerpo y Sangre del Señor, el poder del consagrar su cuerpo y su sangre. Porque ¿cómo podrían comer los fieles este pan, sin el cual no hay vida, o beber esta sangre, sino hoy quien la consagre y quien se la ministre?

Y se queda Jesús con nosotros hasta la consumación de los siglos; y oculto en nuestros tabernáculos, encerrado bajo las especies sacramentales espera que vayamos nosotros a El para comerle en la Santa Comunión.

Yo soy el Pan vivo bajado del cielo; quien comiere de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne la cual daré yo para la salvación del mundo."

La cena iba a terminar. Tomó entonces Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y lo dió a sus discipulos diciendo: "Tomad; este es mi cuerpo." Fué el último acto de la cena; porque despues de esto tomó una copa, la que se bebía en acción de gracias despues de la cena, y la tercera según el rito judío. Se la dió y bebieron todos de ella y les dijo "Esta es mi sangre, sangre de la alianza que por muchos es derramada". Las palabras de la consagración que hemos citado son las más cortas y son de San Marcos. San Mateo dice: Tomad, comed; esto es mi cuerpo. Despues el caliz: Bebed de él todos, porque esto es mi sangre, de la nueva alianza, la cual es derramada por muchos para la remisión de los pecados." A su vez San Lucas: "Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros: haced esto en memoria de mi". Despues: "Este caliz es la nueva alianza en mi sangre: haced esto todas las veces, que bebiéreis de ella, en mi memoria."

Aunque las palabras difieren algo concuerdan todas en lo esencial. “Lo que era pan se convirtió en cuerpo del Señor y el vino se convirtió en su sangre. Esta sangre se emplea, según el rito de la alianza, que suponía una aspersión del pueblo con la sangre de una víctima. Aquí la víctima es Jesús cuya sangre está en el caliz; y así da El principio a la nueva alianza. Los discípulos deben comer aquel cuerpo y beber aquella sangre. Tal es el nuevo Sacramento.

Y lo comemos y bebemos en la Santa Comunión. Para esto quiso quedarse con nosotros. Para renovar todos los días y sobre todos los altares el sacrificio de su cuerpo y de su sangre; para ser la víctima santa de cuya carne hemos de alimentarnos y con cuya sangre hemos de apagar la sed de infinito que devora nuestras almas.

“Mujer, había dicho el Nazareno a la samaritana, si supieras el don de Dios y conocieras quién es el que te pide de beber, tu serías quien le pidieras pues yo tengo agua que bebida una vez quita la sed para siempre. “Sí; ese su cuerpo sacrificado por nosotros es la piedra viva en la cual los clavos y la lanza del soldado abrieron cinco fuentes de las cuales brotan torrentes de agua que llegan a la vida eterna”.

En el bregar de la agitada vida moderna; en este constante ir y venir del mundo moderno no es solo nuestro cuerpo quien pierde energías; es también y principalmente el alma la que se ve cada día más debil para sostener la lucha cada día más dura y más recia contra sus enemigos: el mundo, el demonio y la carne. ¿Donde reponer esas fuerzas perdidas? En la Eucaristía, en el comer frecuente y a ser posible cotidiano del Pan bajado del cielo precisamente para servirnos de alimento y de reparador de fuerzas.

Jesús es el pan: pan formado con la flor de harina de la humanidad; las lágrimas de los Patriarcas, de los Profetas, de los santos todos, y aun de todos los hombres, que antes de Cristo vivieron, fueron el agua de sufrimiento con que se amasó esa harina, para formar con ella el pan que había de ser la carne que Jesús tomó en las entrañas de María Virgen. Generaciones tras generaciones fueron llevando por todos los caminos de la vida la pesada carga del castigo que Dios nos impusiera por el primer pecado; y al peso de esa carga; ¡cuántos corazones atribulados! ¡cuántas almas desgarradas! ¡cuántas lágrimas vertidas! Y quiso Dios en su misericordia infinita recoger algunas de esas lágrimas como suma y compendio de todas ellas y acordándose de su piedad quiso que del vientre de una mujer saliera el libertador convertido en carne, aunque era el Verbo Divino: “Y el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros.” Lágrimas y suspiros de los profetas y de los santos seáis benditas, pues recogidas por Dios todopoderoso, amasó con ellas el pan de Vida, que despues habíamos de comer nosotros en su plena realidad, más afortunados que vosotros, que solo en figuras habíais de comerlo.

Jesus es el pan: pan cocido en el horno de todos los amores del hombre a Dios y de Dios al hombre. En medio de las densas nieblas de aquella noche del pecado y de las desviaciones humanas en el servicio del Dios verdadero, brilla en el horizonte la estrella de una promesa que produce en los pechos de multitud de hombres el ansia de una esperanza cuanto más deseada.

más amada. Y llegó ese deseo a su cumbre en el corazón de la Virgen Hija de Juda. Y todos los amores se condensan en el suyo, siendo la escogida del Padre y la Esposa del Espíritu Santo, espíritu de amor. En ese horno del corazón de María quiso el Padre eterno se cociera a fuego lento el cuerpo, cuya carne había de ser nuestro alimento y cuya sangre había de ser nuestra bebida. Horno sagrado del corazón de la Virgen bendígame las generaciones todas y por eso te dirán bienaventurada los hombres de todos los tiempos.

“Y envío el Señor su angel a la tierna doncella de Nazaret, para anunciarle el gran misterio de la Encarnación del Verbo: Dios te salve llena de gracia, el Señor es contigo y bendita tu entre las mujeres. Has hallado gracia ante los ojos del Señor y sábetete que has de concebir en tu seno un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, que será llamado el Hijo del altísimo. Y toda llena de amores la virgen sin mancella, no sabe más que decir: Aquí está la esclava del Señor, que se haga en mi según tu palabra. Y a esta respuesta el Espíritu santo formó en el seno de María el Pan de vida, que por nosotros se ha de dar en la cruz un día para sacrificarse despues todos los días sobre los altares.

Jesús es el pan vivo, y nadie mas que él pudo decir con verdad “Yo soy la Vida” porque el. El, como dice San Juan, estaba la vida”.

Comerás, había dicho el Señor al primer hombre, comerás de la fruta de todos los árboles del paraíso de delicias; pero de la fruta de este arbol no comerás. Y traspasó el mandamiento divino y con la fruta de aquel arbol todos gustamos, dice el apostol, la muerte. Y fué preciso que en el seno de María primero y en lo alto del Calvario despues plantara Dios el arbol de la vida de cuyas ramas pendía el fruto de nuestra vida. Yo he venido, nos dice Jesús, para que tengáis vida y vida abundante. Fuí plantado en el seno de una Virgen y allí eché mis raíces bien hondas en las capas de la humanidad, cuyo primogénito soy. Despues quise ser plantado en el monte de las calaveras y regué con mi sangre la frente del primer hombre en un bautismo de sangre, que purificó la humanidad entera.

Yo soy el pan de Vida. Cansado de un caminar de tres días a través del desierto, cae junto al enebro el profeta Elias que andaba huyendo de la impia Jezabel que había jurado matarlo. Y vino el angel del Señor y despertó al profeta y le señaló para que comiera un pan que estaba entre los rescoldos y para beber un baso de agua. Y durmíose otra vez el profeta y le despertó de nuevo el angel y le dijo: Levántate y come, que aun te queda largo camino que hacer. Y levántose y comió de aquel pan subcinericio y bebio de aquella agua y fué tal la fortaleza que le dieron que cobró vigor para caminar cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios Horeb.

Somos nosotros, amados de mi alma, los que andamos por el desierto de la vida, trabada batalla con los enemigos de nuestra alma, que por todas partes nos acosan. Sabía el buen Samaritano que más de una vez nos habíamos de dormir en los senderos de la vida, del vicio y del pecado. Y por eso nos preparó el vino de su misericordia y el oleo de su caridad para curar nuestras heridas y nos preparó entre las brasas de su pasión sangrienta

el Pan de Vida, que es su propia carne y el agua de salud que es su preciosa sangre, para que curados de las heridas del pecado cobremos alientos y sigamos por el camino de la vida.

Venid a Mi, nos ha dicho y nos dice todos los días desde el Tabernáculo, venid a mi todos los que andáis a golpes con la vida, en peleas continuas en las encrucijadas del vivir de cada día, de este vivir moderno tan inquieto, tan lleno de peligros. Venid a Mi que yo tengo leche y vino, lo cual os daré sin ningún precio.

Cuando sintáis el ánimo desfallecido por el continuo bregar de la vida, acercaos a mi mesa, que os daré a comer mi carne y a beber mi sangre, que os alentarán y confortarán para seguir adelante sin desfallecimiento y sin cansancio. Y despues de esta vida os daré la eterna porque el que come vivirá para siempre.

Jesús es Pan vivo que reparte amores. "Amor de Amores" ha sido llamado este Sacramento y por eso siempre fué el Sagrario lugar donde se dieron cita las almas enamoradas del divino amante. Los primeros cristianos venían a los ágapes y de ellos salían rugiendo como leones para el martirio y la palma del triunfo. Con la Sagrada Comunión se preparaban los mártires a ir a los circos, y las arenas de esos circos quedaban enrojecidas con la sangre de las víctimas cristianas; y aquella sangre, puede decirse, que estaba mezclada aun con la sangre del Cordero sin mancha, recibida en Comunión antes del combate.

Los santos todos fueron grandes enamorados de la Sagrada Eucaristía. Sto. Domingo de Guzman no tuvo nunca celda y era la Iglesia el lugar de su descanso; y el altar del señor el lugar de su reposo. ¡Cuántas veces el gran apostol en aquellas noches de soledad tocaría a la puerta del sagrario para decir al Divino Prisionero de sus trabajos y sus penas; para pedirle ayuda en sus tribulaciones y amarguras! Tomás de Aquino fué enamorado y fino amante de la Eucaristía y fué el único hombre que mereció oír de labios de Jesús—Hostia: "Del Sacramento de mi cuerpo y de mi sangre has escrito bien, Tomás; ¿qué premio quieres?"

Era la mañana del 12 del florido Mayo de 1333. El lugar del suceso Bolonia; en el convento de las dominicas. Aquel día y como preparación a la fiesta que al siguiente se celebraba, las religiosas todas habian comulgado. Todas no; quedaba sin comulgar una religiosa de 10 años. Había nacido esta purísima, hermosísima y fragantísima flor de la niñez cristiana, gala de la Iglesia hermana de los angeles, émula de los serafines, por el año de 1322 en la ciudad de Bolonia. Sus padres: Egano de Lambertini y Castora de Galluzzi, condes de la primera nobleza de aquel pais y modelos de piedad y virtudes cristianas.

A aquella monjita de 10 años, en atención a su edad, no se la había permitido comulgar y mientras las otras religiosas daban gracias a Jesús por haber venido a hospedarse en sus pechos, ella, deshecha en llanto, suspiraba por recibir en su pecho al Amado de su alma y le llamaba y le conjuraba que por su amor no la dejase privada de El, porque de amor languidecia y de dolor moría. De pronto y entre resplandores de gloria aparece en los

aires una Hostia Consagrada, la cual descendiendo de lo alto viene a fijarse delante de la santita y a la altura de su frente, permaneciendo allí sin moverse. Los suspiros de la niña, sus anhelos por tomar aquel pan que venía del cielo, el miedo de que no tomándole luego desapareciera y ella se quedara sin el Dios de su corazón, las miradas inflamadas, las ansias ardorosas, el abrir sus labios para que Jesús entrara en su pecho, el levantar los brazos para sujetarlo y que no se fuera ¿quién lo podrá declarar? ¿Quién podrá contar los latidos de su corazón y las quejas amorosas por la tardanza y las llamas como de quien se abrasa y se siente morir? Jesús, desde aquella Hostia la mira y como el mirar de Dios es amar, y el amar de Dios es infundir amor y gracia, la mirada de Jesús hermozeaba y levantaba por grados el alma de la Monja-Niña, que próxima a ser hecha consorte de la misma divinidad, presentía muy de cerca la dignidad y alteza de la gloria.

Las religiosas asombradas del prodigio llaman al sacerdote; reconoce este la voluntad de Dios, viene, contempla el milagro, coloca reverente la patena debajo de aquella Hostia venida del cielo, la toma reverente y estremecido en sus manos consagradas y la pone en la lengua de aquella niña de diez años a quien con envidia miraban los angeles. Apenas pasada la Hostia Santa de la boca al pecho la santa niña cruzó sobre el corazón las manos, como abrazando y apretando al amado del alma para que no se fuera, cerró suavemente los ojos que brillaron por última vez con fulgores de cielo y quedó como dormida en los brazos de Jesús, en dulcísimo y amorosísimo sueño del cual fué a despertar en el seno de Dios.

Imelda Lambertini, la Patrona de la Primera Comunión, había muerto de amor al recibir por vez primera el Cuerpo y sangre de Jesús encerrados en la sagrada Eucaristía.

Bien puede decir Imelda que Jesús es el Pan de Vida bajado del cielo y que quien come de este pan vivirá para siempre.

El que come mi carne y bebe mi sangre está en Mí y Yo en él. Y así como el Padre que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre así también quien me come vivirá por mí y mi propia vida. Porque mi Carne es el pan que ha bajado del cielo y quien comiere de este pan vivirá para siempre.

Soy alimento de los fuertes, decía el Señor a nuestro gran Padre San Agustín, ampliando y clarificando de algun modo sus propias palabras; crece y me comerás. Y no me cambiarás en tí, como se cambia en tu carne el alimento que comes; sino que tu te cambiarás en mí. He ahí, amados fieles, el gran valor de este Comer la Carne y Beber la sangre del Salvador: La Transformación del hombre en Dios, de la vida nuestra en la vida suya. Nunca, como después de la Sagrada Comunión, puede decir el hombre con tanta verdad aquello del Apostol: "No soy yo quien vive, es El quien vive en mí, es Cristo".

Son las primeras horas de la mañana. Comienza el sol apenas a dorar con sus rayos los picos de las más altas montañas o a tender su manto de oro por las llanuras que verdeguean. En medio del pueblo cristiano se levanta majestuosa la Iglesia. Desde lo más alto de su torre, que como centinela vigila el dormir de aquellas buenas gentes, se van esparciendo por los aires las argentadas voces de las campanas que llaman a los fieles a misa.

Las humildes mujeres de la aldea y las más pulidas de las ciudades, tocadas con su mantilla van llegando a la Iglesia; con ellas vienen también algunos hombres ¡que pocos Dios mío! Ya sale el sacerdote, revestido con los ornamentos sagrados. Pausada, lentamente se llega al altar santo y en el ara deja el Caliz de Bendición, en cuya copa habrá de consagrar la sangre del Cordero sin mancilla.

Hay silencio en la Iglesia y los buenos cristianos van siguiendo paso a paso las ceremonias de la Misa. Ya sube el sacerdote al altar. Ya está el Cristo en la tierra haciendo la oblación del pan y del vino. Suena la campanilla después del Prefacio y a poco el Ministro de Dios se inclina sobre la Hostia, sobre la cual pronuncia las palabras que un día pronunciara sobre el pan en el Cenáculo el Señor: "Este es mi Cuerpo" y sobre el Caliz: "Esta es mi sangre." Ya está Jesús sobre el ara santa inmoldándose de nuevo por nosotros. "Señor, yo no soy digno, dice el Ministro, Señor yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada; pero, decid una sola palabra y mi alma quedará salva, santa y perdonada." Y llega la Hostia Santa a sus labios y toma en sus manos el Caliz y Jesús-Hostia hace su altar en el pecho del sacerdote.

Vuélvese al pueblo con el Copon en la mano. Pausada, lentamente, agobiadas por el peso de la vida, van llegando las almas al altar santo y en cada pecho va depositando el sacerdote la Hostia Consagrada. Jesús Crucificado e inmoldado ha venido a habitar en el pecho de sus fieles, que le abrazan, que le adoran, que le besan, que le cuentan sus penas y le piden gracias para seguir luchando contra los enemigos de su alma hasta llegar sanos y salvos a El, en la Vida Eterna. Y les dice Jesús: Yo soy la vida, y el que a mí me recibe tiene la vida y quien me come dignamente vivirá para siempre. Y el alma de los que han comulgado se transforma en el alma de Jesús. Y sienten los fieles, como dice San Leon, sabor de Sangre en sus bocas y fuerza de leones en sus almas para luchar contra el mal y seguir adelante por los caminos y encrucijadas de la vida.

Y así un día y otro hasta que llega el último, en que reciben a Jesús por Viático para el camino que se abre acá abajo y se cierra allá arriba en el cielo.

"Muero contento, decía no hace muchas semanas, uno de los bravos Españoles que en defensa de su Dios y de su fé mueren todos los días en los frentes españoles; muero, contento por dar mi vida por la Religión y por la Patria y tranquilo por haber **confesado** y **comulgado** esta mañana."

Cuando a los heroicos defensores del Alcazar de Toledo, punto culminante de la fé y de la bravura de los católicos españoles en lucha a muerte con el anticristo moderno, se les dice que se va a volar la fortaleza, que la evacuen y salven las vidas, ellos, dignos hijos de los Españoles del Siglo XVI, contestan: "Si hemos de morir mañana enviadnos un sacerdote que nos confiese y nos **DE LA SAGRADA COMUNION POR VIATICO.**"

Y cuando el gran Moscardó a través de los hilos del teléfono oye la voz de su hijo que le dice está sentenciado a muerte si su padre no se rinde, dícele este, nuevo Guzman el Bueno: ¡Hijo mío! Muere por España y por tu fé. Reza antes de que te fusilen y pide que te den el Santo Viático.

Hermanos de Filipinas y del mundo entero, que habéis venido a este Congreso a rendir tributo de Adoración a Jesús, Pan de Vida; sabed que hay entablada lucha a muerte entre la Eucaristía, que es Jesús Vivo y el ateísmo, disfrazado con la careta de comunismo. Vuestra madre, filipinos, la Madre de 22 naciones, la que empezó la conquista de estas Islas con la Misa de Limasawa; la que enseñó lo que es la Eucaristía a los pueblos todos del Nuevo Mundo; la que dió al mundo a la Loca del Sacramento y al Patron de los Congresos Eucarísticos, San Pascual Baylon; la que con su literatura enalteció como nadie la Eucaristía en los Autos Sacramentales de Calderón y Lope de Vega; la que en su Pintura supo expresar como ninguna en Juan de Juanes y en Rivera las bellezas de Jesús-Hostia, ha trabado lucha a muerte contra los enemigos de la Eucaristía, contra los que destruyen los templos y matan a los sacerdotes y arrojan por las calles las Hostias Consagradas para que las pisotee la canalla universal congregada en último esfuerzo de rábía y desesperación en nuestras más bellas ciudades.

La vieja madre, agostados sus senos por haber amantado tantos hijos y arrugada la frente por tanto luchar en defensa de la Eucaristía en todos los campos de batalla del mundo, parecía muerta; pero al ver su fé y la fé del mundo entero en peligro se ha alzado majestuosa otra vez y va derramando a torrentes su sangre por los campos todos de España, llevando en su mano izquierda un Caliz y en el pecho una Hostia y en la mano derecha la espada del cruzado que conquista su patria una vez del poder del Islam y que hoy va a conquistar el mundo para Cristo del poder bolsevique.

Filipinos y Hermanos todos que de diversas partes del mundo habeis venido a rendir tributo de admiración y de amor a Jesús-Hostia, rezad, rezad por mi patria, que espiritualmente es tambien la vuestra. Pedid a Jesús, Pan de Vida, que la dé fortaleza en estas horas de angustia, que no la deje, como no la dejó en sus luchas contra el turco. "Bajo la protección de la Virgen del Rosario, escribía el gran Mella, que invocaban con el nombre de España, al comulgar, el día del combate, triunfaron en Lepanto nuestras Carabelas, unidas a las del Papa San Pio V." Solo os diré que para cumplir todos los deberes peleéis como ellos y pongais vuestros corazones bajo el manto de la Virgen que cubrió a los soldados de Lepanto. Y si esta Europa, amenazada por otra guerra que pudiera ser la última, no cae envuelta en escombros, sobre los cuales lance tristes resplandores la lámpara del Vaticano, para que peregrinos de otro hemisferio vengan a leer la sentencia de muerte escrita por el dedo de Dios sobre su huesa; si esta Europa no ha de morir, nosotros, permaneciendo como un núcleo incontaminado, fiel al espíritu de Cristo, podemos ser su Covadonga, pues quedaríamos en medio del rebajamiento general como las pirámides de tierra que se dejan en los desmontes. Pero si peleamos y no es la hora de la muerte, todo se nos dará por añadidura y vendrán las recompensas que Dios concede hasta al que da un vaso de agua en su nombre.

Y bajo la protección de esa Virgen, que fué la madrina de tu bautismo ¡oh pueblo Filipino! está luchando tu madrina, la que te enseñó a rezar; la que te mostró los caminos del progreso y de la civilización; la que levantó

tus Iglesias; la que doró tus altares; la que puso en ellos el Sagrario y en el Sagrario el Copon y en el Copon a Jesús, Pan de Vida, para que te llegues a El y la pidas fortaleza en la lucha.

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! El que amas está enfermo; enfermo de amores y desangrado por múltiples heridas que tus enemigos le causaron con las armas de todas las impiedades. ¡Jesús! Tu España está muriendo desagrada, despues de haber dado su sangre a tantos Hijos, parte de los cuales, los Filipinos, se congregan hoy ante tu altar, y te dicen.

¡Jesús, Pan de Vida! Salvadnos, Señor, y salvad a España.

Hermanos Filipinos: Con Jesús hecho Pan de Vida fuimos grandes. Comiendo su carne y bebiendo su sangre seremos grandes aquí abajo y grandes despues en el Cielo. Así Sea.

Tercera Asamblea General del Congreso

Después de un día lluvioso el tercer día del Congreso resultó espléndido. Particularmente por la tarde de este día la muchedumbre de peregrinos que superaba a los de días anteriores encontró todo género de facilidades para permanecer en la Luneta durante la tercera sesión, cuyo tema era: "La Eucaristía y el Sacerdocio en sus relaciones con la obra misional. A continuación publicamos los dos discursos fundamentales que se pronunciaron esta tarde. Añadiremos el discurso breve pero muy sentido e interesante del Ilustrísimo Señor Vicario Apostólico de Haiphong, Indochina, Mons. Francisco Gomez, O.P. El primer orador M. Rev. James T. Gillis, C.S.P. habló en Inglés y entre cosas decía:

Entre los muchos miles de devotos que han hecho el largo viaje alrededor de medio mundo para asistir a este Sagrado Congreso, debe haber varios centenares por lo menos que por primera vez han tenido una idea de lo extendido que está el paganismo, paganismo en vasta escala, poblaciones enteras de paganos, un continente, el continente más grande de todos, casi totalmente entregado al paganismo.

Es verdad que tenemos descreídos en Europa y América y algunas veces en nuestro desaliento declaramos que toda la sociedad y toda la civilización en el mundo occidental es pagana. Pero nuestros paganos no son verdaderos paganos; son católicos apóstatas, protestantes indiferentes, renegados del cristianismo. La sangre cristiana aun corre por sus venas, la tradición cristiana ejerce una influencia sobre sus vidas. Son beneficiarios del cristianismo aun cuando repudian al cristianismo. Para decir verdad, no son anti-cristianos como dicen que son. Son agnósticos, no infieles. Un poeta americano los describe correctamente en estas líneas; "Oh edad que a medias crees que eres un creyente a medias, que a medias dudas la subs-

«ancia de tu propia media duda.” En una palabra, el paganismo occidental no es genuino. Pero al pasar por las playas del Japon, China y la India «damos un vistazo ligero a los millones de paganos verdaderos. En ellos no existe ni una gota de sangre cristiana ni jamás ha existido. Nuestros guías en el Oriente nos han dicho que grandes números de asiáticos ni siquiera han oído de América o quizás aun de Europa. Este hecho tan difícil de creer, aunque fuera realmente un hecho, parece un golpe a nuestra vanidad nacional. Pero mucho mas importante es la desgraciada verdad de que millares de seres humanos en el Asia, el mismo continente de nuestro Señor, jamás han oído el nombre de Jesucristo, y en cuanto a la aceptación de su Evangelio y la vida de acuerdo con sus preceptos, parece no haber ninguna probabilidad natural de que así lo hayan hecho, tanto como es improbable que los esquimales emigren de las montañas de hielo de Groelandia a las tierras áridas de la India o que el hombre negro deje el Congo para vivir en las orillas del Yukon.

No solo en religión son estos paganos los más desgraciados; su condición económica y social es aterradora. Nosotros los peregrinos de América y Europa no somos en verdad tan ignorantes que no nos percatemos de la existencia de una maravillosa cultura oriental, antigua y moderna. Sabemos que los pueblos del Oriente han alcanzado una alta civilización en un tiempo en que a nuestros propios antepasados se les trataba como salvajes, que se mataban los unos a los otros en los bosques de la Europa Oriental, o como piratas semi-civilizados que saqueaban las costas de los mares occidentales. Pero sea cual fuere la verdad sobre la civilización asiática en el pasado y en el presente, es hoy indiscutible el hecho de que incontables multitudes de seres humanos, de Ceylon a Siberia y del Mar de China a las montañas del Ural, son pobres y miserables, ignorantes, supersticiosos, enfermos en cuerpo y mente, tan hondamente degradados que no conocen su propia degradación, fatalistas, idólatras, devotos del demonio, víctimas de los embaucadores que pretenden ser sacerdotes, dependiendo de encantos, amuletos y otros mágicos instrumentos en vez de la gracia de Dios, recitando ensalmos en vez de oraciones, viviendo en terror perpétuo de los demonios en vez de amar al único Dios Misericordioso. En general, el paganismismo asiático es un fenomeno enloquecedor y aterrador.

Pero la cuestión no es tanto sobre qué hemos de pensar respecto a este deplorable espectáculo, sino cómo hemos de mirar a esa pobre gente en las tinieblas.

Primeramente, convenzámonos bien de que sería un error y un pecado «el imaginar que estan hechos de un barro distinto al nuestro, de que pertenecen a una raza de seres distintos que nosotros. Kipling los ha llamado «Razas inferiores que estan fuera de la ley”, pero en justicia a él es preciso mencionar aquí, que en la poesia que contiene ese pensamiento ofensivo, usa él la frase con manifiesta desaprobación.

Nosotros que profesamos el Evangelio de Jesucristo comprendemos que «hombres blancos, negros, amarillos, morenos, y rojos, todos son hombres por igual. De acuerdo con la doctrina cristiana, no existen media docena de

razas diferentes de hombres; solo hay una raza humana. Estos desgraciados a quienes hemos visto en nuestro viaje para asistir a este congreso, estos mortales infelices cuya pobreza, miseria y vergüenza—Dios nos perdone—hemos contemplado como gente curiosa, estos cuyos cuerpos se encogen por falta de nutrición, víctimas favoritas de la enfermedad, cuyas facultades espirituales han permanecido abortivas y cuyo sentido religioso está retorcido y pervertido, aquellos que viven en la suciedad y la miseria y quizás en el vicio más degradante, y ni siquiera se dan cuenta del horror de todo aquello, aquellos de cuyo contacto nos hemos alejado temiendo ser contagiados, como si fueran leprosos, como posiblemente lo son algunos de ellos; estos, digo yo, no son ni deben ser para nosotros como eran los paganos y los publicanos para los fariseos; no son extranjeros para nosotros, estas gentes pobres son nuestros hermanos y hermanas en Jesucristo. Y si extendemos la explicación de toda la verdad, estos mendigos, estos leprosos, estos ejemplos repugnantes de la humanidad miserable, son para el cristiano no hermanos de Jesucristo sino son Jesucristo Mismo.

Por esto no debemos, no nos atrevemos a odiarles. Tampoco debemos evitarles. En ciertas ciudades por las que hemos pasado, cerca de las casuchas de paja de los extremadamente pobres, se yerguen muros altos protegiendo y escondiendo las mansiones de los excesivamente ricos. El muro alto, los portales de hierro, los guardias armados, todos parecen decir “Noli me tangere”—“no me toques”. También, a medida que pasamos por millas y millas de calles pobres de los barrios bajos de las ciudades orientales, nos hemos visto perseguidos por mendigos molestos, y no supimos cómo esquivarles. Para el verdadero Cristiano, para el Católico que ha leído el Evangelio y las vidas de los santos, aquel mendigo era Jesucristo.

Lo que hemos visto al mirar hacia los rincones oscuros de aquellas ciudades, lo que hubiéramos visto si nos hubiésemos internado en los distritos más remotes y más pobres, nuestro Salvador lo vio en Gethsemani. El lo vio todo otra vez desde el monte del Calvario cuando pendía de la cruz, y lo que es más, se identificó con lo que vio.

Aquí pues está la inspiración de todos los buenos misioneros, sacerdotes y monjas a quien hemos contemplado con admiración, con sorpresa y con un sentimiento que raya en una veneración religiosa. Olvidándonos, quizás, por unos momentos, de que nuestra religión es sobrenatural, hemos dicho alguna vez; “no comprendo cómo tal o cual altamente ilustrado y bien educado sacerdote, o tal o cual hermana hermosa, dulce, sensitiva y delicada, se dedican toda su vida a aquellas criaturas miserables entre aquellos distritos repugnantes.” Pero los sacerdotes y las monjas se sonríen; tienen una carne que comer, que nosotros desconocemos, y aunque los conocemos no los comprendemos enteramente. “Cuanto hayáis hecho al más insignificante de estos mis hermanos, lo habéis hecho para mí.”

Entendamos pues que por más que he mencionado con énfasis la miseria física de los paganos, nuestros misioneros consideran su labor ser primera y esencialmente espiritual y religiosa, y no meramente humana y filantrópica. Incidentalmente, desde luego, hacen mucho por la educación y son promovedores de la civilización. Pero el trabajo verdadero de su vida

es ayudar a las almas y no a los cuerpos de los incrédulos. Este es el ideal que les ha atraído al campo de las misiones y este es el ideal que les sostiene y mantiene y apoya y que los da gozo y felicidad en medio de sus sufrimientos, dolores y desilusiones, que ningún hombre puede quitar de ellos.

Consta en la Vida de San Antonio en el Desierto, así como en la vida de San Agustín, que al oír historias heroicas de los Cristianos y los mártires, se pusieron de pie exclamando: "Quod isti et istae cur non ego,"— "lo que estos hombres y mujeres han hecho, porque no he de hacer yo?" Y entonces nacieron sus vocaciones. Dios quiera que, de resultados de este Congreso, ahora en este momento, cien, o mil hombres y mujeres jóvenes, americanos, europeos, filipinos, se levanten para gritar: "Por la gracia de Dios, puedo hacer lo que estos misioneros, sacerdotes y monjas, estan haciendo, y por la gracia de Dios, lo haré," y que digan a Su Padre y Dios lo que el profeta dijo a Jehová: "Ecce ego, mitte me." "Ved, que aquí estoy; enviadme."

El segundo orador, Dr. José Ma. Delgado, Presidente de Acción Católica en la Archidiócesis de Manila, habló en español, siendo su discurso muy alabado por el público. He aquí sus palabras:

Todos los seres de la creación visible, por el hecho de ser criaturas de Dios, estan en la obligación de estricta justicia de expresarle su reconocimiento y amor. Pero de estos tributos, ninguno es tan acepto y agradable al Señor como el que procede del hombre, porque hízole Dios un poco inferior a los ángeles, mas coronole de gloria y honor, dióle la realeza sobre las obras de sus manos y levántole, por Cristo, al plano sobrenatural de la gracia, de la vida divina.

Si los individuos estan en el deber de rendir a Dios homenaje de adoración y gratitud no menos lo está la sociedad que tambien ha sido creada por Dios y cuyo destino en la tierra se confunde y es el mismo que el de los miembros que la componen.

En todo tiempo, desde la antigüedad hasta nuestros días se ha sentido la conveniencia, la necesidad de las manifestaciones de fé y de piedad, de amor y de gratitud, de expiación y desagravio para aplacar las iras del cielo irritado por los crímenes del pueblo pecador. Empero se hace imperativa, obligatoria en los tiempos que corremos en que gran parte de nuestros contemporáneos y de los mismos representantes oficiales de las naciones, han querido desterrar a Dios de la sociedad, de las instituciones y de los pueblos, rehusando a Dios las manifestaciones solemnes del culto social y el homenaje de sus misterios, desconociendo o tratando de ignorar la luz de su revelación y prefiriendo a esta luz las tinieblas de la incredulidad, de la indiferencia y de la apostasía religiosa, posponiendo la vida cristiana a la neopagana.

Un Congreso Eucarístico, y mas si es de la naturaleza del presente, es la máxima manifestación de culto extraordinario y de oración, y cuyo fin es dar a Jesús Sacramentado el honor supremo que se debe a Dios: la ado-

ración pública y social. Y su mérito principal está en que busca algún modo de reparar y poner remedio a tan lamentable desvío y ser como una protesta colectiva del pueblo fiel a Dios contra el abandono y apostasía de sus representantes oficiales en la vida civil.

El orador, ni literato, ni mucho menos teólogo, ha tenido la audacia de venir a este acto solemnísimo y presentarse ante esta augusta asamblea de razas y naciones, obedeciendo a la indicación de superiores, que es para mí una orden, pero sobre esa consideración ha privado el anhelo veheméntísimo de unir mi voz, a fuer de oriental y ciudadano de un país de raza de color, al concierto de alabanzas y tributos de adoración sociales e individuales que en estos días inenarrables y gloriosos en los fastos de la Patria Filipina y de sus contornos, está recibiendo el Rey de las naciones y Gobernador de los pueblos, nuestro Soberano Señor realmente presente en la Santísima Hostia.

Férvidos de santo entusiasmo, henchidos de fé y confianza, unidos en un estrecho haz de fraternidad, vibrando el corazón a impulsos de unos mismos sentimientos, bajo el cielo azul estrellado del firmamento que anuncia la gloria de Dios y las obras de sus manos, junto a las verdes aguas de la ciudad legaspina y muy cerca del sitio donde se yergue la estatua, como si oficiase de testigo mudo, que rememora al gran filipino por las gestas libertarias de una raza joven y viril, forjada y mantenida por las divinas enseñanzas del Cristianismo, y en medio de esta ingente, abigarrada y multiforme muchedumbre en que está representado el mundo entero, los congresistas presentes, en comunión espiritual con toda la cristianidad, estamos celebrando por vez primera en esta parte del globo, llamada Extremo Oriente, el 33.º Congreso Eucarístico Internacional, que, si en esplendor, brillantez y organización no le es dable parangonarse con los ya celebrados en otras urbes justo es al menos acreditársele el mérito de haber puesto el máximo esfuerzo para realizarlo con la menor indignidad posible y con la mayor devoción y de haber procurado levantar un monumento perenne en cada pecho que transmita a la posteridad su eterna y perdurable memoria y de haber convertido a Filipinas en un altar del mundo y a Manila en la capital de la Cristiandad, siquiera en estos días y noches de clamorosa y radiante glorificación a Dios, y de jubilosa proclamación de hermandad y paz entre los hombres de buena voluntad.

Oradores ilustres e insignes literatos, pensadores profundos, y experimentados teólogos dejaron oír su autorizada palabra sobre los temas consignados en el programa para los dos primeros días y hoy con hondo respeto y veneración profunda levanto mi pobre voz para desarrollar el tema que me ha sido señalado: "La parte que desempeña el sacerdote en la misión católica". Tema es este de tan universal transcendencia y utilidad, que su desarrollo equivaldría a hacer la historia completa de la Iglesia en sus veinte siglos de vida, de trabajo, de ocasos y de resurrección, aureolas que acreditan su divinidad, vitalidad y fecundidad inagotables. Lo concretaremos a la doble facultad, de orden y de jurisdicción del sacerdote, y a su apostolado social.

Jesucristo al fundar su Iglesia la dotó de un gobierno vinculado en la Jerarquía Eclesiástica, integrada por el Pontificado, el Episcopado y el Clero. Estos tres grados de la Jerarquía católica constituyen un Sacerdocio único, eterno, indestructible porque es de institución divina, nace de Dios.

En virtud del sacramento del Orden el sacerdote recibe un caracter sublime que le confiere una doble potestad sobre el cuerpo real de Jesucristo, y sobre su cuerpo místico, que es la Iglesia, o sea la "Congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa.

La primera de ambas funciones representada sobre todo por el santo Sacrificio de la Misa en su cuádruple aspecto de sacrificio latréutico, eucarístico, meritorio y propiciatorio abre al sacerdote las arcas del Altísimo para sí mismo primero y despues para aquellos por quienes ofrece la misa y para cuantos fieles asisten y son de algun modo recomendados en ella, porque mediante esta potestad consagra el santísimo cuerpo y la sangre adorabilísima del Salvador.

Mediante la segunda función el sacerdote es constituido juez y árbitro de las conciencias para poder atar y desatar, retener o perdonar los pecados,—(Todo lo que atares sobre la tierra será tambien atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos, Mat. XVI,—13-19)—siendo además el guía, el conductor, el médico, el maestro de las almas, a quienes debe enseñar, corregir, curar, alimentar con el pasto espiritual de la doctrina y dirigir por la senda segura de la salvación. Esta segunda función corresponde al poder de absolver y al poder de enseñar y gobernar.

Esta es la misión divina y altamente civilizadora que Jesucristo hace mas de diecinueve siglos confió a sus apóstoles cuando les dijo: "Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra." Como mi Padre me envió así os envío tambien a vosotros, Id e instruid a todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. (Juan XXX, 21 y Mat., XXVIII, 19-20)."

El sacerdote en el púlpito es Jesucristo en la montaña enseñando a las turbas agitadas las verdades eternas. El sacerdote en el altar es Jesucristo en el calvario derramando su sangre redentora sobre todo el linaje humano. El sacerdote en el confesonario es Jesucristo junto al pozo de Jacob entrando en la conciencia de la semaritana, absolviendo a la mujer adúltera, cuidando y salvando al alma culpable.

Figuraos por un momento qué de maravillas, qué de prodigios, cuanta sublimidad no sugiere la institución sacerdotal y cuántas maravillas no envuelve este misterio de fé, la Eucaristía, de la que es causa eficiente el sacerdote en el sacrificio de la misa. Oid las reflexiones de un conocido predicador: "Un portento mucho más inexplicable que la creación del universo, verificase sobre el ara santa, durante la misa, a la simple palabra del sacerdote católico. Dios en el principio de los tiempos dijo: "Hágase el cielo" y el cielo apareció embellecido con todos esos luminosos globos, con todos esos gigantes planetas, con ese manto de deslumbradoras estrellas que

no podemos contemplar sin extasiarnos; dijo: "Hágase la tierra" y la tierra saliendo del caos, déjase ver, rica en producciones de todo género, coronada aquí de altísimas montañas, cruzada allí por caudalosos ríos, cercada por una parte de anchurosos mares, enlazada por otra con vastos continentes, iluminada de día por el astro rey, el sol, hermosada de noche por la luna... Pero adonde voy ¿Qué intento? ¡Ah! Nada de esto, nada de cuanto en esa maravillosa obra de la Omnipotencia Divina hay de más admirable y portentoso, nada iguala al prodigio que el sacerdote católico realiza todos los días sobre el altar, en virtud de las inefables palabras de la consagración. El sacerdote habla y, a su voz, el cielo, la tierra, los abismos, la naturaleza, la gracia, todo se pone en movimiento, todo se transforma, todo obedece, incluso el mismo Dios, usando la frase de San Agustín, puesto que ¡Oh portentoso!, instantáneamente Dios desciende a sus manos, encarna en ellas, y preséntase para ser ofrecido en holocausto aceptable por los pecados del mundo. El sacerdote habla, y todas las leyes de la creación suspenden su curso. El habla y el pan cesa de ser pan para convertirse en substancia del cuerpo de Jesucristo; y el vino deja de ser vino para convertirse sustancialmente en la sangre del Redentor de todos los hombres. ¿Quién oyó jamás semejante portentoso!

Y todo esto lo realiza el sacerdote en virtud de ese altísimo poder conferido por Jesucristo a los apóstoles y sus sucesores que habían de ser sacerdotes de la Iglesia, cuando en la célebre noche de la última cena les dijo: "Haced esto en memoria mía."

Y ¿qué diremos de la facultad que ejerce el sacerdote sobre el cuerpo místico de Jesucristo que es la Iglesia? La segunda misión de la Iglesia es la salvación de los hombres por medio de la vida espiritual o cristiana o sea mediante la santificación de las almas. El sacerdote que en el tribunal de la penitencia como en el altar y en el púlpito es el instrumento visible de Jesucristo, no solamente santifica las almas, es decir les da y les sustenta la vida, la vida divina y eterna, por la palabra santa, por los sacramentos que administra, por la gracia que comunica en todas las funciones de su ministerio, sino que solamente él da esta vida por el poder de la absolución. El sacerdote es el depositario de las llaves del cielo: vive en el tiempo y su poder alcanza hasta la eternidad, es un mero hombre y obra como Dios. Sus manos atan o desatan, retienen o perdonan los pecados a su beneplácito, sin que el cielo pueda oponerse a lo que él dispone en la tierra. Pues, notadlo bien, la absolución que da el sacerdote es una palabra de autoridad, un juicio resolutivo, una sentencia irrevocablemente pronunciada; él habla como juez, no como suplicante ni como abogado. Cuando dice: Te absuelvo, al punto se abre el cielo, Dios desciende en el alma pecadora enemiga de El y odiada por El. Esta potestad inenarrable del sacerdote católico, que eleva al hombre sobre los mismos ángeles, potestad que no obtuvo la misma Madre del Verbo, a pesar de su elevación sin semejante, potestad, en fin, propia y exclusiva de la Divinidad, y en virtud de la cual los sacerdotes ocupan un lugar el más distinguido y eminente entre las mismas jerarquías celestiales se apoya en aquellas palabras de Jesucristo:

“Cuanto atáreis en la tierra, atado quedará en el cielo; cuanto en la tierra desatáreis, desatado será en el cielo. A quienes perdonáreis sus pecados, perdonados les serán; a quienes se los retuviéreis, retenidos se quedarán.

Con esto que os acabo de decir sobre la doble facultad de consagrar y absolver del sacerdote bastará quizá para formaros idea de la altísima misión del sacerdote católico en orden a la salvación de las almas. Veamos, sin embargo, y tratemos de echar algunas pinceladas sobre los beneficios y positivas ventajas que reporta el mundo del ministerio sacerdotal.

Algunos tienen del sacerdote católico un concepto muy inadecuado y por eso creen que el sacerdote se extralimita cuando sale de la iglesia y deja el altar para entregarse a ocupaciones que no son las del culto. La verdad es que el sacerdote de Cristo es realmente ministro del culto; pero no es solo esto, es también apóstol y educador. Jesucristo ha dado a sus apóstoles la facultad de celebrar los divinos misterios y de administrar los sacramentos o sea la facultad de santificar las almas. El pontífice—escribe San Pablo—es puesto en favor de los hombres para todas las cosas que se refieren a Dios, a fin de que ofrezcan dones y sacrificios por los pecados. (Heb. V. I.).

Pero Jesucristo ha dado a sus apóstoles también la facultad de predicar y educar. Más aún; ha hecho de esto un precepto: “Id y enseñad” (Ite et docete). Yo te he constituido hoy sobre las naciones y sobre los reinos para desarraigar, destruir, edificar y plantar. (Jer. I, 10). Jesucristo los ha enviado a todo el mundo, los ha constituido maestros, evangelizadores, apóstoles, educadores y buscadores de almas, es decir, les encomendó la misión de conservar, propagar la fé, de custodiar la moral evangélica, la defensa de los dogmas católicos y de todos los intereses morales de la sociedad.

Más todavía, puede decirse que en esto consiste la característica del sacerdote católico.

En efecto: en la religión de Israel, como generalmente en las demás religiones, el sacerdote es una institución exclusivamente litúrgica. El sacerdote es el ministro del culto: tiene el oficio de ofrecer víctimas a la divinidad y de hacerla propicia, obteniendo favores y bendiciones para el pueblo. Y nada más. No es maestro ni educador. Mucho menos es apóstol. La misión de educar el pueblo entre los hebreos era confiada por Dios a los profetas. En los demás pueblos son los filósofos quienes hacen de moralistas a la medida de sus alcances. El concepto de apostolado, como se encuentra en el cristianismo, es desconocido en las demás religiones.

Jesucristo, en cambio, hace del apostolado el distintivo glorioso de su religión y de su sacerdocio. Sus primeros sacerdotes son llamados con el nombre de apóstoles. Se santifican en el Cenáculo, oran en el Templo, predicaban en las plazas, recorren el mundo entero, no ahorran fatigas, afrontan peligros de toda suerte y mueren, si es preciso, por el honor de Dios y la salvación de las almas.

La admonición de los últimos Pontífices: “Salir de la sacristía, ir al pueblo” es el cumplimiento del mandato de Cristo: “Id y enseñad (Ite

et docete). Es la valiente respuesta al grito del liberalismo "el sacerdote en la sacristía", el cual no reconoce a la Religión una función social; que considera la religión como un conjunto de sagradas ceremonias y al sacerdote como un simple funcionario de la liturgia.

Por eso el mundo, contagiado de esas prédicas del liberalismo, y siguiendo las modas del laicismo que con razón el Pontífice reinante, a quien Dios nos guarde por más años, llama la peste del siglo, y que van infiltrándose en las conciencias, costumbres y usos de la sociedad, muchos gobiernos y muchas más asociaciones laicizantes, por no llamarlas por sus verdaderos nombres, desconocen y niegan la función social del sacerdote y por ende los beneficios que se derivan del sacerdocio, tanto en el orden temporal como en el moral.

Por eso no es extraño que el sacerdote sea hoy el blanco de la admiración, de los insultos y de las persecuciones de no pocos que preguntan para que sirven los sacerdotes. ¿Para qué sirven? preguntan. Dios dijo por boca de Jeremías: "Yo te he constituido hoy sobre las naciones y sobre los reinos para desarraigar, destruir, edificar y plantar". Por eso sirven para curar las llegas mortales que los hombres de mundo, los desaprensivos y los poco afectos a la religión con sus discursos, con sus escritos y con sus escándalos hacen a la verdadera Religión, a la Patria, a la moralidad y a la sociedad; sirven para destruir los malos efectos de las doctrinas impías, disolventes y antisociales que ellos siembran por todas partes; sirven para educar y contener el pueblo que ellos quieren malear y descarriar; sirven para defender la propiedad que ellos desean negar para usurparla; para librar de su petulancia y procacidad a la doncella, a la casada, a la viuda, a la niñez, cuyo honor e inocencia ellos pretenden arrastrar por el suelo, para proteger a la familia y las instituciones sociales que ellos procuran disolver; para preservar la paz y conservar el orden que ellos quisieran alterar.

¿Para qué sirven? Lo saben las escuelas, lo pregonan las carceles, lo testifican los hospitales, lo proclaman los lugares todos donde hay indigentes que socorrer o desgraciados que consolar.

¿Para qué sirven? Ellos lo saben muy bien, que si supiesen que no sirven para nada los dejarían en paz. Lo saben muy bien, pero ellos los condenan y los persiguen por hacer el bien y por ser justos. Cuenta la historia que iban a juzgar al virtuoso Aristides, y un morador del campo que jamás le había visto, pidióle a él mismo que escribiera en su concha un voto de destierro. ¿Qué mal te ha hecho ese hombre?—le pregunto Aristides. Ninguno le respondió el ateniense; ni siquiera le conozco, pero me fastidia oír que le llamen siempre justo.

Aun en el orden temporal y humano son patentes e indubitables los beneficios que reporta el sacerdocio. Montesquieu lo reconoce con esta confesión clara y sincera: "Cosa admirable: la religión cristiana que parece no tener por objeto más que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad aquí bajo."

El sacerdocio no es enemigo de la civilización, por el contrario es el guardián de la misma. Podemos considerar tres categorías de los elemen-

tos constitutivos de la civilización. En primer término la religión y la moral. Sin ellas no hay sociedad posible y con ellas el cuerpo social es estable y se satisfacen las necesidades del alma y del corazón. En segundo término vienen la agricultura, industria y comercio que responden a las necesidades del cuerpo. Finalmente una tercera categoría de elementos como son las letras, las ciencias y las artes que responden especialmente a las necesidades de las facultades del alma. He ahí todo lo que entra y constituye la civilización. ¿Hay alguien, que haya leído y estudiado la historia, que se atreva a poner en duda la participación, influjo y beneficios que en todos los órdenes de la vida, en todas las edades y en todas las latitudes ha producido y está produciendo el sacerdocio católico? La historia del mundo está plena de gestas heroicas y gloriosas en favor de la humanidad y de la civilización de que fueron y son causa o instrumento los sacerdotes. Repasad los fastos de las naciones, recorred la superficie de la tierra y en unos y otra hallaréis testimonio de su paso y marcas de su actuación pretérita y presente. No se puede escribir la historia de los 19 siglos de la era cristiana del mundo, no habría historia, si prescindieramos de la intervención de la Iglesia, por sus sacerdotes, en la formación, evolución y progreso de los pueblos, ni cabría sin ellos imaginar la civilización de que disfruta al presente la humanidad.

El clero parroquial es uno de los magnos beneficios que la Religión ha dispensado a la civilización y los pueblos. El cura es muchas veces el núcleo iniciador de villorrios, pueblos, heredades, comercas y ciudades, y en ellos es el padre de todos, a quien el rico descubre su agitado corazón y el pobre su insoportable miseria. Pruebas de esto son casi todos los pueblos de Filipinas, los de las Américas y todos los demás que llevan el sello del cristianismo.

La propagación, la incolumidad y la fecundidad asombrosa e inextinguible de la Iglesia arrancan de la conservación y multiplicación incesante del clero. Los sacerdotes en vez de mermarse, ya por defeción, ya por convicción, ya por persecución de sus enemigos, los vemos crecer cada día en pujanza y en número, extendiéndose por toda la tierra, de polo a polo, fundando más y más cristiandades, nuevos núcleos de civilización, ocupando nuevas posiciones, nuevos puntos de cristalización cristiana; y si echamos una mirada retrospectiva los vemos escalonados a lo largo de veinte siglos dejando tras sí una estela inconfundible de luz, progreso, orden, moralidad y paz.

Hoy tenemos más sacerdotes que el siglo pasado y cada época tenía mas que la anterior, como mañana habrá más que hoy. En 1860 cuando apareció el libro titulado "La Vida de Renan", escribía Proudhon, el delador teórico de la propiedad: "Apresúrense las almas devotas a sacar su pasaporte, porque antes de diez años, no quedará un solo sacerdote para administrar los santos oleos." Murió Proudhon, murió Renan y como ellos murieron una legión de iconoclastas, y los sacerdotes no desaparecieron en Francia, como tampoco en otros países, al contrario, siguen sucediéndose, aún más, multiplicándose. En España anunciaron la desaparición de la Iglesia porque mandaban exterminar a los sacerdotes. ¡Infelices! No sabían

que la Iglesia no muere, no puede morir: es inmortal como su divino Esposo; ignoraban que los sacerdotes no desaparecen, no deben, ni pueden desaparecer, porque el sacerdocio es eterno, como eterno es su Fundador; no recordaban esos desmemoriados que Tertuliano dijo que la sangre de los mártires, y mártires son los sacerdotes sacrificados por causa de la Religión, es semilla de nuevos cristianos, y habrá sacerdotes mientras haya cristianos, porque Jesucristo así lo quiso.

La Iglesia al contemplar la maravillosa propagación de su apostolado en el decurso de los años, salpicada de alternativas de desmayos y de triunfos, experimenta trances de amargura e instantes de júbilo santo, pero no siente Ella mayor regocijo que cuando de las cristiandades lejanas y recientes nacen nuevos sacerdotes y los ve multiplicarse en tierras de misión, que han sido objeto de la más tierna solicitud de los últimos Pontífices, quienes en Encíclicas ex-profeso han exhortado a todos los fieles para que favoreciesen y ayudasen la Obra Pontificia de San Pedro Apostol para la formación del Clero indígena, del que ya han consagrado muchos Obispos que administran felizmente diócesis y vicariatos importantes. Los misioneros esparcidos por todo el mundo son la Religión volando en aras de la caridad y constituyen el *genus electum*, el *regale sacerdotium*, la *gens sancta*. El cristianismo y la civilización, los gobiernos y los pueblos, los reyes y los súbditos todo lo deben a los misioneros. Testigos: las vastas regiones del Asia, las ardientes tierras del Africa, los dilatados páramos de la Oceanía y las inmensas pampas de la América. Testigos son estos beneméritos misioneros que de esas lejanas tierras han venido a dar testimonio de su labor constante, civilizadora. Que hablen esas delegaciones de Anam, de Java, de la India, Formosa, China, Japón, Célebes, Singapur, y digan si todo eso no es fruto de la misión católica de iluminar al mundo con la luz indeficiente de la fé y vivificar las almas con el fuego de la caridad.

Antes de terminar. Venerable Congreso, os insto o que pidamos con ahinco y fervor al Señor de la mies, a Jesús Sacramento, que está en el Tabernáculo realmente presente, presidiendo nuestra Asamblea en su honor, y para bien de las almas, pero especialmente de las de las misiones y de un modo particular de las que en número incontable nos rodean en este Extremo Oriente, como así expresamente desea el amantísimo corazón de nuestro Beatísimo Pontífice, que suscite más vocaciones en Filipinas para que de este suelo privilegiado que ha sido elegido por la Providencia para ser el centro de las actividades apostólicas y evangélicas irradiaciones, partan y se difundan, en aras de su celo a iluminar con la luz de la fé el sendero de los pueblos que aún se sientan en las tinieblas del gentilismo, a derramar la sal de la verdad que preserva de la corrupción e infunde la sazón de las virtudes; para ejercer en esas tierras, como el maestro de quien son fieles discípulos, la misión del perfecto educador de los pueblos, principalmente de los niños que son la esperanza de la Religión en esa porción de la viña del Señor; hacer el nobilísimo oficio de mediadores de Dios y de los hombres que ofrezcan al Eterno, en expiación de todos los pecados, la adorable Víctima, esa hostia pura, santa, inmaculada, mucho más aceptable que las antiguas ofrendas de Abel, Abraham y Melchisedec.

Impetremos reverentes de Jesús-Hostia que nos conserve la preciadísima gracia de la Religión, que a otros no ha sido aun comunicada, y nos conceda esa hermosura de santidad que brota perennemente del fermento de la Eucaristia que la sociedad cristiana lleva en sus entrañas hace ya veinte centurias, y haga que todos los pueblos, singularmente el nuestro, puedan cumplir con el destino que los tenga deparado en Sus providenciales designios, y finalmente que todos, presentes y ausentes, merezcamos algun día gozarle por toda la eternidad.

Eminentísimo Cardenal Legado de S. S.: dignaos ser el intérprete de cuanto habeis visto y oido aquí, y el portador de los sentimientos de profunda gratitud y lealtad inquebrantable de los filipinos al que es Cabeza visible de la Iglesia y Vicario de Jesucristo en la tierra.

¡Soberano y divino Señor! Permite que con esta clamorosa apoteosis y manifestación jubilosa de amor se eleve a Ti el eco solemne y sublime de la adoración ferviente de cuatro siglos en que el alma devota de la raza filipina tributó el ardiente homenaje de su fé, y que una vez más Filipinas prorrumpa gozosa.

¡Bendito y alabado seas en el augusto Sacramento del Altar!

Discurso pronunciado por el Excelentísimo Mons. Dr. Francisco Gomez de Santiago, O.P., Vicario Apostólico de Haiphong, Indochina, en la tarde del sábado, 6 de febrero, durante la Tercera Asamblea Internacional del XXXIII Congreso Eucarístico celebrado en Manila.

Muy honrado con los cortos instantes que se me conceden en esta tan solemne ocasión, en nombre de las Misiones Dominicanas españolas del Tonkin, vengo a saludar y presentar nuestros respetos a todos y cada uno de los congresistas que, de todas las naciones católicas del mundo entero, aún de las más distantes, se han ofrecido y sacrificado generosamente, para venir a postrarse de hinojos ante Jesús-Hostia en el Sacramento de su Amor, y dar con su presencia mayor lustre y esplendor a este 33.º Congreso Eucarístico Internacional que celebramos estos días en esta ciudad de Manila, la Perla del Oriente.

Este Congreso Eucarístico es sin duda ninguna el que con mas propiedad puede y debe llamarse Congreso Eucarístico Internacional y aún muy particularmente Misional.

Por un posición geográfica, Filipinas, la sola Nación católica de todo el Oriente, (y este fué el mayor y mejor legado y recuerdo que la España católica dejó en estas regiones apartadas del mundo católico), rodeada de tantos pueblos paganos: China, Japón, la Indo-China, la India etc... con Manila, la Perla del Oriente, como centro y capital, viene a ser como un faro potente y luminoso, puesto en medio del Océano inmenso que irradia en todas direcciones y a todos los pueblos paganos que la rodean, rayos de luz, de la verdadera fé católica.

Si hoy día en la Indochina y particularmente en el Tonkin, reina y triun-

fa Cristo en los corazones de centenares de miles de fieles, a Filipinas es debido; de Filipinas les vino a los Tonkinos la verdadera luz, la verdadera fé. De Manila partieron para el Tonkin, el Annam, la Cochinchina, Camboja y Siam los primeros Misioneros que evangelizaron aquellas regiones y arrojaron en aquellas tierras la semilla de la fé cristiana.

Hoy día, de los 25 millones de habitantes que hay en toda la Indochina, 2 millones son ya cristianos. Y el país más particularmente privilegiado de toda la Indochina ha sido el Tonkin, la región norte de la Indochina. El Tonkin está dividido en 10 Vicariatos Apostólicos y estas Misiones son reconocidas por las más florecientes y mejor organizadas de todo el mundo. El mejor testimonio que podemos alegar para confirmar este aserto son las Encíclicas de los Soberanos Pontífices Gregorio XVI y Pío IX.

Estas Misiones del Tonkin son las más florecientes de todo el mundo, como lo prueban: 1.—el gran número de cristianos; 2.—el gran número de Mártires y 3.—el fervor, piedad y devoción de los cristianos tonkinos.

1.—**El gran número de cristianos;** El Tonkin solamente cuenta entre los 6 millones de habitantes con ya casi un millón de cristianos y de este millón de cristianos, más de medio millón pertenece a los Vicariatos confiados a los Misioneros dominicos españoles de Filipinas.

2.—**El gran número de Martires;** Las Misiones del Tonkin pueden compararse muy bien y con mucha propiedad a los primeros siglos de la Iglesia. Desde el principio de la Evangelización, durante casi 300 años, la persecución contra los cristianos fué continua, siempre sangrienta y cruel en extremo. La expedición Franco-Española-Filipina de 1856 a 1862 hizo cesar esta persecución tan sanguinaria y cruel y dió la libertad religiosa al país.

¿El número de mártires durante esta larga y sangrienta persecución? Imposible describirle ni aun con una cifra aproximativa. Concretándonos solamente a nuestras Misiones dominicanas del Tonkin, contamos ya con 6 Obispos dominicos españoles mártires, de los cuales 4 ya estan solemnemente beatificados. El último período de persecución de 1856 a 1862, fué el más cruel y sanguinario que registra la historia del Tonkin. Los Emperadores paganos se propusieron acabar con todos los cristianos de una vez y borrar hasta la memoria del nombre cristiano en Tonkin. A 40,000 ascienden las víctimas que tuvimos que lamentar en ese corto período. La última causa de beatificación que tenemos ya introducida en Roma y que está muy adelantada, comprende el respetable número de 1286 mártires con dos Obispos dominicos españoles a la cabeza. Todos los demas son indígenas. Entre estos mártires contamos con sacerdotes dominicos españoles e indígenas, muchos sacerdotes del clero regular, catequistas, hombres de toda clase y condición y hasta con mujeres y niños...

Y no obstante las continuas persecuciones en aquellas tierras, el número de cristianos aumentaba de día en día de una manera prodigiosa, cumpliéndose aquí al pie de la letra lo que ya dijo Tertuliano de los primeros cristianos; Sanguis Martyrum semen chistianorum; La sangre de los Martyres es semilla de cristianos.

3.—**El fervor, piedad y devoción de nuestros neófitos del Tonkin.** Todo

el que visita el Tonkin queda grandemente edificado y emocionado ante el fervor, piedad y devoción de nuestras cristianos del Tonkin. Bajo todos los puntos de vista es altamente consolador y esto endulza todas las penas, sacrificios y trabajos del Misionero.

Su fervor, piedad y devoción se manifiestan de una manera particular en estas tres devociones, las más solidas y piadosas; (a) el Santísimo Rosario; raro es quien no lo reza todos los días, y la mayoría lo llevan ostensiblemente al cuello; (b) la meditación de los misterios de la Pasión con la devoción del via-crucis que se encuentra instituida en todas nuestras Iglesias y que nuestros cristianos rezan con grandísima devoción y compunción; (c) El Santísimo Sacramento. Este es el gran centro de todas las devociones de nuestros cristianos tonquinos, y esta devoción la manifiestan de una manera clara y convincente con la asistencia a la santa misa, aun en semana, en gran número; con la visita al SSmo. Sacramento todos los días, ya en comun, ya en privado, con la frecuencia de la santa comunión, siendo muchísimas personas las que comulgan todos los días, de tal manera que al año repartimos millones de comuniones en nuestros vicariatos solos. Lástima no disponer de un poquito mas de tiempo para poder decir mas en detalle muchísimas cosas que serían la admiración de todos.

Con devociones tan sólidas y piadosas no es extraño que nuestros sencillos y devotos cristianos se conserven firmes en la fé y su número aumenta de día en día de una manera prodigiosa. La Iglesia del Tonkin, representada en esta ocasión por seis de sus Vicarios Apostólicos y de algunos Misioneros y cristianos del Tonkin, se une a todos los congresistas para venir a postrarse de hinojos ante Jesús-Hostia en su sacramento del amor, y todos a una con el mismo ideal, con el mismo entusiasmo, con el mismo deseo, pedimos al Divino Prisionero en su sacramento de Amor ilumine las inteligencias y mueva los corazones de tantos millones de paganos de todos los pueblos vecinos para que se conviertan y todos unidos con un mismo espíritu, clamemos de lo más hondo de nuestro corazón: Adveniat regnum tuum. Vengamos el tú Reino.

Hora Santa para Sacerdotes

Con asistencia de todos los arzobispos, obispos vicarios apostólicos y preladados domésticos, unos 800 sacerdotes y seminaristas presentes en Manila por las fiestas del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional, la Hora Santa, especial para sacerdotes se celebró el día cinco en la iglesia catedral de Manila, presidida por el Cardenal Legado, Su Eminencia Dennis Dougherty.

El Eminentísimo Legado de Su Santidad habló por espacio de unos cinco minutos sobre el sacerdocio elogiando el celo de los obispos y sacerdotes, que vinieron al Congreso Eucarístico desde lejanas tierras para dar fé viva de su amor a la Eucaris-

tía, y del fervor que ha notado entre los congresistas desde la inauguración del Congreso.

La oración del Excelentísimo Señor Delegado Apostólico en Filipinas Mons. G. Piani, principal orador, fué la siguiente:

Sustinete hic et vigilate mecum

(Matth. XXVI: 31).

Oratio praevia—Dulcis Jesu, Redemptor animarum, salus aeterna credentium, Tu qui sacerdos es in aeternum, permitte me miserum peccatorem coram maiestate tua sistere et ad sacerdotes tuos verba facere, qui, in hoc templo gloria tua circumfuso, congregati sunt, ut praeunte tui in terris Vicarii piissimo Legato, ac pluribus Ecclesiae tuae sanctae Praesulibus adstantibus, tecum vigilent in hac hora quam morti proximus “tuam” adpellasti.

Praelusio I—In mentem revocemus, venerabiles in Christo Patres Fratresque carissimi, Jesu Christi in horto patientis evangelicam historiam, sitque haec tenera memoria prima ad meditandum praelusio.

Venit Jesus in villam quae dicitur Gethsemani, ubi erat hortus in quem intravit ipse et discipuli ejus. Et dixit illis: Sedete hic donec vadam illuc et orem (Matth. Joan.). Et assumit Petrum et Jacobum et Joannem secum (Marc.). Et coepit pavere, taedere, contristari et moestus esse (Matth.) Marc.). Et dixit illis: Tristis est anima mea usque ad mortem. Sustinete hic et vigilate mecum (Matth.). Et positus genibus, procidit super terram in faciem suam et orabat ut si fieri posset transiret ab eo hora (Marc.). Et factus in agonia prolixius orabat. Et factus est sudor eius sicut guttae sanguinis decurrentis in terram (Luc.).

Praelusio II—Haec moerens passionis Christi in horto historia... Locum nunc animi oculis inspiciamus. Ingrediamur et nos, fratres, in villam quae dicitur Gethsemani, h.e., villam pinguem, villam misericordiae; introeamus cum Christo in hortum olivis consitum. Animum attendamus solitudini loci et alto silentio noctis. Vetustae olivae circumstant quae nemori nomen dederunt, quarum frondes lenis exagitat ventus. In coelo splendet luna suoque plenilunii fulgore noctis caliginem extenuat. En semita quae ducit ad civitatem; en torrens Cedron quem iamdiu David pertransivit fugiens Absalonem filium; modo, hac nocte, eum transegit Dominus Jesus, evangelio sic dicente: “Himno dicto egressus est Jesus trans torrentem Cedron et secuti sunt eum discipuli eius”. Ex adverso en Templum in mirabili structura sua et civitas Jerusalem propter Parasceven Paschae valde sollicita.

Praelusio III—Sit denique praelusio tertia, Dominum

Nostrum Jesum Christum exorare, ut nos socios passionis eius in hac hora habere dignetur. Non est quidem nobis patiendum, sed compati debemus; non est nobis toleranda, agonia ipsius, sed hoc est saltem officium nostrum ut mente recolamus eius passionem, et corde ipsius sensus et affectus recondamus. "Quid retribuam Domino, cum piissimo Imitationis Christi auctore unusquisque nostrum dicat, pro gratia ista, pro caritate tam eximia? Non est aliud quod gratius donare queam quam ut cor meum Deo meo totaliter tribuam et intime coniungam. Tunc exultabunt omnia interiora mea, cum perfecte fuerit unita Deo anima mea. Tunc dicet mihi: Si vis esse mecum, ego volo esse tecum. Et ego respondebo illi: Dignare, Domine, manere mecum, ego volo libenter esse tecum."

I

Jesus Christus in horto patitur propter mundi peccata.

Quatuor genera dolorum a Christo Domino perlata, ab Evangelistis commemorantur. "Et coepit pavere et taedere, contristari et moestus esse." Primum quidem fuit "pavor" et formido imminentis passionis et praecipue funestae mortis quam natura abhorret.

Secundum dolorum genus "taedium" fuit, cum se videret plane ab omnibus derelictum. Sciebat enim Dominus Jesus se derelictum a populo suo cuius salutem descendens de coelo et homo factus inhiabat; necnon brevi relinquendum a discipulis quos in finem usque dilexerat; immo et a Patre coelesti, quem proxime iam pendens in cruce compellaturus foret: "Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?..."

Tertium poenarum genus fuit "tristitia" quam coram dilectis apostolis sic describit: "Tristis est anima mea usque ad mortem."

Moeror igitur, tamquam acutus gladius, intima Jesu penetrabat usque ad animae divisionem, tamque vehementer increcebat ut mortem ipsam Jesus persentiret. Neque posset natura humana talis tristitiae pondus ferre, nisi vires desuper acceperit ad maiora toleranda.

Quartum denique passionis genus angustia fuit, seu gravissima animi anxietas dum videret nullum sibi manere effugii locum. Anima quidem Jesu opprimebatur; et, veluti racemi vel olivae in torculari, sic Cor ipsius doloris pondere conterebatur.

Quis igitur posset magnitudinem cruciatuum, quos Chris-

tus pro nobis tulit, pensare et inundantes amaritudinis aquas, tamquam oceani frementes undas, metiri?

Meditemur, fratres, verba quae Jesus ingemuit: "Tristis est anima mea." Nam, si corpus patiebatur, atrocius certe dolebat spiritus eius propter peccata generis humani, quae ipse, personam coram Patre gerens omnium peccatorum, portabat. Insuper affligebatur spiritus quam maxime, considerans exiguum eorum numerum qui passionis fructum essent percepturi, et multorum nequitiam ingratumque animum qui ipsius praetiosum sanguinem verbis blasphemiisque proscinderent et gravissimis sceleribus contaminarent. Tristatur denique anima Jesu ruinam spectans hominum, qui inimici facti Crucis Christi, damnationi tradendi forent.

Extenuatur igitur corpus Jesu viresque deficient; cruciatur ipsius mens, sicque angustiae undequaque presserunt ut sanguis copiosus fluxerit: "et factus est sudor eius sicut guttae sanguinis decurrentis in terram!" Admiremur hic, fratres, summum Christi dolorem, Christi, dicam, qui est solatium angelorum: admiremur et summum amorem qui huius ineffabilis passionis auctor fuit. Peccata plangamus quae pressuram in Jesum fecerunt, affectusque amoris, fiduciae, commiserationis in corde nostro excitemus.

Passio Domini adhuc inexpleta manet. Recte quidem novimus Christum passionem suam consummasse et in coelum ascendisse. Jam non amplius passurus ad dexteram Patris sedet. At necesse est ultra Christum pati usque ad saeculi finem **mystice et sacramentaliter**. Scilicet nondum eius passio completa est in suo **corpore mystico** quod est Ecclesia. Inspicite cruentas persecutiones, dira tormenta saevaue martyrum vulnera; inspicite impias leges legi Dei contrectantes mundique potestates potestati Dei adversantes; nam ut Psalmista ait: "Adstiterunt reges terrae et principes convenerunt in unum, adversum Dominum et adversus Christum eius." En patiuntur iusti et sancti tot certamina ut in eis compleatur quod deest passionibus Christi.

Necdum Jesus pati cessavit in suo **corpore eucharistico**. Maxime lugendum, fratres, quod Eucharistiam, hoc singulare dilectionis divinae donum, homines nefarii profanare pedibusque proterere audeant. Eheu! Quot namque iniuriae, convicia, blasphemiae, sacrilegia in Cor Jesu Eucharisticum proiciuntur! Haecce homines retribuunt pro innumerabilibus beneficiis a Domino acceptis, speciatim pro ineffabili Sacramento altaris? Ibi iterum atque iterum, centiesque, milliesque Jesus irridetur, conspuitur, vellicatur, verberatur; ibi spinis acutissimis confoditur; ibi rursum cruci affigitur et crudeli lancea feritur...

Affectus—Ploremus, Praesules Sacerdotesque Domini,

super crimina mundi et hominum delicta; fuis lacrimis et animo contrito auscultemus voces in quas Jesus, dilectissimae ancillae suae sanctae Margaritae Mariae Alacoque Cor suum proterendens, ex Eucharistico Mystero prorupit: "En Cor quod homines tanto dilexit amore: quodque ab ipsis tantis repletur opprobriis!"

Sitque haec Hora Sancta sacrificium propitiabile quo participes reddamur passionis Christi qui adloquens eandem Ancillam suam, eam hortari dignatus est: "Singulis noctibus a feria quinta ad sextam, prope undecimam horam, ego te participem reddam mortalis illius angustiae quam in horto passum sum."

Oratio—Respice nos, Domine Jesu, coram te provolutos et benedic quos tuos vocasti tuosque nunc et semper esse voluisti. Benedic familiam tuam et tecum illam in aeternum coniunge. Amen.

II

Jesus patitur propter sacerdotum peccata.

Recolamus, fratres dilectissimi, sacerdotum miram celsitudinem. Magna quidem christiani dignitas, ideoque recte omnino quidam admonuit: Agnosce, christiane, dignitatem tuam! At quanto validius nobis edicere licet sacerdotis excellentiam et inclamare: Agnosce, sacerdos, dignitatem tuam!—Hanc meditemur, sacerdotes Domini, hic provoluti ad pedes Jesu Christi, Sacerdotis aeterni secundum ordinem Melchisedec, Episcopi animarum nostrarum, Pontificis sancti qui non habet necessitatem quotidie prius pro suis peccatis hostiam offerre; hanc devote recolamus, hic in medio solemnitate nostrae, coram altari in quo, Eucharisticis velis cooperta, nobis offertur gratia et benignitas Salvatoris nostri. "Grande mysterium et magna dignitas sacerdotum,—sic habet Imitatio Christi,—quibus datum est quod angelis non est concessum. Soli namque sacerdotes rite in Ecclesia (Christi) ordinati potestatem habent celebrandi et corpus Christi consecrandi... Ecce sacerdos factus es, et ad celebrandum consecratus; vide nunc ut fideliter et devote in suo tempore Deo sacrificium offeras et teipsum irreprehensibilem exhibeas... Sacerdos sacris vestibus indutus Christi vices gerit ut Deum pro se et pro omni populo suppliciter et humiliter roget... Quando sacerdos celebrat Deum honorat; Angelos laetificat; Ecclesiam aedificat; vivos adiuvat, defunctis requiem praestat, et sese omnium bonorum participem efficit!"

At tam excelsa cum sit dignitas sacerdotum, tamque mira in eos dilectio Christi, qui tot miranda dona atque privilegia in

ipsos profudit, quamnam nos deceret, fratres, habere sanctitudinem? "Sacerdos equidem omnibus virtutibus debet esse ornatus et aliis bonae vitae exemplum praebere. Eius conversatio non cum popularibus et communibus hominum viis, sed cum Angelis in coelis, aut cum perfectis viris in terris" (Imit, Christi).

Attamen, proh dolor! fratres carissimi, quanam fuit retributio nostra pro tantis beneficiis a Jesu acceptis? O quam multis peccatis, offensionibus et negligentis Cor Jesu contristavimus! Quoties nos, sicuti Apostolos suos praedilectos, Petrum videlicet et Jacobum et Joannem, enixe invitavit ut cum Ipso vigilaremus dicens: "Tristis est anima mea usque ad mortem; sustinete et vigilate mecum...;" nos autem somno cessimus et in peccatorum tenebris miserime sedimus...

Audiamus Redemptorem nostrum ingemiscentem: "Videte si est dolor sicut dolor meus." Quos ego valde dilexi, quos filios super hereditatem copiosissimam constitui, quos in caritatis funiculis cordi meo adstrinxi, ipsi spreverunt me..." De unoquoque nostrum, tot culpis in eum commissis, Dominus ingemiscere posset: "Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique. Tu autem homo unanimis qui mecum dulces capiebas panes..."

Jesus ergo, in horto sudorem sanguinis fundens, peccatis sacerdotum super omnia affligitur. Quod ipse praecipue Sanctam Margaritam Mariam adloquens questus est: "Non sic me ledunt crudeli vulnerere hominum commissa, ut illorum peccata qui mihi speciali dilectionis vinculo sunt alligati, sacerdotum nempe. Tu ergo, filia mea, ingratum eorum animum supplere stude, et solare Cor meum indigne iniuriis, contumeliis, probisque ab illis affectum!"

Nobis igitur sacerdotibus, hic coram Jesu stantibus, onus incumbit reparandi vulnera suavissimo Fratri nostro illata. Peccata nostra defleamus, lacrimas nostras sanctissimo Christi cruori miscentes. Offeramus preces et satisfactiones nostras, licet miseras, una cum suprema satisfactione quam Jesus pro nobis dedit in horto orans et pro peccatis patiens fratrum praesertim nostrorum qui in Sanctissimo altaris Sacramento eum vulnerant, suisque moribus Ecclesiam Sanctam dehonstant.

Dominum solemur et populum christianum aedificemus, quod quidem officium est nostrum. Sacerdos est enim vox Ecclesiae, interpretes precum et votorum eius ad Deum Patrem Omnipotentem: sacerdos, ut Paulus dicit, "ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quae sunt ad Deum."

In Ecclesiae Sancta per totum orbem constituta, sacerdotes Domini plus quam ducenta millia missarum divinae Majestati quotidie offerunt. Dominum igitur precemur ut sacrificium Crucis, toties per manus nostras oblatum, sit Deo acceptabile.

et omni populo propitiabile. Experiamur et nos una cum Jesu nostro immane pondus peccatorum mundi.

Et hoc sit, in posterum, propositum nostrum: offerre quotidie manibus puris et mundo corde Hostiam puram, Hostiam sanctam, Hostiam immaculatam Corpus nempe et Sanguinem Jesu Christi; nec ultra tristemur Cor Dilecti nostri.—Amen.

III

Jesus Christus patitur et dolet super crimina, neglectionem et apostasiam gentium et nationum.

Jesus in horto prolapsus in terram et in supremo agone luctans, clarissima visione scelera inspiciebat non tantum singulorum hominum sed etiam gentium et nationum totius orbis. Conspectui eius omnes gentes, cultae sive incultae, notae sive ignotae, virtute florentes sive imbelles offerebantur.

Et sciebat earum plures, etiam post saecula non pauca, redemptionis beneficium reiecturas. Hoc bene vos nostis, fratres dilectissimi, qui in terris missionum labores vestros funditis. Quot enim regiones, quot populi in praesentem usque diem Dominum nostrum Jesum Christum ignorant, et sedentes in umbra mortis idolis nefandis, vanisque diis cultum reddunt timoris et turpis servitutis! Nobis istarum gentium miserrimam sortem inspicientibus, in mentem venit oratio Sancti Francisci Xaverii apud Deum Patrem ingemiscentis: "Memento, Domine, Jesum Filium tuum, pro illarum salute atrocissimam subiisse necem. Noli, Domine, ultra permittere ut filius tuus ab infidelibus contemnatur; sed precibus sanctorum virorum et Ecclesiae, sanctissimi Filii tui Sponsae, placatus, recordare misericordiae tuae et oblitus idololatriae et infidelitatis eorum, effice ut ipsi quoque agnoscant aliquando quem misisti Dominum Jesum Christum qui est salus, vita et resurrectio nostra, per quem salvati et liberati sumus, cui sit gloria per infinita saecula saeculorum."—

Aliae ecce sunt gentes quae insigne fidei donum per Apostolos et Ecclesiae sanctos homines receperunt; at postea in haeresim et schisma miserrime prolapsae sunt. Has Dominus Jesus gentes, ad ruinam a falsis pastoribus adductas, ab Ecclesia quae est salvationis arca abreptas, et a Corde divino avulsas, luget cruoremque pro eis in horto fundit. . .

Quid de nationibus ipsis dicemus, quae christiano gloriantur nomine; sed heu! quam saepe, a recto mandatorum Dei tramite errantes, relligioni infestae fiunt, et inimicis Crucis Christi sociantur. Quot in eis errores serpunt, quot crimina perpetrantur!

Mores corrumpuntur; statuta hominum divinis legibus adversantur; Ecclesia sponsa Christi ignoratur vel spernitur; Christus ipse denuo irridetur...!

En prostat Russorum gens nequissima oppressa dominatione. Homines impii bellum nefandum, inani quidem at nihilominus lacrimabili conatu, in Deum ipsum indixerunt.

En Mexicana tellus, deliciae quondam Ecclesiae sanctae, **diadema pulcherrimum** coelorum Reginae, quam sub titulo de Guadalupe aliam habet Patronam, viridarium virtutum, **heroum martyrumque altrix**... Ipsa quoque pedibus premitur hominum Ecclesiae et Patriae infestorum.

En nobile Hispaniarum solum, christianarum traditionum thesaurus et Ecclesiae decus; firmissimum, saeculorum cursu, columen contra infideles, et novarum gentium alma mater. . Hac hora, horrendo iactatur turbine et perfidiae undis impetitur, ita ut nobis inclamare liceat una cum Jesu in horto patiente: "Haec est hora vestra et potestas tenebrarum."

Haec omnia Cor Jesu horribili pondere presserunt. Tunc sanguis singulis ex artubus emanavit tanta copia ut terram rigaret, talique Dominus affectus est dolore ut humana natura si sola fuisset, omnino succubisset.

Itaque, fratres dilectissimi, hic congregati coram Jesu nostro in hac Hora sancta, haec meditemur, haec omnia in anima nostra sentiamus. Suavissimum fratrem nostrum solari tractemus, Angelum imitantes, qui apparuit illi de coelo confortans eum. Vere et nos, sacerdotes Domini, Angeli sumus!

Inter mundi nationes quas "tristis anima" Jesu conspexit earum peccata lugens et misericorditer doloribus suis explans, aderat et Philippina gens. Oh! si daretur quod Philippinae nostrae ingemiscenti animae Jesu solatium praeberent, suavissimum Regem, etsi sanguine conspersum, agnoscerent et bonorum omnium Datorem redamarent! Quot quantaque beneficia et dona in his Insulis Dominus benigne profudit! Tamquam vineam electam coelestis Paterfamilias Philippinas plantavit, sepe circumdedit ei, fodit in ea torcular et aedificavit turrim.

Haec vinea cui benedixit Dominus: "operuit montes umbra eius et arbusta eius cedros Dei. Extendit palmites suos usque ad mare et usque ad flumen propagines eius."

Attamen haec quoque vinea labruscas fecit, scilicet causas praebuit afflictionis et doloris Salvatori nostro patienti... Eam Jesus plurimis cumulavit bonis; at saepe ingratham valde invenit. Nonne illud improprium ei obicere merito posset: "Quid ultra debui facere vineae meae et non feci? Ego quidem plantavi te vineam meam speciosissimam et tu facta es nimis amara."

Amara sunt quam maxime quae nos ipsi videmus quaeque

nobis praesertim sacerdotibus inlacrimare convenit. Nonne dolendum nobis est (ut pauca commemoremus) super diram sacerdotum carentiam, super laicum scholarum systema, iurium Dei omnino ignarum; super opprobriosum schisma quod inconsutilem Christi tunicam, unitatem nempe Ecclesiae, scindere praesumpsit; propter proselytismum sectarum animas Philippinae gentis raptantium?

Solemur igitur Jesum et in hac celebratione sollemni quae, speciali Dei providentis consilio, novi regiminis seu "autonomi Status" initio occurrit, sacrum cum Christo foedus renovemus. Praesules, clerus populusque Philippinarum fidem iureiurando firment cum Domino suo, quam intemerate servant per saecula. Amen.

Affectus.—Iam, fratres, ad huius sanctae Horae finem pervenimus, et unum nobis deest, ut preces supplicationesque nostras precibus Jesu Domini Nostri adiungentes, eas offeramus ad Deum Patrem Omnipotentem. Miseri peccatores sumus; at Jesum habemus Pontificem magnum qui compatitur infirmitatibus nostris. "Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae ut misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno."

Et haec sit oratio nostra: Omnipotens sempiternae Deus, Domine sancte, qui nos peccatores indignos famulos tuos, nullis nostris meritis sed sola dignatione misericordiae tuae ad sacerdotium vocare dignatus es, exaudi preces dilectissimi Filii tui in horto quondam, et nunc in Sanctissimo Sacramento, pro nobis orantis. In nomine Jesu Christi imploramus clementiam tuam et Te rogamus ut Ecclesiam sanctam benedicas quam Ipse sanguine suo foecundavit.

Benedic de coelo sancto tuo Pontificem nostrum Pium: conserva Eum et vivifica Eum, beatum fac Eum in terra et ne tradas Eum in animam inimicorum eius.

Benedic sanctae Ecclesiae Principem quem suum a Latere Legatum Beatissimus Pater, in terris Filii tui Vicarius, ad Philippinas nostras misit ut huic Eucharistico Conventui praesideret. Salvum eum redde et benedictionibus tuis reple.

Praesules omnes hic adstantes benedic et sanctifica eosque dignos et sanctos Ecclesiae Filii tui pastores redde. Tibi placere ipsi curent, omnibus diebus suis, exempla sectando illius qui dixit: Ego sum Pastor bonus.

Benedic et omnes sacerdotes hic coram Maiestate tua provolutos coeterosque in Philippinis Insulis, in Missionibus et in mundo universo laborantes, ut vere sancti sint, et religiose viventes Tibi placere studeant et populum tuum aedificent.

Domine, salvum fac et Praesidem Status Philippinarum; mitte ei auxilium de sancto, et de Sion tuere eum.

Benedic patriam hanc dilectam et populum, tuas laudes diebus istis canentem, et ineffabili laetitia gestientem. "Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic haereditati tuae": "rege eum et extolle eum usque in aeternum."

Benedic denique omnes circumstantes nationes, et ad Evangelii lumen eas perducere digneris. Fac, Domine, ut cognoscant Te Deum vivum et quem misisti Jesum Christum Filium tuum qui tecum vivit et regnat in saecula.

REGI SAECULORUM IMMORTALI

OMNIS HONOR ET GLORIA.

Sesiones especiales para Sacerdotes en la Catedral

Solemnes e impresionantes fueron las ceremonias habidas a las cuatro de la tarde del día cuatro de febrero en la primera asamblea internacional de sacerdotes en la Catedral con la asistencia del presidente del Comité Permanente de los Congresos Eucarísticos Internacionales, Mons. Dr. Thomas Louis Heylen, obispo de Namur, el Arzobispo de Manila y demás distinguidos prelados.

Unos mil sacerdotes de diferentes órdenes religiosas, 500 seminaristas y un poco más de mil fieles se congregaron en la primera reunión internacional eclesiástica del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional, cuya celebración marcará un nuevo timbre de gloria en la historia de la civilización cristiana de este Archipiélago, para exteriorizar su fé en Jesús Sacramento.

Mons. Dr. Thomas Lous Heylen, presidente del Comité Permanente y obispo de Namur, llegó a la Catedral pocos minutos después de las cuatro de la tarde acompañado del Arzobispo, miembros del Comité Permanente y una procesión de obispos y demás prelados representantes de varias naciones del globo. Mons. Heylen, el Arzobispo y la comitiva pasaron a ocupar los asientos principales en el altar mayor.

Después de haber entonado la Salve más de 500 seminaristas de diferentes seminarios del país, Mons. Heylen hizo uso de la palabra presentando al orador principal. Después de una breve alocución por el honor de habersele brindado ser el orador principal, el Rev. P. Georgius Vromant pronunció el sermón en Latín.

El discurso del P. Vromant va a continuación.

**DE COMMUNI MINISTRI ET CHRISTIFIDELIUM OBLATIONE
IN SACRIFICIO EUCHARISTICO**

Excellentissimi Domini,
Reverendissimi Patres.

Sacrificium Crucis De sublimi illo Missae Sacrificio, quod est, ut aiunt, "Dominicae passionis representatio atque oblatio" praeconium habituri, oculos prius ad montem Calvariae volvamus, ubi Christus, inter corporis cruciatus animaeque angustias, vitam suam humanam augustissimae Trinitati obtulit et immolavit.

Christus quidem in cruce non moritur tanquam persona privata, sed teste Principe apostolorum, "Christus semel pro peccatis **Nostris** mortuus est, justus **Pro Injustis**", eo quidem fine "ut nos offerret Deo" (1), atque universi nos" vitae aeternae heredes efficeremur (2).

Quibus verbis pulcherrime elucet per passionem Christi, capitis nostri, universum genus humanum in cultum Dei mirabiliter dedicari. Idem docet Leo Magnus scilicet: "In cruce per hostiam salutarem, totius naturae humanae celebrari oblationem".

Nonne igitur merito affirmari potest Christum, dum vitam suam in cruce obtulit, centrum factum esse historiae humanae, aramque crucis centrum constitutum esse mundi universi. Illuc nempe conveniunt omnes nationes terrae, tum veteris tum novi testamenti, ibique in osculo pacis, cum divino Numine misericorditer reconciliantur.

Attamen sacrificium crucis semel tantum, uno in loco et in medio temporum erat offerendum. Decebat proinde ut non omnino transiret, sed alio quodam modo esset perpetuum et perenne. Quapropter Christus Dominus, priusquam sacrificium suum cruentum perageret, in coena idem sacrificium incruento modo instituit, in perpetuum et in universo orbe offerendum. Sicque idem sacrificium, in quo eadem sit victima idem sit principalis offerens ac in cruce, modo incruento ad finem usque saeculorum renovatur; ideoque Christus gloriose regnans in coelis, victima sacramentalis permanet in terris.

Sacrificium Eucharisticum centrum Ecclesiae Non mirandum est igitur quod, sicut ara crucis centrum mundi effecta fuerit, sic etiam altare nostrum centrum totius Ecclesiae cultusque catholici factum sit. Et requidem vera, ut omnibus patet, ab exordio christianismi, Mis-

(1) I. Petri, III, 18.

(2) Ibid., III, 22.

sae celebratio fuit germen ex quo liturgia catholica orta est, vel etiam centrum ad quod universa liturgia attrahitur et convergit.

Nam omnium sacramentorum administratio, scilicet Communio christifidelium, collatio ordinum, celebratio matrimonii atque baptismatis, reconciliatio peccatorum, administratio confirmationis et extremae unctionis, omnia ista sacramenta cum Missae celebratione fere semper olim conectebantur vel adhuc hodie conectuntur. Sollemniores quoque benedictiones, processiones, defunctorum absolutio, sollemnis adoratio crucis et alia, fieri debent vel plerumque solent intra, vel immediate ante aut post Missarum sollemnia.

Nonne singulae horae canonicae officii nostri, diebus praesertim dominicis festisque sollemnioribus per annum, aperte disponuntur quasi lapides pretiosi, qui circumdant et adornant hanc gemmam pretiosissimam sacrificii eucharistici?

Celebratio sollemnis Coenae dominicae ab initio christianismi fuit centrum et ratio praecipua celebrationis diei dominicae; ex ipsa effloruit sanctificatio hebdomadae christianae et postea totius anni liturgici.

Coeterum Missarum celebratio praecipua est occasio docendi populum christianum, ejusque liturgia, olim praeebat, et etiam hodie magnam adhuc praebet materiam praedicationis. Tolle sacrificium Missae, et cessat tota ratio nostri sacerdotii, immo vero ipse christianismus evanescit.

Verum ergo quod asseruit Pius PP. X: "Missa est symbolum, radix et principium unitatis Ecclesiae".

Nunc vero principium illud unitatis catholicae elucidare et illustrare intendimus. Equidem unitas illa efficitur in primis ex eo quod christifideles simul cum sacerdote offerunt atque Deo offeruntur. Efficitur insuper ex eo quod haec unitas confirmatur et completur per participationem omnium in eodem sacrificio, scilicet per communionem sacramentalem, ita ut in Missae celebratione, propter participationem populi ad victimam, ad litteram adimpleantur verba Pauli ad Corinthios: "Unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus". (3)

*Corpus Christi
mysticum offert
in Missa*

Aliquot abhinc annis, in Gallia, dum intacta staret in oppido Remensi formosa illa ecclesia cathedralis quam omnes mirabantur, postea vero immani bello funditus eversa, videbatur ad frontem hujus templi insignis imago ex petra ex-

(3) 1 Cor., X, 17.

culpta, sub specie virginis Ecclesiam figurantis, quae, cingulo praecineta, diademate coronata et lancea armata, manu dextra calicem sacrificii eucharistici sustentabat quem a Christo Domino Ecclesia acceperat. Sic in fronte hujus templi imagine sensibili exprimebatur quod docet Concilium Tridentinum: "Ut dilectae sponsae suae Ecclesiae visibile, sicut hominum natura exigit, relinqueret sacrificium." (4).

Et re quidem vera scimus Christum, priusquam moreretur, non sacerdotibus et Episcopis tantum, sed et cuncto populo christiano sacrificium corporis et sanguinis sui benigne tradidisse.

Christus quidem, in ultima coena, apostolos suos ad officium et dignitatem sacerdotalem evexit dicens: "Hoc facite in meam commemorationem" (5). Sed praeter hoc sacerdotium sacramentale et proprie dictum, habetur quoque in Ecclesia mysticum sacerdotium fidelium, quod tamen vere societatem habet ad ipsum sacrificium altaris stricte distum.

Et hoc sensu, latiori utique, dicuntur fideles a S. Petro "sacerdotium sanctum", "genus electum, regale sacerdotium" (6). Quam doctrinam confirmat S. Joannes in Apocalypsi scribens: Christus "dilexit nos et lavit nos in sanguine suo, et fecit nos regnum et Sacerdotes Deo et Patri suo" (7).

S. Augustinus, commentans verba Principis apostolorum ait: "Non utique de solis episcopis et presbyteris dictum est, qui proprie jam vocantur in Ecclesia sacerdotes, sed, sicut omnes **Christianos** dicimus propter mysticum chrisma, sic **Omnes Sacerdotes**, quoniam membra sunt unius sacerdotis" (8).

Ad hanc participationem sacerdotii instruuntur fideles per characterem sacramentalem baptismi, quo membra fiunt Ecclesiae. Etenim "sacramenta novae legis characterem imprimunt, ait S. Thomas, in quantum per ea deputantur homines ad cultum Dei" (9). "Manifestum est, pergit Angelicus doctor, quod character sacramentalis specialiter est character Christi, *cujus sacerdotio* configurantur fideles secundum sacramentales characteres qui nihil aliud sunt, quam quaedam **Participationes Sacerdotii Christi** ab ipso Christo derivatae" (10).

Quae quidem unio mystica cum Christo sacerdote sensibilibiter figuratur unctione sacri chrismatis in capite neo-baptizati. Ideoque feria V in Coena Domini, ad benedictionem chrismatis, rogat Episcopus ut spiritualis lavacri Baptismo renovandi,

(4) Conc. Trid., Sess. XXII, c. I.

(5) Luc. XXII, 19.

(6) Ia Petri, II, 5, 9.

(7) Apoc. I, 6; V, 10; XX, 6.

(8) De civitate Dei, XS, 10.

(9) S. Th. III, q. 63, a 2.

(10) St. Th. III, Q. 63, a 3 et 5.

“**Sacerdotali Honore Perfusi...** vestimento incorrupti muneris induantur” (11).

Atque in sollemni consecratione altaris eamdam veritatem profitetur Ecclesia, quando Episcopus, cum cruces altaris sacris oleis iteratis vicibus perunxerit, hanc orationem ad Deum dirigit: “Descendat, quaesumus Domine Deus noster, Spiritus Sanctus super hoc altare, qui et **Dona Nostra, et Populi tui** in eo sanctificet, et sumentium corda dignanter emundet”. Et postquam oleum catechumonorum et sacrum chrisma desuper altare pariter effuderit, iterum precatur: “Lapidem hunc, fratres carissimi, in quo unguentum sacrae unctionis effunditur, ad suscipienda **Populi sui vota et Sacrificia**, oremus ut Dominus noster benedicat et consecret” (12).

Verum enimvero antiqua disciplina qua, tempore sacrificii, catechumeni ab ecclesia dimittebantur, partim saltem hac doctrina theologica innitebatur, siquidem catechumeni, eo quod caractere baptismatis nondum insigniti essent, sacrificium offerre cum sacerdote arcebantur.

Nos igitur, Reverendissimi Patres, ad sacrificium altaris per sacramentum speciali ritu constituti, non tantum nostri nomine, sed nomine totius Ecclesiae atque simul cum ipsa, corpus et sanguinem Christi quotidie offerimus.

*Corpus mysticum
Christi offertur
in Missa*

Verum, uti docet Reverendus Pater Billot, firma stat veritas: “Quisquis in sacrificio offert victimam, offert eam **Ut Vicariam** sui, intendens exprimere interiorem submissionem atque absolutam devotionem qua vult ipsemet spiritualiter in Dei honorem consumi. Si ergo Ecclesia in Missa se habet ut offerens, **Pariter se habet ut oblata**, utique in unione cum Capite suo” (13).

Audiamus S. Cyrillum Alexandrinum: “In sacrificiis enim (nostris), tanquam in imagine, quodammodo **Nostras animas Immolamus**” (14).—“Sacrificium visibile, addit S. Augustinus, **invisibilis sacrificii sacramentum**, id est, sacrum signum est” (14).—“Primum igitur ac principale sacrificium quod a nobis requiritur, statuit Gulielmus Parisiensis: **Nos ipsi sumus**, sine cujus oblatione nihil quod Deo offerimus, placitum est, vel acceptum” (15).

Enixe dicit S. Augustinus de Christo in Missa: “nos ipsos

-
- (11) Pontific. Romanum, de officio in feria V coenae Domini, Benedictio chrismatismis.
 (12) Pontif. Dom., De altaris consecratione.
 (13) L. Billot, De Ecclesiae sacramentis, 13, 1900 p. 552.
 (14) De Civit. Dei, X, c. 5.
 (15) Gulielmus Parisiensis, De legibus, c. 28, p. 99-100 sp. M. de la Taille, *Mysterium fidei* 3, 1931. p. 8.

voluit esse sacrificium suum" (16); ait etiam: "**Tota redempta Civitas**, hoc est congregatio societasque sanctorum, **Universale Sacrificium Offeritur Deo** per Sacerdotem magnum, qui etiam seipsum obtulit in passione pro nobis, ut tanti capitis corpus essemus secundum formam servi... Quod etiam sacramento altaris, fidelibus noto, frequentat Ecclesia, ubi ei demonstratur, quod in ea re quam offert ipsa offeratur" (17).

Nonne hoc quotidie ab Ecclesia nobis pie in memoriam reducit, quando ad offertorium Missae, junctis manibus et aliquantulum corpore inclinato, nosmetipsos Deo offerimus his verbis: "In Spiritu humilitatis et in animo contrito **Suscipiamur** a Te, Domine; **Et Sic** fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi, Domine Deus?" Hanc oblationem tam ministri quam christifidelium testatur Ecclesia in oratione Missae quae "secreta" dicitur in Dominica Sanctissimae Trinitatis: "Nosmetipsos tibi perface munus aeternum". Idem clarius adhuc asseritur in Missa in honorem Jesu Christi summi et aeterni sacerdotis: "Haec munera, **Domine, mediator noster Jesus Christus** tibi reddat accepta; et nos, **una secum, Hostias tibi gratas exhibeat**".

Hanc omnium fidelium cum Christo conjunctionem et oblationem, uti probant Sancti Patres, significat ipsa materia sacrificii: in pane scilicet qui efficitur ex multis granis in unum collectis et commolitis, in vino quod est ex multis uvis expressum. Nec aliena dicenda est ista doctrina a mixtione calicis in sacrificio Missae etenim ait S. Cyprianus, "videmus in aqua populum intelligi (18), in vino ostendi sanguinem Christi. Quando in calice vino aqua miscetur, Christo populus adunatur" (19).

Igitur omnes fideles, qua membra Ecclesiae, cum singulis sacerdotibus, ubique terrarum **habituali participatione** offerunt atque simul Deo offeruntur. Speciali tamen **magisque actuali participatione nobis offerentibus** connectuntur, quum stipendium seu eleemosynam ad sacrificium celebrandum conferunt, vel etiam quum Missae sollemnibus actualiter intersunt.

Stipendium conferentes Secundum legem Moysis, quum quisquam ex filiis Israel dona et sacrificia Domino offerre vellet, puta agnum, primitias frugum, similam aut oleum, omnia munera sua ad templum deferrebat, atque in manus sacerdotis diebus illis constituti tradebat. Solus quidem sacerdos sacrificium perficiebat, victimam

(16) S. August. Sermo. 227 ad infantes.

(17) De civit. Dei, X, 6.

(18) Cfr. Apoc., XVIII, 15.

(19) S. Cyprianus, Ep. LXIII.—Cfr. quoque Concil. Trid., Sess. XXIII, cap. 7.

tamen ex ipsis manibus Israelitae offerentis acceperat. Denique sacrificium a filiis Israel oblatum integrum Domino offerebatur et cremabatur; eucharisticum autem et propitiatorium vel etiam impetratorium non totaliter cremabatur, sed pars victimae Deo oblatae ad sustentationem sacerdotis reservabatur.

Quodsi sub lege veteri populus electus sacrificia sua per manus sacerdotum Domino offerret, num fieri potest ut populus novus, vere populus electus, nempe populus christianus, quem S. Petrus "regale sacerdotium", "sacerdotium sanctum" vocat, eodem privilegio penitus destituatur?

Absit! Nam a primis diebus Ecclesiae, christifideles, ad imitationem Judaeorum, sua munera, panem scilicet et vinum propriis manibus ad apostolos et presbyteros deferebant. Objicere quis possit, et quidem non sine fundamento, in sacrificio eucharistico non panem et vinum, sed corpus et sanguinem Salvatoris Deo offerri. Sed responderi potest: Nonne et panis et vinum materia sunt ad validam consecrationem omnino necessaria? Nonne et post consecrationem accidentia panis et vini persistunt quibus, quasi proprio tegumento divina victima tegatur; a quibus etiam sacramentalis ejus praesentia totaliter dependeat? Itaque non quidem corpus et sanguinem Christi fideles offerebant, sed quae ad victimam altaris litandam requirebantur, panem scilicet et vinum ad manus sacerdotis tradebant.

Nunc vero praxim illam ac disciplinam primaevae Ecclesiae ex antiquorum testimoniis illustremus.

In primis Tertullianus († 243) testatur de muliere quadam christiana, tunc vidua, dicens: diebus anniversariis defuncti mariti "pro anima ejus orat, et refrigerium interim adpostulat ei... et **Offert** annuis diebus dormitionis ejus" (20).—Quod testimonium scriptis S. Gregorii († 604) roboratur: refert enim virum quemdam ultimum diem obiisse "pro quo sua conjux diebus certis **Sacrificium Offerre** consueverat" (21).

Audiat nunc Cyprianus († 258) matronam quamdam ditissimam arguens ex eo quod, propter avaritiam, etsi ad communionem accesserat, panem tamen et vinum ad sacrificium non attulisset; ait enim: Tu quidem "**De Sacrificio quod pauper obtulit sumis**" (22).—Nec aliter S. Caesarius Arelatensis († 542) ad populum sermonem instituens dicit: "Oblationes quae in altari consecrentur **offerte**: erubescere debet homo idoneus, si de aliena oblatione communicaverit" (23). Audiamus quoque S. Ambrosium († 397) post immanem stragem Thessalonicen-

(20) De monogamia, X.

(21) Dial., l. IV, c. 57.

(22) De opere et elemosiana, c. XV.

(23) In append. ad Sermones S. Augustini, sermo 265, n. 2.

sium Theodosium imperatorem a communione sacrificii his verbis arcentem: "Tunc (demum) offeres, cum sacrificandi acceptis facultatem, quando Hostia tua accepta sit Deo" (24).

A primis ergo Ecclesiae saeculis, si testibus nostris confidere licet, quicumque ex christianis, sive vir sive mulier, panem aut vinum ad sacrificium obtulerat, ipse "sacrificium offerre" dicebatur. Immo haec disciplina, edictis et legibus, auctoritate tam civili quam ecclesiastica, populo christiano praescribebatur.

Legitur enim in Concilio Provinciali Maconensi anni 590: "Propterea decernimus ut omnibus dominicis diebus, altaris oblatio ab omnibus viris et mulieribus offeratur tam panis quam vini" (25).—Nec aliter Capitularia Caroli Magni († 814), in quibus et locus describitur ubi oblationes populi recipi debeant, sic statuunt: "Et hoc populo nuntietur, quod per omnes dies, domesticas oblationes Deo offerant, et ipsa oblatio foris septa altaris recipiatur" (26).—"Placuit, dicit canon 170, ut fideles oblationes, eorum sacerdotibus quotidie, si fieri potest, in ecclesia offerant, et si quotidie non potest, saltem Dominica die, absque excusatione fiat".—Quae quidem oblatio, uti liquet ex allatis testimoniis, non meram obligationem, sed etiam jus quoddam et honorem eximium in Ecclesia constituebat, a quo fideles propter graviora crimina quandoque destituebantur.

Paucioribus tamen ex populo communicantibus, iam ante saeculum septimum, mutatio disciplinae paulatim introducitur; "Statutum est, scribit Honorius Augustodunensis († 1145 o ca. 1152), ut... populus pro oblatione farinae, denarios offerent" (27). Atque ulterius asserit quosdam fideles coevos suos aurum offerre, alios argentum, alios vero ex antiquo more panem et vinum porrigere.

Anno 936, apud Germanos, vita functo piissimo imperatore Enrico, uxor ejus, Sancta Mathildis, quum ei non suppeteret quantitas sufficiens panis et vini, fertur ad sacerdotem duas armillas aureas detulisse, dicens: "Accipe tibi hoc aurum et canta Missam animarum" (28). De eadem sancta imperatrice refertur: "Mos quippe fuerat sanctae Dominae cotidie sacerdoti ad Missam praesentare oblationem panis et vini pro salute et utilitate totius sanctae Ecclesiae" (29). Alibi legitur: "Numquam vacua manu ad altare venit" (30).

(24) Epist. 51, n. 15

(25) Concil. Macon: Ampliss. Concil. Coll., IV 951,.

(26) Capitularia Sar. Magni, lib. I, can. 371.

(27) Gemma animae, I, 66.

(28) Vita S. Mathildis: P.L. 135, 897.

(29) Ibid. 135, 910.

(30) Ibid. 900.—Cfr. cf. Creogaert, Uitgewerkte plannen voor strmoenen en lessen over het H. Misoffer, II deel, Blz. 241 ss.

Nonne ex his testimoniis manifeste apparet origo, atque demonstratur significatio genuina *stipendii seu eleemosynae* quae hodie a fidelibus offertur? Hoc stipendium, attenta origine necnon genuina ejus significatione, non proprie dici potest mera remuneratio sacerdotis. Sed hac eleemosyna christifideles, ad imitationem legis Mossaicae, necessaria potius sacrificii suppeditant; ita tamen ut simul sustentationi sacerdotis inserviat, teste S. Paulo: "Qui in sacrario operantur, quae de sacrario sunt, edunt; et qui altari inserviunt, cum altari participant" (31).

Sicque apparet sacerdotem proprie **Mandatarium** constitui a fidelibus eleemosynam offerentibus, qui nimirum depositum suum sacerdoti committunt; sacerdos autem eorum nomine sacrificium Deo litabit.—Quid nunc vobis videtur, Patres Reverendissimi? Nonne oportuna nunc hora est ut haec alta significatio stipendii seu eleemosynae Missarum, iterum atque iterum, animis fidelium explanetur et inculcetur? Ipsis nempe ostendendum est quam ratione, dato stipendio, modo actuali cum sacerdote offerant. Frequenter quoque ad memoriam eorum revocandum est quod supra probatum est, scilicet: christianos illos qui cum sacerdote coofferant, etiam cum sacerdote semetipsos offerre et Deo consecrare teneri. Efficiatur ergo stipendium in mentibus fidelium, imprimis sicut **Symbolum et signum propriae consecrationis et immolationis domino.**

Fideles qui Missae intersunt Ex testimoniis supra collatis liquet in prioribus saeculis Ecclesiae, "Missam audire" idem valuisse aut significavisse ac panem et vinum porrigere ad sacrificium conficiendum. Etsi hodierna disciplina paululum dissideat, omnes tamen asserunt et profitentur **fideles illos qui Missae Sollemnibus intersint** cum sacerdote offerre censerit, et cum illo oblationis participes actualiter effici. Quae quidem doctrina in ipsa celebratione Missae pluries asseritur.

Exempli gratia ad "Orate fratres" sacerdos fideles astantes ad orandum invitat his verbis: "ut meum ac **Vestrum Sacrificium** acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem."—Nec minus aperte alluditur ad circumstantes, quasi simul cum sacerdote offerentes, in oratione secreta Dominicae III post Epiphaniam, quando sacerdos dicit: "Haec hostia, quaesumus Domine, emundet nostra delicta: **et ad Sacrificium celebrandum, subditur tibi corpora mentesque sanctificet.**"—Idem oratione canonicis saepius indicatur. In exempla adducere liceat invocationes sequentes: Dum immediate ante consecrationem sacerdos manus extendit super oblata, dicit: Hanc igitur oblationem servi-

(31) 1a. Cor., IX, 13.

tutis nostrae (seu ipsius sacerdotis) **Sed et cunctae familiae tuae.**—Ac statim post peractam consecrationem, nomine proprio necnon omnium quoque circumstantium sic Deum alloquitur: “Unde et memores, Domine, nos servi tui (i.e. sacerdos), **sed et plebs tua Sancta** ejusdem Christi Filii tui tan beatæ passionis... **offerimus tibi... hostiam puram, hostiam sanctam, hastiam immaculatam.**”

Igitur ut olim, sic hodie, fideles non tantum qui stipendium praebeant, sed etiam qui Missae simpliciter intersint, una cum sacerdote modo actuali et activo victimam offerunt. Utinam hac etiam doctrina christifideles frequenter moneantur; ac praesertim in scholis, multoties edoceantur et suadeantur parvuli et adolescentes ut, quoties Missae Sacrificio assistant oblationique cooperentur, etiam **seipsos toto corde Deo offerant ejusque servitio se devoteant.**

Praxis

Ideo ad proxim venientes: Parvuli et adolescentes suaviter ad propositum adducantur v. g. certam ac definitam occasionem peccandi sedulo vitandi, parentibus pie obediendi, studiis graviter incumbendi, unam alteramve per diem mortificationem Deo offerendi. Haec et similia junioribus proponantur, ut de altari libantes sese Deo practice devoteant.—Sed et ceteri quoque christiani, utputa parentes, fidelitatem spondeant in adimplendis officiis suis, in quibus prius forte deliquerint; fortunae adversitates, animae tribulationes, laborem quotidianum, uno verbo res quascumque asperas tempore sacrificii eucharistici, de manu Dei suscipiant, et in vicem ad idem altare Deo pie offerant. Tunc quidem christifideles omnes Missam non modo “audient”, sed Dei amorem ex altaris sacrificio haustum, in vitam quotidianam practico introducent et contextent.

Ideo S. Cyprianus affirmare non dubitat: “Sacrificium dominicum legitima sanctificatione non celebrari, nisi oblatio et sacrificium **Nostrum** respondeat passioni” (32). Ex his arguit Pius PP. XI in litteris suis encyclicis “*Miserentissimus Redemptor*” (33): “Quamobrem cum hoc augustissimo Eucharistico sacrificio, et ministrorum et aliorum fidelium immolatio conjugii debet ut ipsi quoque “hostias viventes, sanctas, Deo placentes” (34) sese exhibeant”.

Communio sacramentalis in Missa

Si quidem ex intentione divina immolatio christianorum conjugii debet cum Missae sacrificio, ut ipsi regale suum sacerdotium

(32) Epist. 63, n. 381.

(33) 8 maii, 1928: AAS, XX, 1928, 165.

(34) Rom., XII, 1.

rite exerçant, divina etiam institutione provisum est, ut hanc suam consecrationem aperte profiterentur et plene perficerent, quum simul cum altaris ministro, per **Sacramentalem Communionem, de altari participant.**

Etenim sub lege veteri, inter alia sacrificia, etiam sacrificia pacifica offerebantur, in quibus Israelita ille qui victimam attulerat, una cum sacerdote partem manducabat. De qua manducatione sacra scribit Suaresius: "Post consummatum sacrificium, (manducatio) fiebat ad significandum hominem per sacrificium acceptari ad divinorum consortium" (35). Sed magis ad rem verba R.P. M. de la Taille: "Quemadmodum manducatione legalis hostiae Judaeus particeps censebatur sacrificii altari impositi... sic christiani, manducatione panis et potatione calicis, **participes efficiuntur Victimae Deo Sacrae**, corporis scilicet et sanguinis Christi" (36).

Haec igitur est mystica et sublimis significatio communionis sacramentalis quae, peracta Missae consecratione, de altari sumitur, nosque, **uti testatur Cyrillus Jerosolymitanus, Christi Concorporeos efficit.** Per unionem nempe intimam cum victima altaris pie communicans, ad exemplum Christi, sincere et aperte profitetur suiipsius consecrationem atque immolationem. O stupenda christifidelium propinquitas ac familiaritas ad Deum.

Tempore quidem quo Christus in monte Calvariae pro nobis omnibus semetipsum immolavit, nondum potuimus oblationem **Nostram** cum sacrificio crucis **actualiter** conjugere. Nunc vero, dum idem sacrificium ad altare renovatur et ritualiter transferatur, una cum Christo nostmetipsos offeramus, ut quo **Olim** facere non valuimus, hoc **nunc** in Missa quotidie praestemus

Praxis Igitur, Patres Reverendissimi, sit communio quotidiana quasi **consummatio nostrae immolationis in Missa peragenda.** In communionem nempe sacramentali oportet ut renouentur, roborentur, et quasi eucharistico sigillo corporis Christi obsignentur proposita pia tum ministri altaris tum populi praesentis.

Quapropter cum Apostolo nos monet Summus Pontifex Pius XI ut "mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes" (37), atque cum Christo consepulti et complantati similitudini mortis ejus (38), non modo carnem nostram crucifigamus cum vitiis et concupiscentiis (39)... sed "et vita Jesu manifestetur incorporibus nostris" (40), et aeterni ejus sacerdotii par-

(35) De Eucharistia, disp. 73, s. 5, n. 6.

(36) Mysterium fidei 3, 1931, p. 196.

(31) 2 Cor., IV, 10.

(38) Cf. Rom. VI, 4-5.

(39) Cf. Gal. V, 21.

(40) 2 Cor., IV, 10.

participes effecti, offeramus "dona et sacrificia pro peccatis" (41). Et quidem propter unumquemque nostrum scripta sunt verba Apostoli, binos discipulos suos Titum et Timotheum monentis: "Tu autem o homo Dei" (42), "in omnibus teipsum praebe exemplum bonorum operum" (43), "labora sicut bonus miles Christi" (44), "ministerium tuum imple" (45) "Hoc enim faciens, et teipsum salvum facies et eos qui te audiunt" (46).

Si haec monita quasi regulam vitae nostrae sacerdotalis et quasi normam zeli nostri apostolici statuerimus, non deficiet in nobis "ignis altaris" et virtus Spiritus Sancti, ad salutem animarum quotidie procurandam, ad oves perditas requirendas, ad visitandos infirmos, ac imprimis ad parvulos ad Christum adducendos doctrinaque saepius instruendos, etiam si commoditates nostras sacrificare oporteat.

Tunc de altari quotidie participabimus ita ut non tantum "Missam celebremus", sed per totum diem fructus sacrificii in nostris actibus exprimamus; tunc demum sincere cum Apostolo dicere juvabit: "Ego... libentissime impendam et superimpendar ipse pro animabus vestris" (47). Haec est vera sacerdotis felicitas in terris, haec sacerdotis corona in patria.

Nos ergo pastores animarum constituti et a Deo electi, hodieque in hoc sollemni Congressu pie congregati, cum universa Ecclesia ad Deum humiliter deprecemur; "Sacrosancta mysteria in quibus omnis sanctitatis fontem constituisti, nos quoque in veritate sanctificent Amen.

(41) Hebr., V, 1;—cf. Litt. encycl. "Miserentissimus Redemptor": AA. S., XX, 1928, 165.

(42) 1 Tim., VI, 11.

(43) Tit., II, 7.

(44) 2 Tim., II, 3.

(45) 2 Tim., IV, 5.

(46) 1 Tim., IV, 16.

(47) 2 Cor., XII, 15.

El Orador principal para la segunda sesión de sacerdotes: fué el M.R.P. Juan Ylla, O.P. Doctor en ambos Derechos y Rector del Seminario Central de la Universidad de Santo Tomás. Su discurso fué el siguiente.

“De vi et efficacia Eucharistiae in Corpore Christi Mystico”

“Veritatem autem facientes in charitate crescimus in illo per omnia, qui est caput Christus.”

(Ad Ephesios cap. VI, v. 15).

Eminentissime Domine
Excellentissimi Praesules
Reverendissimi Sacerdotes
Dilectissimi Fratres

Introductio.

Periucundum mihi est, quamvis absque meis meritis, vos alloqui de Sacra Eucharistia in hoc tam fausto eventu internationalis eucharisticae congressionis. Nihil enim praestantius quam Sacramenti augusti cultum per hos conventus impensius amplificare; satis enim experiundo compertum est quantum conferant hi coetus cum ad fidem caritatemque augendas, tum ad spem aeternae gloriae roborandam; cumque Eucharistia quasi centrum sit christianae religionis nemo est qui non videat, divinam vim continuo inde erumpentem et ordinem rerum prorsus novum afferre et in venas omnes societatis domesticae civilisque dimanare.

Ex alia parte nemo non videt quanti ad privatum et commune bonum intersit, fideles universos Eucharistiam interius cognoscere et christianam vitam, cuius fons et quasi centrum Eucharistia est, abundantius vivere; doctrinam autem de divino mysterio ita popularium mentes animosque pervadere, ut ii intellegendo et pietatis caritatisque igniculos concipiendo, minime vero quasi muti et inertes, sacra participant; caelesti praeterea altos eosdem nutritosque convivio, se quemque perficere, instruere suum a virtutibus animum studioque apostolatus imbuere. Quo quidem studio si Christi fideles moveantur, efficient profecto, ut non privatim et ab humiliore plebe tantummodo, verum etiam publice et ab ipsis qui ingenio rerumque scientia et cognitione excellunt hominibus officia pietatis Augusto Sacramento exhibeantur.

Congruentia Huius Conventus

Delectu sane optimo decretum est a Concilio pro coetibus Eucharisticis provehendis atque ordinandis et a Sanctissimo Pa-

tre Nostro libentissime approbatum ut praesens conventus Manilae haberetur ad optata cleri populique Insularum Philippinarum explenda.

Devotio Philippinarum Gentis Augusto Sacramento

Nemo quidem qui historiam huius populi aliquantulum cognoscat mirabitur praesentem eius devotionem Augusto Sacramento. Etenim, si in nationis huius laude ponendum, quod, "vix ab Hernando de Magallanes, saeculo XVI ineunte, Philippinarum insulae apertae statim Crucis sanctissimae simulacro defixo in littore et Deo fuerunt consecratae, et catholicae Religionis quaedam veluti libamenta habuerint"; et quod "Philippinarum gens et Ecclesia merito excellunt splendore civitatis, Religionis dignitate atque studio" (1) at huic non minus profecto accedit decoris atque ornamenti e studiosa illa, quae civibus avitae pietatis aemulatoribus veluti in medullis haeret, Augusti Sacramenti veneratione. Praeclarum huius devotionis testimonium dederunt christifideles occasione paroecialium Eucharisticorum conventuum in quibus mirum quantum populi ardor ad augendam rei faustitatem extemplo exarsit. Ita factum est ut non modo templa reficerentur tempestive atque affabre ornarentur, sed etiam ad veterem sacram supellectilem, si quid contritum laceratumque, artificiose resartam, nova, eademque copiosa et locuples, ex dono ac largitate piorum e paroecia fidelium supellex accederet; ut domus secundum vias sitae per quas Sanctissimum Sacramentum ducendum erat belle decorarentur; ut in vias ipsas, aulaeis sursum ad temperandum solis aestum contactas, ob flores apte dispositos, olentes, quot fenestrae prospiciebant, totidem velis sericis lineisque decorarentur.

At praeterea, quod pluris est, cum hac tanta rerum omnium renovatione ea animorum renovatio coniuncta est, ad instar thuris ad Deum *in odorem suavitatis* adscendens.

Argumentum Dissertationis

Nunc ad propositum huius dissertationis accedens eius argumentum ita dispescitur: 1—Omnes nos tenemur pervenire "ad mensuram aetatis plenitudinis Christi." 2—Hoc incrementum fit in quolibet fidele per virtutem et efficaciam a Christo Domino provenientes. 3—Virtus et efficacia Christi ad praedictum incrementum communicatur singulis fidelibus praecipue ope Sacrae Eucharistiae. 4—Per dignam receptionem Sacrae Communionis fideles ita firmantur in fide ut iam non sint "parvuli fluctuantes et circumferantur omni vento doctrinae." 5—Ecclesia Christi etiam, adipiscitur mediante Eucharistia maturita-

(1) Const. QVAE MARI SINICO.

tem et fecunditatem aetatis perfectae. 6—Sacra Eucharistia tribuit eidem virtutem ad communicandum aliis vitam christianam quam ipsa plene possidet. Haec omnia summatim comprehendit argumentum: “Per Eucharistiam, Corpus Christi mysticum alitur et augetur”. Nunc videamus singillatim totam materiam.

1—Omnes nos tenemur pervenire “ad mensuram aetatis plenitudinis Christi.”

Notatio Praevia

Quando dicimus nos teneri pervenire “ad mensuram aetatis plenitudinis Christi” intendimus loqui de proposito seu intentione nempe Deus exigit a nobis voluntatem et determinationem firmam tendendi ad praedictam perfectionem eamque obtinendi mediante gratia et auxilio Dei. Nam cum haec perfectio sit aliquid supernaturale et gratuitum, solius Dei est eam concedere omnibus qui ad eam contendunt. Sed quando homo facit totum quod potest et totum quod in se est, tunc ut dicit Angelicus, est necessitas ad habendam gratiam, non quidem necessitas coactionis Deo debitum imponentis, sed necessitas infallibilitatis, quia intentio Dei deficere non potest” (1) Sic exposita obligatione, de eius existentia dubitari nequit si verba Apostoli in Epistola ad Ephesios cap. IV, v.v. 11-15 attente perpendantur. Posita enim diversitate donorum vi quorum Deus quosdam constituit Apostolos, quosdam Prophetas etc. subdit fines huius distributionis nempe a) consummationem sanctorum, b) aedificationem corporis Christi et c) perfectionem cognitionis fidei.

Explicatio Finium.

Placet aliquid breviter dicere circa hos tres fines:

a) *Consummatio sanctorum* idest perfectio sanctorum seu eorum qui iam sunt sanctificati per fidem Christi nam hoc est munus speciale praelatorum ut suos subditos ad statum perfectionis in quantum sit possibile perducant.

b) *Aedificatio corporis Christi*, seu conversio infidelium, ex quibus aedificatur ecclesia quae est corpus eius.

c) *Perfectio cognitionis fidei*, Haec sic exponitur in verbis Apostoli “Donec occurramus omnes in unitatem fidei et cognitionis Filii Dei in virum perfectuum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi.” “Aetatem, ait Div. Chrysostomus, hic dicit perfectam agnitionem. Quemadmodum enim vir stat firmus ac stabilis, pueri autem mentibus circumferuntur: ita etiam in fidelibus. *In unitatem fidei*. Hoc est donec ostensum fuerit nos omnes unam habere fidem. Hoc est enim unitas fidei, quando

(1) 1, 2 q. 112 3. c.

omnes unum sumus, quando colligationem omnes simul agnoscimus" (1).

Demonstratio Propositionis

His suppositis, obligatio praedicta spontanee fluit ex verbis Apostoli. Nam, primo eam exigit voluntas Dei qui suorum donorum copiam distribuit ad hoc ut quilibet fidelis assequi possit perfectam fidei cognitionem "ad mensuram aetatis plenitudinis Christi." Deinde ne frustretur propositum Dei qui Ecclesiam fundavit ad praedictum finem obtinendum. Postremo "ne circumferamur, ut parvuli, omni vento doctrinae in nequitia hominum, in astutia ad circumventionem erroris" (2). Unde idem Apostolus praedictam obligationem eruit ex verbis suis atque ad eandem fideles adhortatur dicens: "Crescamus in illo per omnia qui est caput Christus."

2—Hoc incrementum fit in quolibet fidele per virtutem et efficaciam a Christo Domino provenientes.

Demonstratio

Haec propositio clarissime continetur in ultimis verbis allatis Div. Pauli. Nam Apostolus adhortatur ad incrementum totale "per omnia" perseguendum sed non in alio quam in Christo et subdit rationem nempe quia Christus est caput nostrum.

Ut enim exponit Angelicus: "Non solum a capite nostro Christo est membrorum ecclesiae compactio per fidem, nec sola connexio, vel colligatio per mutuam subministrationem charitatis; sed certe ab ipso est actualis membrorum operatio, sive ad opus motio secundum mensuram et competentiam cuiuslibet membri" (3). "In anima Christi, addit idem Angelicus, recepta est gratia secundum maximam eminentiam iuxta illud Joan. I, 14: *Vidimus eum plenum gratiae et veritatis*; et ideo ex illa eminentia gratiae quam accepit, competit ei quod gratia illa ad alios derivetur secundum illud Joan. I, 16: *De plenitudine eius nos omnes accipimus*; quod pertinet ad rationem capitis." (4)

Explicatio Mentis Apostoli

Idem Apostolus docet in quod consistat perfecta cognitio fidei ad quam hortatur, dicendo nos debere facere veritatem in charitate, nempe nos satagere debere ut faciamus omne opus bonum in charitate quae est forma operis boni, non enim *auditores legis iusti sunt apud Deum, sed factores legis iustificabun-*

(1) In epist. ad Ephes. cap. IV, Hom. XI.

(2) Ad Ephes. IV, 14.

(3) Comm. Epist. ad ephes. c. IV.

(4) III, q. 8, a. 5 cor.

tur, (1) et fides sine operibus mortua est (2) Sic ergo perfectio ad quam hortatur Apostolus confunditur cum perfectione in charitate, et augmentum in illa est idem ac augmentum in charitate. Charitas autem augetur iuxta Div. Thomam non per additionem charitatis ad charitatem sed solum per hoc quod subjectum magis ac magis participat charitatem, id est secundum quod magis reducitur in actum illius, ac magis subditur illi. Hic enim est augmenti modus proprius cuiuslibet formae quae intenditur, eo quod esse huius formae totaliter consistit in eo quod inhaeret susceptibili. Et ideo cum magnitudo rei consequatur esse ipsius, formam esse maiorem, hoc est eam magis inesse susceptibili, non autem aliam formam advenire. Hoc enim esset, si forma haberet aliquam quantitatem ex seipsa, non per comparisonem ad subjectum. Sic ergo et charitas augetur per hoc quod intenditur in subjecto; et hoc est ipsam augeri secundum essentiam; non autem per hoc quod charitas addatur charitati. (3).

3—Virtus et efficacia Christi ad praedictum incrementum communicatur singulis fidelibus ope Sacrae Eucharistiae.

Explicatio et Probatio.

Hoc enim sacramentum teste Divo Thoma, confert gratiam spiritualem cum virtute charitatis. Et ideo per hoc sacramentum, quantum est ex sui virtute, non solum habitus gratiae et virtutis confertur, sed etiam excitatur in actum, secundum illud II Cor. V, 14: *Charitas Christi urget nos*. Et inde est, concludit Angelicus, quod ex virtute huius sacramenti anima spiritualiter reficitur, per hoc quod anima spiritualiter delectatur, et quodammodo inebriatur dulcedine bonitatis divinae, secundum illud Cantic. V, 1: *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, charissimi*. (4).

Sanctus etiam Gregorius dicit: In hom. Pent., 30 n. 2 *Nunquam est Dei amor otiosus. Operatur etenim magna, si est: si vero operari renuit, amor non est.*

Sic igitur per Sacram Eucharistiam communicatur fidelibus vis et efficacia Christi quae eos movet ad actus virtutum omnium et ideo ad incrementum spirituale quod obtinetur *per hoc quod charitas (cum virtutibus annexis) magis insit, et quod perfectio similitudo Spiritus sancti participetur in anima* (5). Merito docet Leo XIII in encycl. *Mirae caritatis*, 28 maii 1902: "Cum augustum Eucharistiae Sacramentum animos caelestium bono-

(1) Rom. II, v. 13.

(2) Jacob II, v. 20.

(3) 2 2 q. XXIV, a. 75, corp.

(4) III, q. 79, 1, ad 2.

(5) 2 2 q. 24, 5 ad 3.

rum copia locupletat, tum iis perfundit suavissimis gaudiis, quae quamlibet hominum aestimationem et spem longe superent; in adversis rebus sustentat, in virtutis certamine confirmat, in vitam custodit sempiternam ad eamque tamquam instructo viatico perducit."

Haec omnia plene confirmantur ex verbis ipsius Domini Nostri Jesuchristi qui in Evangelio Sancti Joannis dicit cap VI, versiculo 57: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo*. Sic ergo proprium est sacrae Eucharistiae unire hominem cum Christo, ita ut Christus sit in homine et homo in Christo. Et ex hac propinquitate et unione cum Christo homo participat virtutem et efficaciam eius ad perfectionem gratiae et charitatis obtinendam nam ut docet Angelicus: *Quanto aliquod receptivum propinquius est causae influenti, tanto abundantius recipit*. (1)

Idem Angelicus docet etiam quod *anima Christi recipit gratiam ut ex ea quodammodo transfunderetur in alios*. (2)

4—Per dignam receptionem Sacrae Communionis fideles ita firmantur in fide ut iam non sint "parvuli fluctuantes et circumferantur omni vento doctrinae."

Quomodo Fides Augeatur.

Quamvis fides ex parte obiecti formalis nequeat augeri potest tamen augmentum sumere ex parte subiecti recipientis fidem secundum quod aliquis *certius et devotius se ei subijcit* nam ut docet Angelicus: *Si consideretur fides secundum participationem subiecti quod maior sit fides contingit dupliciter: nam actus fidei procedit et ex intellectu et ex voluntate, ut supra dictum est (q. II, art. 1 et 2, et q. IV, art. 2). Potest ergo fides in aliquo dici maior uno modo ex parte intellectus, propter maiorem certitudinem et firmitatem; alio modo ex parte voluntatis, propter maiorem promptitudinem, seu devotionem, vel confidentiam*. (3).

Probatio Conclusionis.

Sacra autem Eucharistia nutrit spiritualiter cum intellectum per infusionem certitudinis, tum voluntatem ipsi praebendo devotionem et confidentiam. Nam ut docet Div. Thomas: *Omni effectum quem cibus et potus materialis facit quantum ad vitam corporalem, quod scilicet sustentat, auget, reparat et delectat, hoc totum facit hoc sacramentum QUANTUM ad vitam*

(1) III, q. VII, a. 9 c.

(2) *ibid.*

(3) 2 2 q. V, a. 4 c.

spiritualem. (1). Ex hac firmitate in fide christifideles adipiscuntur condicionem viri perfecti et deserunt pueritiam ita ut possint dicere cum Apostolo: *Quando autem factus sum vir evacuavi quae erant pueruli* (2). Condicio autem pueri in materia fidei est instabilitas eius quia credit omni verbo, et ideo dicuntur fluctuantes a fluctu, quia tales ad modum fluctus non sunt firmi in fide. Condicio vero viri est stabilitas in credendis ita ut ii non circumferantur omni vento doctrinae sed probent an ex Deo sit vel oriatur a principio erroneo. Apposite ad rem docet sapientissimus Pontifex Leo XIII encycl. *Mirae caritatis* n. 6: *Ad vigorem fervoremque fidei in animis redintegrandum perapte est, ut nihil magis, mysterium Eucharisticum, proprie mysterium fidei appellatum... Hoc igitur Sacramento videmus fidem ali, mentem enutriri, rationalistarum commenta dilui, ordinem rerum quae supra naturam sunt maxime illustrari.*

Alio etiam modo fidem promovet et firmat Sacra Communio, eam tuendo a depravatione animi. Nam, teste Leone XIII in documento antea allato "Ut divinarum rerum fides languescat, non modo superbia quod supra attigimus, sed etiam depravatio facit animi. Nam si usu venit ut quo melius quisque est moratus, eo sit ad intelligendum sollertior, corporis autem voluptatibus mentes obtundi ipsa ethnica dispexit prudentia, divina sapientia praemonuit; tanto magis in divinis rebus voluptates corporis obscurant fidei lumen, atque etiam, per iustam Dei animadversionem, exstingunt. Quarum quidem voluptatum insatiabilis hodie cupiditas flagrat, omnesque late tamquam contagio quaedam morbi vel a primis aetatulis inficit. Verum terribi huius mali praeclarum in divina Eucharistia praesto est remedium. Nam, omnium primum, augendo caritatem, libidinem coerchet; ait enim Augustinus: *Nutrimmentum eius (caritatis) est imminutio cupiditatis; perfectio, nulla cupiditas*. Praeterea castissima Iesu caro carnis nostrae insolentiam comprimit, ut Cyrillus monuit Alexandrinus: *Christus enim existens in nobis sopit saevientem in nostris membris carnis legem*. Quin etiam fructus Eucharistiae singularis et iucundissimus est quem significavit propheticum illud: *Quid bonum eius (Christi) est, et quid pulchrum, nisi frumentum electorum et vinum germinans virgines?* videlicet sacrae virginitatis forte et constans propositum, quod, vel diffluente deliciis saeculo, latius in dies uberiusque in catholica Ecclesia florescit: quanto quidem ubique cum religionis ipsiusque humani convictus emolumento et ornamento est probe cognitum."

5.—Ecclesia Christi etiam adipiscitur mediante Eucharistia maturitatem et fecunditatem aetatis perfectae.

(1) III, q. 79, a. 1 c.

(2) I. Cor XIII, 11.

Notiones Praeviae.

Ad pleniorē intelligentiam huius propositionis expedit ut primo videatur in quo consistat maturitas et fecunditas Ecclesiae; et secundo, quomodo eam adipiscatur ope Sacrae Eucharistiae.

a) *In quo consistat maturitas et fecunditas Ecclesiae.*

Maturitas et fecunditas Ecclesiae in fide de qua loquitur Apostolus consistit iuxta doctrinam Sanctorum Patrum in duobus nempe: primo in unitate, ita ut omnes fideles credant et profiteantur eadem fidei dogmata. Secundo in firmitate assensus fidei ita ut parati sint ad omnia toleranda ne a fide deficiant. Hanc doctrinam perbelle sic explicat Divus Chrysostonus in Commentario epistolae ad ephesios, cap. VI hom. XI: "*Donec occurramus, inquit, omnes in unitatem fidei et agnitionis Filii Dei, in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi.*"

Quando omnes similiter credimus, tunc est unitas. Etenim quod hoc virum dicat perfectum, est perspicuum. Atqui alibi nos dicit parvulos, etiam cum sumus perfecti, sed alio spectans. Nam ibi quidem nos vocat parvulos ratione habita futurae cognitionis: nam cum dixisset, *Ex parte cognoscimus*, subjunxit etiam, *Per aenigmata*, et quae sunt hujusmodi (1. Cor. 13. 9. 12): hic autem dixit alio respiciens, nempe ad facilem prolap sionem et mutationem: sicut etiam dicit alibi: *Perfactorum autem est solidus cibus* (Hebr. 5. 14). Vides quomodo illic quoque dicit perfectos? Vide quomodo hic vocavit perfectos per ea quae subjunguntur, 14. *Ut jam non simus parvuli*. Haec est, inquit, mensura ut paucum quod accepimus omni studio firmiterque ac stabiliter retineamus".

b) Quomodo Ecclesia adipiscatur maturitatem et fecunditatem aetatis perfectae mediante Eucharistia.

Probationes.

Sacra autem Eucharistia virtutem specialem habet ad haec omnia obtinenda. Nam primo, ut docet Angelicus: "Per hoc sacramentum homines aggregantur ecclesiasticae unitati iuxta illud, I, Cor. X: *Unus panis et unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane et de uno calice participamus*" (1). Idem docet Sanctus Damascenus his verbis: *Hoc sacramentum dicitur communio quia communicamus per ipsam Christo, et quia participamus eius carne et divinitate, et quia communicamus et unimur ad invicem per ipsam* (2). Et Div. Thomas exponens verba Apostoli in epistolae I ad Cor. cap. X v. 17 sic dicit: "Per hoc patet, quod unum sumus cum Christo, quoniam unus panis unio-

(1) III, q. 13, a. 4, c.

(2) Orth. fid. lib. IV, cap. 14 ad fin.

ne fidei, spei et charitatis, et unum corpus multi sumus per sub-
 ministrationem operum charitatis. Corpus sc. illius capitis, qui
 est Christus. *Multi*, dico. sc. *omnes qui de uno pane*, id est cor-
 poris Christi, *et de uno calice*, id est sanguine, *participamus*,
 digna participatione, sc. spirituali, non tantum sacramentali.
 Augustinus: Accipite, quia unus panis ex multis granis, et unum
 corpus ex multis membris componitur, scilicet. Ecclesia Christi ex
 multis fidelibus charitate copulatis connectitur." (1).

Deinde cum per Sacram Eucharistiam fideles incorporentur
 Christo participant illam firmitatem in fide quae procedit a
 Verbo incarnato et indeficiente. *Quo praesente firmamur* ut docet
 Div. Augustinus (Tract. 15 in Joann. post initium). Haec
 est differentia, dicit Div. Thomas (III, q. 3, a. 3 ad 2), inter
 alimentum corporale et spirituale, quod alimentum corporale con-
 vertitur in substantiam eius qui nutritur, sed alimentum spiri-
 tuale convertit hominem in seipsum secundum illud quod Augus-
 tinus dicit (Confess. lib. VII, cap. 10 a med.) *Nec tu me mu-
 tabis in te, sicut cibum carnis tuae, sed tu mutaberis in me.*

Supposita maturitate ab Ecclesia assequuta ope Sacrae Eu-
 charistiae fecunditas eius seu virtus ad generandos filios in
 Christo est quaedam consequentia eiusdem nam ut docet Ange-
 licus, III, q. VIII, a. 5. corp. *unumquodque agit in quantum est
 ens actu* et ideo Ecclesia perfecta in esse gratiae per Sacram Eu-
 charistiam virtutem habet generandi filios in Christo eidem si-
 miles ut sit ipse primogenitus in multis fratribus (2).

Ex alia parte cum iuxta idem Angelicum, unicuique rei con-
 veniens sit illud quod ei competit secundum rationem propriae
 naturae, ut homini, exempli gratia, ratiocinari, supposita per-
 fectione Ecclesiae in fide et in vita Christi eidem competit aliis
 communicare fidem per praedicationem Evangelii, nam ad rati-
 onem boni et perfecti pertinet ut se aliis communicet (3).

6.—Sacra Eucharistia tribuit Ecclesiae virtutem ad com-
 municandum aliis vitam christianam quam ipsa plene possidet.

Summarium et Notiones Praeviae.

Tria complectitur haec propositio: a) affirmationem vitae
 christianae; b) possessionem eiusdem in gradu perfecto *relative*
 ab Ecclesia; c) virtutem ex Sacra Eucharistia in Ecclesiam per-
 manentem ut vitam christianam aliis communicet.

a) *Affirmatio vitae christianae*

Vita christiana est idem ac vita spiritualis per gratiam de
 qua ait ipsemet Christus Dominus Joan. X, 10: *Ego veni ut vi-*

(1) Comm. in epist. I ad corint. cap. X, Lect. IV.

(2) Ad Rom. VIII, v. 29.

(3) III, q. I, a. 1 corp.

tam habeant, et abundantius habeant, seu ut exponit Angelicus: *Ego veni ut vitam habeant*, scilicet justitiae, ingredientes Ecclesiam militantem per fidem; Hebr. X, 38 et Rom. I, 17: *Iustus autem ex fide vivit*. De ista vita dicitur I Joan. cap. III, 14: "Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres." *Et abundantius habeant*, scilicet vitam aeternam, egredientes de corpore: de qua vita aeterna dicitur infra XVII, 3: *Ut cognoscant te solum verum Deum* (1).

"Statim namque ut in terris, ait Leo XIII in encycl. *Mirae caritatis*, n. 3, *benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei* (2), nemo quidem ignorat vim quamdam continuo erupisse ordinis rerum prorsus novi procreatricem, eamque in venas omnes societatis civilis et domesticae permanasse. Nova inde homini cum homine necessitudines; nova publice et privatim iura, nova officia; institutis, disciplinis, artibus novos cursus: quod autem praecipuum, hominum animos et studia ad veritatem religionis sanctitatemque morum traducta; atque adeo vitam homini communicatam, coelestem plane ac divinam. Huc nimirum ea spectant, quae crebro in sacris litteris commemorantur. *lignum vitae, verbum vitae, liber vitae, corona vitae*, nominatimque *panis vitae*."

b) *Possessio vitae christianae in gradu perfecto relative ab Ecclesia.*

Aliquis dicitur habere vitam in gradu perfecto seu plene, dicit Angelicus (3) "quando eam habet secundum omnes effectus vel opera vitae; et sic habet plene vitam homo, non autem brutum animal vel planta". Ecclesia autem habet vitam christianam plene quia ipsi confertur tanquam cuidam universali principio subordinato tamen Christo Domino in genere habentium vitam christianam. Virtus enim primi principii, quamvis subordinati, alicuius generis universaliter se extendit ad omnes effectus illius generis, et sic Ecclesia possidet vitam christianam in gradu perfecto quamvis *relative*. Solus enim Christus Dominus possidet vitam gratiae in gradu perfecto absoluto.

c) *Virtus ex Sacra Eucharistia in Ecclesiam permanens ut vitam christianam aliis communicet.*

Probationes.

Hoc enim sacramentum ut docet Angelicus III, q. 79, a. 1 ad 2: *Confert gratiam spiritualem, seu vitam christianam, cum virtute caritatis*. Caritas autem non est iners et passiva sed e contra maxime actiosa diligens et sollicita de bono spirituali animarum et de conversione eorum qui extra Ecclesiam inve-

(1) Comm. in evang. S. Joann. cap. X, Lect. II, n. 7.

(2) Tit. III, 4.

(1) III, q. VII a. 9 c.

niuntur, *caritas enim Christi urget nos* ut dicit Apostolus, II. Cor. V, 14. Et ut exponit Angelicus (1): “Dico quod omnia pro vobis facimus, quia urget nos charitas Christi, quia aestimamus, quod si unus, scil. Christus, pro omnibus mortuus est, quod etiam nos ita vivamus, id est, ad utilitatem vestram, quod etiam nobis mortui simus, id est, nihil curemus de nobis, sed de Christo, et de his quae Christi sunt.”

Nihil ergo efficacius ad dilatandum Regnum Dei inter infideles et *ad aedificationem corporis Christi* per conversionem infidelium quam cultus Sacrae Eucharistiae.

Perbelle exponit efficaciam huius Sacramenti sub hoc aspectu, Leo XIII in encycl. citata n. 8 in fin, his verbis: “Sincera igitur caritas quae, in salutem utilitatesque omnium, omnia facere et pati assuevit, prosilit nempe ardetque actiosa ex sanctissima Eucharistia, ubi Christus adest ipse vivus, ubi suo erga nos amori vel maxime indulget divinaeque impulsus caritatis impetu suum perpetuo sacrificium instaurat. Ita facile apparet undenam hominum apostolicorum ardui labores, unde tam multae variaeque apud catholicos institutae benemerendi de humana familia rationes sua ducant auspicia, vires, constantiam, felicesque exitus.”

Et Pius XI qui merito ab omnibus salutatur ut Pontifex missionum sapientissime docet: “Quid aptius ad animos adulescentium corroborandos qui ad arduas expeditiones sacras divinitus vocantur quam *frumentum electorum et vinum germigans virgines?* (Zach., IX, 17). Quid pariter validius, quam huiusmodi sacramentum idemque sacrificium, passionis Christi ‘*memoriae perenne*’ ad missionales inter tot labores et pericula constitutos erigendos atque sustentandos? Quid denique efficacius ad lumen fidei propagandum isto divinissimo dono, quod ‘*mysterium fidei*’ vocatur quodque ideo conlatum est hominibus, ut saluberrimos Christi redemptionis fructus dilargiatur?” (A.A.S. XXIV, p. 475).

Conclusio.

Postremo antequam finem ponamus huic dissertationi liceat mihi maximas gratias omnibus vobis persolvere pro vestra nimia indulgentia et sincere exponere vehemens desiderium ut tanquam effectus huius sollemnissimi internationalis Conventus in praxim adducantur optata Primi Concilii Manilani nn. 437, 439: “Omnes animarum pastores, omnesque sacerdotes, in publicis concionibus, in catechetica institutione, in sacramenti Poenitentiae administratione, in privatis quoque colloquiis, fideles ardenti zelo hortentur, atque commoneant, ut, quam frequentissime

(1) Comm. epist. II ad Cor. cap. V, lect. III.





Llegada de la Procesión a la Luneta.

possint, ad visitandum et adorandum amantissimum Dominum ac Salvatorem nostrum concurrant.”

“Sacerdotes autem operibus confirmare non cessent, quod de hoc augustissimo Sacramento faciendum praedicant. Ideoque videantur a fidelibus prope tabernaculum in adoratione humiliter consistentes, summa reverentia ad tabernaculum accedentes, devotissima veneratione genuflexiones peragentes, et decorum domus Dei indefessa sollicitudine promoventes.”

Faxit Deus in Tabernaculo pro nostro amore vivens ut haec desideria opere compleantur.

Amen.

Día de Señoras. Misa de Comunión General.

El periódico local “La Vanguardia” hace la siguiente sencilla narración de estas ceremonias por las siguientes palabras:

La Misa Pontifical por el Día de las Mujeres en el XXXIII Congreso Eucarístico Internacional y que tuvo lugar en la Luneta desde las 6:30 de la mañana del cuatro de febrero hasta casi las 8:30, resultó esplendorosa, impresionante y sobre todo concurrida. Aparte de la grandiosidad de las ceremonias religiosas, el espectáculo fué imponente y vistoso pues casi todas las mujeres iban de mestiza o balintawak.

Los cálculos que hacen personas autorizadas sobre el número de la concurrencia esta mañana en la Luneta es de 125,000 a 150,000 personas, el 99 por ciento de las cuales eran mujeres. De estas el 75 por ciento recibieron la Sagrada Comunión que se distribuyó por cerca de 300 sacerdotes de diferentes nacionalidades.

Las calles de Manila, aún las más remotas desde las 4 de la madrugada, ya se vieron invadidas por grupos de mujeres que en toda clase de coches presurosas iban a la Luneta. Autobuses, tranvías, carromatas, automóviles, y autocalesas fueron muy solicitados por las mujeres, mientras que no pocas iban a pie.

Un poco antes de las 6:30 de la mañana, hora en que debía comenzar la ceremonia, todos los asientos en la Luneta que tienen una capacidad para acomodar a 90,000 personas estaban ya

completamente llenos. Muchas mujeres tuvieron que estar de pie o de rodillas todo el tiempo que duró la misa. Los hombres que constituían el 1 por ciento de la concurrencia de esta mañana tuvieron que mantenerse también de pie para ceder sus asientos a las mujeres.

Mujeres que pertenecen a diferentes sociedades católicas, colegios de niñas, desde los dirigidos por religiosas hasta las escuelas públicas y otras escuelas privadas de niñas, acudieron en masa a la Luneta.

La policía que dominó todas las calles que conducen a la Luneta, no tuvo ninguna dificultad en la dirección del tráfico y los cadetes de colegios católicos y numerosas jóvenes vestidas de balintawak y cada una con el color distintivo de la institución, en donde estudian, hallaron fácil el trabajo de dirigir y acomodar a tantas mujeres.

La misa dedicada a las mujeres en la Luneta fué oficiada por el Excelentísimo Mons. Juan Bautista Tong, Vicario Apostólico de Phat Diem, Indochina. El sermón que fué muy expresivo y corto, corrió a cargo del Excelentísimo Mons. Dr. Gabriel M. Reyes, Arzobispo de Cebú.

El coro fué formado por un nutrido grupo de seminaristas y de niñas alumnas de varios colegios.

Se calcula que el 75% de las mujeres que estaban presentes esta mañana en la Luneta, recibieron la Sagrada Comunión de manos de unos 300 sacerdotes de diferentes nacionalidades.

A continuación ofrecemos a nuestros lectores el Discurso de Mons. Reyes.

*Mane nobiscum,
Quédate con nosotros.*

(Luc. XXIV, 27)

Este gran acontecimiento del Congreso Eucarístico Internacional, que, por vez primera, se celebra aquí en el extremo oriente, ha llenado de regocijo al mundo cristiano; ha reunido en torno de este altar a los fieles, que, venidos de diferentes partes del mundo, se unen con nosotros los filipinos, como hijos todos de la gran familia universal de la Iglesia Católica, en una sola Fé, en un solo homenaje público de amor, en una sola oración, en el acto de implorar misericordia y perdón para los caídos, paz para los que luchan, alivio para los que sufren, y para los descarriados, la luz de la verdad y el puerto de salvación... Este acontecimiento ha enlazado con la Fé y con el socorro de la caridad a ricos y pobres. Todas las clases sociales han coincidido en un solo sentimiento, y, sin darse cuenta de ello, han demostrado a la faz del mundo, que vive, de siglo en siglo, de generación en generación, la Fé en el Dios de la Eucaristía, Jesucristo, nuestro Divino Redentor, real y sustan-

cialmente presente en este augusto Sacramento, que es prenda de su divino amor, Pan de Vida, que alimenta y nutre al que lo comulga, abriendo el corazón a la dulce esperanza de la futura, venturosa, resurrección.

¿Qué es el Congreso Eucarístico sino una forma de realización de aquel deseo, que brotó del Divino Corazón de Jesucristo, y, expresado con tanta insistencia y con tan conmovedoras palabras en la noche de la última cena, exactamente al instituirse este Sacramento de la Eucaristía y el Sacerdocio: "Ut sint unum, ut omnes sint unum, . . . Sint consummati in unum"? ¿Qué significa este deseo, sino que, participando todos de ese Pan de Vida, vivamos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros, vivamos su Fé y sus doctrinas, y, unidos con El, formemos una sola familia, una sociedad cristiana, una Iglesia, que es su reinado en la tierra? Ese deseo, distintivo de sus verdaderos discípulos, venimos aquí a realizar; venimos aquí para recontarnos, para avalo-rarnos, para entendernos y unirnos y ante nuestras dificultades y problemas para reaccionar, fijando solamente nuestra atención en los fuertes e íntimos vínculos que nos han de conservar unidos, para que de esta manera se reafirme y se difunda la sociedad cristiana, fundada en la justicia y en el amor, íntimamente vinculada con la salvación eterna de nuestras almas, y hacia la cual debe, por fuerza, orientarse la civilización moderna, so pena de caer en una decadencia la más abjecta y hundirse en una degradación sin igual.

La familia es el pilar básico de la sociedad y del estado. La familia, institución divina, que se basa en el matrimonio instituido por el mismo Dios, es la forja donde se temple el alma de la raza, el yunque donde se modela el espíritu de los pueblos. Es tan grande, tan veneranda, y de tan trascendentes consecuencias en la humanidad, que Dios, por su benigno y pródigo consejo en el plan de la Redención, dió al mundo una familia modelo,—la de Jesús, María y José en Nazareth, y cuanto hay de admirable y digno de alabanza en la sociedad doméstica, resplandeció en aquella Sagrada Familia, preordenada para ser enseñanza y ejemplo de todas las demás.

Para alanzar y consolidar ese pilar básico, Jesucristo, que vino a este mundo no para destruir la ley, sino para darla cumplimiento, restauró el matrimonio a la primitiva pureza de la divina institución, y, con sus cualidades naturales y esenciales de unidad e indisolubilidad por base, lo elevó, en la ley evangélica, a la dignidad de sacramento, no, como nueva carga, sino como eficaz ayuda, porque la gracia sacramental del matrimonio es la que ha de proporcionar a los esposos los socorros y gracias para cumplir todas las difíciles obligaciones de su estado: la de ser fieles guardadores de la unidad e indisolubilidad del vínculo; la de darles entereza para no cegar y esterilizar las fuentes de la vida; la de educar cristianamente sus hijos para que un día sean herederos de Dios en la Gloria, y la de ayudarse mutuamente en todas las necesidades de la vida. Por esta razón, la familia es la célula vital de las sociedades cristianas, el baluarte más recio de defensa de la civilización y de los pueblos cristianos.

En la familia cristiana, sois, ¡oh mujeres! las soberanas, las reinas, que ganáis, inclináis a vosotras y a favor vuestro los ánimos de los hombres, quienes en vosotras ven, primero, una madre cariñosa; después, una esposa abnegada; luego, una hermana solícita; y siempre, un consuelo, un apoyo, de

que todos necesitamos en la vida. En la sociedad cristiana conquistáis las almas para la causa de Dios y de la civilización, con vuestra prodigiosa influencia, con vuestra dulce e insinuante palabra, con vuestro ejemplo avasallador y con vuestros heroicos sacrificios. ¿Hay por ventura cosa más grande que una madre? El corazón de una madre es superior a todos los demás corazones, y el de una madre cristiana con su Fé y amor, es una expansión de la fecundidad divina, de la misma Providencia. No en vano se ha dicho ante tantas pruebas, ante tantos hechos de la Historia, que en el seno materno reposa el espíritu de los pueblos y sus costumbres, en otros términos, la civilización.

Vuestro reino, pues, oh mujeres cristianas, donde, colocadas en pedestales de corazones, se os venera, se os ama hasta el delirio, es la familia; y como expansión natural de la familia, vuestro campo de actividades, donde fulguráis con saetas de fuego, es la sociedad cristiana. En la familia y sociedad cristianas, y nunca fuera de ellas, Jesucristo os dignifica, os sostiene en la santa igualdad del matrimonio, en el nivel de compañera del hombre, no esclava; y en esa esfera, con vuestras virtudes, vuestra influencia, dáis vida a ciudadanos útiles para Dios y para la Patria, alentáis a los héroes, a los genios, a los patriotas y a los mártires. Colocadas en el estado religioso sois, de un modo indiscutible, elemento educador valiosísimo, ángeles de la juventud, alivio del sufrimiento en forma de laborantes sociales y hermanas de la caridad.

No durmáis, empero, sobre laureles. Vuestra dignidad de cristianas, vuestro propio interés y la causa de la civilización que es la misma causa de Jesucristo, os requieren en los presentes tiempos caridad más práctica y actividades bien ordenadas; os piden abnegación y sacrificio en favor de la sociedad, en especial, de nuestra masa indigente del pan del cuerpo y del pan del alma—actividades, digo, en forma de Acción Católica debidamente organizada.

En uno de los Congresos Comunistas, hablaba un corifeo de la revolución social soviética y decía: "Para que triunfe la causa del comunismo, necesitamos de la mujer. Para tenerla es preciso arrancarla del hogar, de la familia. Es preciso destruir en ella el sentimiento egoísta e instintivo del amor materno." La mujer que ama a sus hijos, no pasa de ser una perra con sus cachorros, una hembra con sus crías.

Hace cosa de diez años, el Congreso de Federación Femenina Comunista proclamó: "Ninguna revolución será posible, mientras exista la familia y el espíritu de familia. La familia es institución burguesa inventada por la Iglesia... Es necesario destruir la familia."

Señoras, aquí tenéis el plan de guerra del Comunismo: La destrucción de la familia. Y para conseguirlo se valen de todos los medios posibles para apoderarse de la mujer. Bajo pretexto de ciencia y naturalismo, higiene y comodidad, degeneran a la mujer, rayendo de ella la conciencia de la propia dignidad y el amor materno, para entregarla al amor libre, y hundirla en la más degradante abyección, como lo estaba en la barbarie, antes del cristianismo.

¡Destruir la familia! Y destruir la familia significa, en el terreno de la práctica, destruir el matrimonio, rompiéndolo o aflojando sus vínculos por medio del divorcio o por leyes que los liberalizan; significa secar las fuentes.

de la vida, frustrar la generación; significa desarticular la familia, envenenarla, para que, desarticulada, bote la sociedad hecha añicos; para que, envenenada, como los manantiales envenenados, haga que todos los ríos de los pueblos y el mar de las naciones queden igualmente corrompidos y envenenados. Esta es obra demoledora contra la civilización. Empresa anticristiana, que, aquí en Filipinas como en diferentes partes del mundo, la estan llevando a cabo los cómplices y coadyutores del comunismo, y lo más deplorable es que se presten a ello gentes de nuestras filas, o sea, católicos que, al impulso de sus pasiones y conveniencias y por odio a la Religión, olvidan o aparentan olvidar la doctrina de Jesucristo sobre la familia y el matrimonio cristiano, si no la desprecian abiertamente. Con esa obra demoledora vemos cómo se pretende arrancar a Jesucristo, su fé y sus doctrinas, de la mujer, de la familia y de la sociedad.. ¡Señoras, el comunismo os asecha, os persigue! No debéis cerrar los oídos a los aldabonazos de la realidad...

Ahora bien. Si los Congresos Eucarísticos internacionales o locales se celebran para que Jesús en el Sacramento del Amor y de la unidad, reciba el homenaje del mundo y de las naciones, y sea, por medio de magnas asambleas, cada vez más conocido, más amado y adorado en las regiones de la tierra, justo es que vosotras, mujeres cristianas, reunidas aquí en esta solemne ocasión, le proclaméis Salvador y Rey de la familia y del hogar; justo es que, unidas todas como un solo corazón y en un solo sentir, hagáis protesta de vuestra gratitud por haberos dignificado con la santificación de la familia y restauración del matrimonio; justo es que le prometáis fidelidad correspondiendo amor con amor, corazón con corazón, recibéndole en la Sagrada Comunión para que cobréis fuerza con que trabajar para que El reine en las almas, en las familias y en nuestras sociedades.

Sed, pues, apóstoles,—sed catequistas,—propagado la doctrina salvadora de Jesucristo, por medio de vuestra decidida cooperación a las actividades sociales de la Acción Católica. Mujeres filipinas, amadas compatriotas mías, me dirijo a vosotras de un modo especial. Conservad vuestra dignidad de mujeres cristianas con la modestia y decoro que la caracterizan. Conservad las virtudes cristianas de familia. Conservad y no cambiéis por nada esos trajes típicos de mujer filipina que, simbolizando la fé y las genuinas tradiciones de nuestro pueblo, os imprimen el sello de nacionalidad.

Jesucristo en la Eucaristía es el mismo Jesucristo que con su amor y obediencia a María, su santísima Madre y a José, su fidelísimo padre putativo, santificó la familia y los deberes correlativos de padres e hijos. Es el mismo que en la vida evangélica elevó a la mujer y restauró el matrimonio.

Uníos a El en la Comunión y devociones eucarísticas. Estrechaos a El más, a medida que de El os quieren separar. Pedidle que se quede con vosotras, y con El sabréis conservar la Fé y morir por ella; sabréis conservar y morir por la familia cristiana, sabréis morir por la causa de Jesucristo y de la civilización cristiana.

¿Unidas estáis con El? Basta así. El os ceñirá las sienes con las coronas inmarcesibles cuando os llame al reposo de la bienaventurada eternidad. Así sea.

Día de Caballeros

Ayer fueron, decía el "Debate", las mujeres; y hoy, apenas comenzado el día, pocos minutos después de la medianoche, fueron los hombres los que, olvidando diferencias de credos políticos, raciales y sociales, y unidos por el único Credo de la religión comun, proclamaron su Fé, congregados en la vieja Luneta, en donde más de 125,000 hombres, formando la más grandiosa congregación varonil jamás vista en Manila se reunieron para oír la misa de Medianoche y recibir la Sagrada Forma, en el comienzo del tercer día de los cinco días del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional.

Más de 300 sacerdotes, mediante un arreglo especial comenzaron a administrar la Sagrada Comunión a la 1:20, después de comenzada la Misa Pontifical, oficiada por el Excelentísimo Arzobispo de Manila Mons. Michael O'Doherty. En menos de media hora, más de 60,000 personas habían recibido la Sagrada Comunión, pero los 300 sacerdotes seguían administrando la Sagrada Forma, recorriendo el vasto anfiteatro donde en imponente silencio, esperaban a Su Señor, ancianos venerables, jóvenes fornidos, niños y adolescentes que en filas interminables llenaban el vasto local alrededor del altar al aire libre donde la Misa Pontifical seguía celebrándose.

Los más de 94, 000 asientos del anfiteatro estaban llenos, mientras otros miles y miles más se hallaban congregados alrededor de los asientos asistiendo a la Santa Misa.

Las ceremonias tuvieron un grandioso final simbólico, cuando de entre el súbito silencio que se hizo inmediatamente después de concluida la Misa por Mons. O'Doherty, millares de voces se unieron en una para repetir, palabra por palabra, el contenido del documento original de la profesión de Fé recitada y firmada en la víspera de su fusilamiento por el Dr. José Rizal y leído por el Rev. P. E. J. McCarthy.

El sermón estuvo a cargo de Su Excelencia el Sr. Arzobispo de San Francisco, Dr. John J. Mitty, D.D., quien con frases llenas de vida y de entusiasmo supo preparar el alma de los asistentes para la profesión de fé que aquella noche se hizo en la Luneta como símbolo de unión entre los hombres todos de Filipinas.

Por la mañana de este mismo día, por ser primer viernes, el Excelentísimo Señor Dr. Thomas Louis Heylen ofició de Pontifical, siendo la Misa muy concurrida, y orándose por la paz del mundo. Juntamente con esta oración se hicieron fervientes votos por la salud del Celebrante que aquel día cumplía los ochenta y cinco años.

ta y un años de edad, habiendo sido por mas de treinta Presidente del Comité Permanente de los Congresos eucarísticos internacionales.

En esta Misa predicó el Revmo. Sr. Mons. Hipólito Martínez, O.S.A. Prefecto Apostólico de Lichow, Hunan, China.

Día de los Niños. Comunión General

Complemento de las solemnes e impresionantes ceremonias en las que los hombres y las mujeres habían tomado parte separadamente fué la Misa celebrada en la Luneta el sábado por la mañana, 6 de febrero, por el Excmo. Sr. Obispo de Nueva Segovia, Dr. Santiago Sancho y a la que asistieron no menos de sesenta mil niños acompañados en su mayoría por sus padres o catequistas de los diferentes centros de Filipinas. Tan edificante fué su comportamiento que uno de los más prestigiosos periodistas del Archipiélago exclamaba profundamente conmovido: "No estamos condenados a desaparecer del mapa de la vida. Basta ver esta demostración tan vigorosa de la vitalidad espiritual de nuestro pueblo." Como nota simpática fué muy celebrada la excelente organización que caracterizó esta ceremonia, debido sin duda al esfuerzo desplegado por las catequistas de la ciudad de Manila, que tan acertadamente han trabajado según órdenes del Excmo. Sr. Arzobispo de Manila. Solamente la Universidad de Santo Tomás se vió representada por más de trescientas señoritas, que, vestidas de balintawak, estaban encargadas del orden y preparación de los niños. Y juntamente con estas jóvenes universitarias todos los colegios de Señoritas de la ciudad cooperaron con matemática precisión y admirable sacrificio. Aún los colegios de caracter libre se vieron representados con gran encomio de los organizadores de esta fiesta. Terminada la Misa todos los asistentes pronunciaron el acto de consagración a la Santísima Virgen, en medio de cánticos, dirigidos por el M. R. Padre Secretario de la Delegación Apostólica. El sermón de la Misa estuvo a cargo del Excmo. y Revmo. Sr. Francis X. Ford, M.M. de las Misiones de China. Como enseñanzas fundamentales de su discurso ofrecemos a nuestros lectores el siguiente párrafo.

"La Sagrada Comunión nos une a Aquel que redimió los pecados del mundo. Nos fortalece para vivir para el bien; nos da coraje y fuerza para rehuir el pecado. Debemos unirnos a El, en cuerpo y alma, viviendo toda nuestra vida como El quiere que la vivamos. ¿Qué quiere Jesucristo de nosotros? ¿Desea acaso

que estos niños vayan a la deriva, sin orientación ni guía? No, quiere que se les enseñe, que se les prepare a ser soldados de Jesús. Debemos pedirle que nos ayude a unirlos a El, como futuros sacerdotes, hermanos y hermanas.

“¡Imaginaos! Jesús necesita nuestra ayuda. Hay diez millones de católicos en Filipinas y 8,000 sacerdotes. Y necesitamos 14,000 sacerdotes mas en países extranjeros, en las misiones de China. Jesús necesita nuestra labor en las misiones, en la salvación de almas. Aborreced el pecado, ayudad a salvar esas almas, como verdaderos soldados de Jesucristo, dispuestos a morir por El, como El murió por vosotros. El quiere que digáis, como el pequeñuelo dijo al Santo Padre: “Lucharé por todo lo justo y bueno y no permitiré que nadie me lleve al mal camino. Defenderé la Fé; lucharé por Dios y por mi patria; como verdadero soldado de Jesús.”

La Procesion Final

Complemento digno de las solemnidades del Congreso fué la procesión final celebrada el día siete por la tarde. El recorrido total había de ser desde el Colegio de La Salle hasta el altar de la Luneta. Primero habian de desfilar las divisiones de carácter civil y a estas habian de seguir los que formaban parte en la procesión litúrgica. El desfile de las primeras empezó en el Harrison Park a las cuatro de la tarde. La procesión litúrgica había de salir del Colegio de La Salle. Cuando llegaba a la Luneta la primera división de hombres, las seis de la tarde, se anunció por medio de los altavoces que entonces empezaba a ponerse en marcha la carroza en que había de ser llevado el Santísimo. La prensa local calculaba en unas seiscientas mil las personas que asistieron a esta procesión de clausura del Congreso. La división de damas y de niñas se calculaba en 150,000, mientras que la división de hombres no era inferior a los veinte mil. El hecho de que los Colegios católicos debian encargarse del orden por medio de sus cadetes restó indudablemente un buen contingente de alumnos que debian haber tomado parte en la procesión. Merecen no obstante mil enhorabuenas los Colegios de Letrán, Ateneo de Manila, La Salle, San Beda, juntamente con la Universidad de Santo Tomás, quienes mediante sus cadetes fueron responsables del orden de la procesión. La Universidad de Santo Tomás ocupó toda la línea del Boulevard, donde sus novecientos cadetes formaron línea para contener la muchedumbre.

Los del Ateneo de Manila estaban encargados del orden en la marcha de la procesión. Los otros Colegios formaron a la entrada en la Luneta. Las primeras en desfilar fueron las señoras y las niñas, tomando la dirección izquierda del Boulevard. Su marcha fué singular por la buena organización. Allí vimos los Colegios de la Asunción, de Santa Teresa, Holy Ghost, Santa Catalina, Santa Isabel, Centro Escolar, Instituto de Mujeres, Philippine Women's College, Santa Escolástica, la Universidad de Santo Tomás, todas vestidas de balintawak, juntamente con sus profesoras vestidas de muceta, y otras instituciones de carácter particular. Nunca como aquel día se dió un ejemplo de mayor orden y nunca como aquel día se puso tan de manifiesto lo que los Colegios católicos están haciendo en Filipinas por la educación de la juventud. Además de los Colegios y de las diversas Casas de religiosas que asistieron en masa a la procesión acudieron también gruesas delegaciones de los centros docentes de carácter libre como la Universidad de Filipinas y las asociaciones de carácter religioso que se encuentran establecidas en las diversas Iglesias de Manila. Las señoras respondieron con gran entusiasmo al llamamiento que se la había hecho para incorporarse a la procesión. Juntamente con las señoras de Manila marchaban por el Boulevard delegaciones de todas las diócesis de Filipinas, precedidas por sus insignias o estandartes.

La división de hombres, si bien inferior en número, no lo fué en orden y en disciplina. Abría la marcha el estandarte del Holy Name de la Universidad de Santo Tomás y junto a este estandarte un grupo de jóvenes que la prensa calculó en no menos de cinco mil. Detrás de este grupo, que era formado en su mayoría por estudiantes de Santo Tomás, marchaba la facultad de la Universidad, dando un colorido especial y único a la procesión por la diversidad de los colores de las mucetas de dicho profesorado. Junto a esta división de hombres marcharon los gruesos contingentes de los Colegios católicos y de la Universidad del Estado. Los Caballeros de Colón llamaron poderosamente la atención por su número y religiosidad.

Una de las notas más simpáticas de la procesión fué sin duda el desfile de banderas. Sobre este particular decía un periódico de la localidad.

Es difícil concebir un espectáculo más abrumadoramente imponente, que el que tuvo lugar desde las 7:35 de la noche, cuando hacia el lado izquierdo del altar, en la desembocadura del Dewey Boulevard, entrando ya por el camino nuevo frente al altar, sobre el fondo en penumbra de la Luneta, comenzaron a florecer, como en una fantástica farándula, las banderas de 55 naciones del mundo, dibujando en el espacio, sobre el mar oscuro de as multitudes, una policromía extraña. Era la más origi-

nal y bella vanguardia que se podía concebir para la procesión eclesiástica y litúrgica que acompañaba al Santísimo Sacramento.

En el desfile de las banderas, rompian la marcha, en una fila de cuatro, la bandera roja y gualda de los nacionalistas españoles, la bandera Pontificia, la americana y la filipina.

Inmediatamente después y en caprichoso amontonamiento, venían, flotando gallardamente en el aire las banderas de Francia, Alemania, Japón, China, Italia, de casi todas las repúblicas de la América Central, de Bélgica, etc.

El grupo de banderas, portadas por cadetes del Colegio de La Salle, y escoltadas por cadetes de la Universidad de Santo Tomás, penetró por la nave central que conduce directamente al altar, abatiéndose luego a medida que iban llegando a las primeras gradas, el más hermoso simbolismo que cabe imaginarse, el de las naciones que marchan unidas, olvidadas de sus rencillas, y que caen de hinojos a los pies de la cruz. La multitud, entusiasmada olvidó el momento solemne y aplaudió frenéticamente el paso de las banderas.

Inmediatamente después seguían las delegaciones extranjeras. Cada delegación se agrupaba ordenadamente detrás de sus respectivas banderas y marchaba cantando himnos religiosos en sus respectivas lenguas.

A las 8:15 de la noche, hizo su aparición la soberbia carroza de plata, con el Santísimo Sacramento. Bajo el palio sostenido por diez pilares, iban de rodillas, orando, el Emmo. Cardenal Legado, el Rev. P. Louis R. Morrow, con las manos en alto, sosteniendo la Custodia y el Rev. P. C. Fasey, de rodillas detrás del Legado.

Delante y detrás de la carroza se agrupaban arzobispos y obispos, prefectos apostólicos y caballeros de órdenes pontificias. El destile fué lento y lleno de una gran majestad. Los espectadores, de rodillas, oraban al paso del Santísimo Sacramento a la vez que del enorme hemicíclo, centenares de miles de voces entonaban el "No más Amor que el Tuyo" y el Himno Oficial del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional.

A las 8:25 de la noche, el Legado Papal descendía de la carroza, portando la Custodia y dando término a la procesión final.

Cuando Su Eminencia colocó el Santísimo sobre el Altar de la Luneta el entusiasmo de la muchedumbre había llegado a su mayor expresión. Los himnos religiosos no cesaban ni un solo momento, y algunas personas de larga residencia en las Islas lloraban de alegría al ver el acompañamiento triunfal con que el Santísimo había sido llevado por el gradioso boulevard de Manila. Esperando por momentos que el Papa hablara por radio se procedió inmediatamente a dar la bendición con el Santísimo.

Por disposición del comité no se apagaron los potentes focos eléctricos como se había pensado en un principio. No obstante el espectáculo de miles de alumbrales en medio de una noche esplendorosa y de luna era sencillamente sublime. Y por fin llegó el momento ardientemente deseado por todos los congresistas. Los altavoces anunciaron que Su Santidad el Papa se disponía a hablar. Cuando se oyeron aquellas palabras memorables que de Roma venían a tan lejanas tierras, diciendo: *Su Santidad se encuentra ante el micrófono*, la ingente muchedumbre, que se encontraba en la Luneta y que ciertamente pasaba del medio millón, cayó de rodillas en señal de veneración hacia el Padre de la Cristiandad. Y cuando oyó que la voz del Papa se levantaba potente, como sino hubiera estado enfermo, las lágrimas acudieron a los ojos de aquellos sus fervientes hijos que respetuosamente le escuchaban. A continuación ofrecemos el texto íntegro de su alocución, que los Filipinos han de guardar como tesoro de valor incalculable para sus almas. Al terminar el Santo Padre su cariñoso saludo y su paternal bendición el Eminentísimo Cardenal Legado pronunció sentidas palabras de despedida antes de salir de Manila para Estados Unidos. Momentos después de estas solemnidades el Cardenal, acompañado de un séquito, embarcaba para América. No quedaba en el aire más que una sola frase que por mucho tiempo no se ha de borrar de las almas de este pueblo filipino. **Bentido y alabado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.**

Mensaje de Su Santidad Pio XI al Congreso Eucarístico de Manila.

Venerables hermanos y amados hijos: Aunque Nos hemos ya, en las cartas dadas a nuestro Legado "a latere," dirigido un Breve a vosotros que estáis celebrando el Trigésimo Tercer Congreso Eucarístico, no es menor placer el hablaros ahora con paternal acento y a viva voz.

Ante todo, os felicitamos fervorosamente por el hecho de haberos vosotros preparado con gran solemnidad y ferviente piedad para el triunfo de Jesucristo Rey, velado en la Eucaristía; un triunfo decimos que, por emanar de almas encendidas de vivo amor a nuestro Divino Redentor, no se debe considerar como voluble o pasajero sino más bien como algo que es una inspiración profunda para la virtud en la vida de cada uno de vosotros.

Entre los abundantes frutos de salvación que esperamos de vuestro Congreso y por los cuales rogamos, uno hay que hemos de mencionar, y que vuestra reunión ha tenido particularmente a la vista: es nuestra esperanza de

que por un amor más ardiente a Nuestro Señor en el augusto Sacramento del Altar y por una más frecuente Comunión con El, haya un crecimiento diario en la devoción a las misiones y a las empresas tendentes al fomento de la actividad misional. Porque se ha dicho que de esa misma fuente reciben luz nuestras mentes para adorar, una fecundidad sobrenatural nuestras almas y buenas obras y nuestros trabajos.

Mientras, por lo tanto, en estos nuestros tiempos, tantos hombres son cegados por falsas enseñanzas, guiados por la codicia del lucro o por la seducción del vicio, o luchan fieramente entre sí por mútua envidia y rivalidad, se apartan de Cristo, el camino de la verdad y de la luz, y se hacen finalmente miserables, id, venerables hermanos y amados hijos, a una unión cada vez más íntima con El y hasta ofreceos a El en reparación y honor que le son debidos, encaminando todas vuestras energías hacia este fin: el que vuestros errantes hermanos y todos aquellos que se sientan en la oscuridad y en las sombras de la muerte, puedan tan pronto como sea posible llegar por El a la luz, la verdad y la vida.

Que todos los hombres le conozcan, le adoren y le sigan porque solo El tiene "palabras de vida eterna," de tal manera que con la restauración general de la pública tranquilidad y la reconciliación de las almas en la justicia y la caridad, la paz de Cristo brille finalmente sobre el abrumado género humano.

Estos, venerables hermanos y amados hijos, son los deseos, estas las esperanzas, que Nos, presente entre vosotros no sólo en la persona de nuestro Legado sino también en cierto modo por el paternal amor que atraviesa y vence las distancias y los espacios, encomendamos con suplicante plegaria al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Y que la bendición de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y permanezca siempre.

La Alocución Final del Legado

Es difícil expresar los propios sentimientos a la vista de la fé en la Sacratísima Eucaristía manifestada ante nuestra vista sorprendida durante este Congreso.

Bien se podrían emplear las palabras de alborozo que empleó el Rey David, cuando su pueblo hubo trasladado el Arca, una imagen de la Sagrada Eucaristía: "Populum tuum, qui hic repertus est, vidi cum ingenti gaudio tibi offerre donaria". Mas ¿qué diría David en esta ocasión cuando, no una imagen, sino una realidad, es llevada en triunfo por un nuevo Pueblo Escogido, no limitado a los confines de la Palestina, y levantada sobre el mundo entero?

Gracias sean dadas a Dios que nos ha permitido competir con los án-

geles en preparar para El este reciente triunfo; y ha secundado visiblemente la piedad y el celo de sus hijos.

Estamos agradecidos a nuestro Padre Santo por haber escogido la ilustre ciudad de Manila para esta reunión internacional, que es otro eslabón dorado de la cadena de congresos mundiales, celebrados para honrar a nuestro Sacratísimo Señor en el Sacramento de su Amor, y yo alegremente aprovecho esta ocasión para agradecerle públicamente por haberme escogido, aunque inmerecidamente, para presidir como su Legado.

A todos los que de alguna manera, por su presencia, sus oraciones o cooperación, han tenido una parte en el feliz resultado de esta inolvidable asamblea, nos sentimos agradecidos; pero, de manera especial, hemos contraído una obligación con el Comité Permanente, dignamente representado por su digno presidente, el distinguido Obispo de Namur, Mons. Heylen, por sus esfuerzos incansables y brillantes en favor del Congreso; e incluimos en nuestra gratitud a esas otras entidades, regionales o locales, que han colaborado con los Comités Supremos.

Es un placer especial el felicitar y agradecer al patrocinador de este Congreso, Su Excelencia el Arzobispo O'Doherty, principal organizador, palanca e inspiración de esta reunión, por el glorioso éxito que se ha conseguido; y felicitar y agradecer del mismo modo a todo el Episcopado Filipino, con sus sacerdotes y fieles.

En la expresión de las alabanzas, es un deber elogiar también a las autoridades civiles, militares y navales quienes, desde los más encumbrados hasta los más humildes, han contribuido generosamente por todos los medios al éxito del Congreso, y a la comodidad de cuantos a él han concurrido; todos estos funcionarios pueden estar seguros de nuestro reconocimiento.

En cuanto a este particular, los ciudadanos de Manila son de modo particular dignos de nuestra admiración y nuestra gratitud por su ilimitada hospitalidad, constante cortesía y extraordinaria cooperación. Todos nos llevaremos un grato recuerdo de ellos y de su ciudad.

Los peregrinos, que han venido de lejos y de cerca, con sus características nacionales y raciales, y sus diferencias de lenguaje, indumentaria y costumbres, pero todos unidos en la fe y en la devoción a Nuestro Señor en la Sagrada Eucaristía, tienen nuestros mejores deseos porque Dios les bendiga a ellos, a sus familias y sus naciones, y porque se acreciente su devoción a nuestro Eucarístico Salvador.

Sólo nos queda el despedirnos de nuestro amado pueblo filipino, y al hacerlo tomamos las palabras de San Pablo dirigidas a los efesios, cuando les dijo que no volverían a verse nunca más.

Como palabras de despedida, permíteme que te pida, mi querido pueblo de Filipinas, que vivas una vida eucarística; con lo cual, si lo haces, llenarás las esperanzas de nuestro Padre Santo, el Papa, de que este congreso produzca abundantes frutos aquí y en todas las demás partes del mundo.

Que la Inmaculada Madre de Dios, que también es nuestra madre, interceda por nosotros ante el trono de su Divino Hijo para que consigamos estos dones celestiales!

Asamblea particular de Lengua Española

Conferencia del M. R. P. Louis LaRavoire Morrow, Secretario de la Delegación Apostólica, en la sección de mujeres de habla española, del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional, pronunciada el 5 de Febrero de 1937, en la Iglesia de S. Vicente de Paúl.

En cierta ocasión había entre una multitud una pobre negra que se estrujaba las manos terriblemente mientras gritaba: "¡Ay, que se ha perdido mi niño! ¡Mi hijo se ha perdido!". Los circunstantes, movidos de compasión, le dijeron: "Dínos qué cara tiene, para que podamos ayudarte a buscarlo". La negra contestó: "¿Mi niño? ¿mi hijo? ¡Ah! es el niño más guapo del mundo!".

Después de larga búsqueda, la gente no pudo hallar más que a un niño que parecía extraviado: un niño con una nariz extremadamente chata, con los labios gruesos y la cara llena de granos. Vacilaron en presentar esta fea criatura a la negra; pero, por fin, como continuaba ésta gritando locamente, lo llevaron ante ella, diciendo: "Este es el único niño que hemos podido encontrar". Tan pronto como la negra lo vio exclamó como presa de un éxtasis: "¡Oh, hijo mío! ¡Oh, precioso! ¡el niño más hermoso del mundo entero!"

Así son todas las madres. Y así son también todos los buenos amigos. Por esto mi amigo, nuestro celoso Padre Fernández, me ha presentado como un grandilocuente orador... Pero, señoras, muchas de vosotras sabéis, y las demás pronto lo verán, que no tengo nada de orador. He venido para hablaros en la forma más sencilla posible, para hablaros con el corazón en la mano sobre ciertos asuntos prácticos que, si queremos, pueden ser frutos de este Congreso Eucarístico Internacional.

Nos hallamos en el segundo día del Congreso; dos días más, y habrá pasado a la historia. ¡Cuántos esfuerzos se han realizado en preparación para este gran acontecimiento que pasará pronto; con cuánto cuidado se han planeado sus pormenores a fin de que el Congreso sea un éxito en lo posible y el mayor honor para nuestro amadísimo Señor en la Sagrada Eucaristía! ¿Y después del Congreso? ¿Pasará como un simple acontecimiento, recordado sólo como un magnífico espectáculo? ¿O será—como debe ser—algo inefablemente grande que pasa y nos deja parte de su esplendor? Lo que debemos conservar como recuerdo perenne del Congreso son sus frutos en nuestro corazón, en nuestra vida: un amor más grande, más tierno, más práctico a Jesús en la Sagrada Eucaristía.

Cuando los israelitas en el desierto tomaron por primera vez del maná, antes de que empezaran a tacharlo y murmurar descontentos, aquel grano immaculado que todos los días caía del cielo sabía a lo que querían los israelitas. Si deseaban carne, sabía a carne; si pan, sabía a pan. Así debiera ser para nosotros la Sagrada Eucaristía, de la que era una mera figura el antiguo maná. Si amamos verdaderamente a Jesús en el Santísimo Sacramento,

esta Sagrada Eucaristía, este Pan Vivo del Cielo, será para nosotros cuanto queramos que sea: nuestro consuelo en la aflicción, nuestro auxilio en la desgracia, nuestro compañero en la alegría, nuestro Amigo muy amado.

Sin embargo, para que la Sagrada Eucaristía sea todo para nosotros, debemos orientar de tal manera nuestra vida a fin de que esté en completa armonía con Jesús. Si nuestra vida no ha estado en total conformidad con sus mandamientos, con sus deseos, debemos reformarla.

Había en cierta ocasión una mujer que solía confesarse regularmente con cierto sacerdote. Semana tras semana confesaba los mismos viejos pecados hasta que finalmente descubrió una fórmula para evitar aquella recitación cansada. Se arrodillaba ante el confesionario y, suspirando profundamente, decía: "¡Ay... Padre, la misma y con lo mismo!" Y el anciano sacerdote, imitándola, replicaba: "¡Ay... hija, lo mismo y con la misma!". La mujer quería decir, por supuesto: "La misma penitente con los mismos viejos pecados!", y a su vez el sacerdote: "¡Los mismos consejos con la misma penitencia!"

Señoras, no seamos como esta mujer después del Congreso; sino que, con firmeza, decidámonos a **hacer** algo por Jesús, por su amor, abandonando nuestra pasada tibieza y mostrándole prácticamente que le amamos de veras.

¿Está Jesús en el Santísimo Sacramento? Ninguna de vosotras dejará de contestar que sí. Pero ¿lo creemos realmente? ¿Demostramos lo que creemos en la forma en que nos portamos con el Santísimo Sacramento? Esta es la pregunta que cada una debe contestarse a sí misma. ¿Y cómo está Jesús en el Santísimo Sacramento? Está allí con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, exactamente como está en el cielo. Está allí el mismo Jesús que María tuvo en sus brazos hace muchísimo tiempo en la primera noche de Navidad; el mismo Jesús ante quien los Magos se arrodillaron adorándole; el mismo Jesús que caminó por las calles de Jerusalén, que perdonaba a los pecadores y resucitaba a los muertos. En el Santísimo Sacramento está el mismo Jesús que por nosotros padeció agonías y que, finalmente, murió en la cruz por nosotros, por nuestro amor, para que podamos merecer la vida eterna en el cielo. Está allí Jesús, el mismo Dios, día y noche, esperándonos, pidiéndonos que le demos nuestros corazones, diciéndonos: "Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré."

Esto lo sabemos todos. Mas, ¡ay!, muchos de nosotros lo sabemos sólo con la mente, pero no con el corazón! Lo sabemos, pero no vivimos de acuerdo con ese conocimiento. Si no fuera así, ¿por qué muchos de nosotros podemos vivir día tras día sin un pensamiento para Jesús en el Santísimo Sacramento? ¿por qué frecuentemente pasamos frente a una iglesia sin hacerle una visita, aunque pudiéramos hacerlo sin ninguna dificultad? No practicamos lo que profesamos creer; nuestra fé está enferma de muerte. Seamos prácticos en nuestra fé, demostrando con nuestros actos la verdad de lo que profesamos.

Cierta vez, un protestante estaba oyendo la plática de un sacerdote católico, que estaba hablando de Jesús en la Sagrada Eucaristía y alentaba a sus oyentes a que le mostraran más amor. El protestante, escéptico, esperó

hasta que toda la gente se marchara y se quedara solo el sacerdote en la iglesia. Entonces se escondió detrás de un confesionario para observar al sacerdote, pues se dijo: "Ahora veré si éste practica lo que predica". Desde su sitio ventajoso, el protestante vió que el sacerdote se levantaba después de orar, se acercaba despacio al tabernáculo y lo besaba con mucho afecto. Todos sus movimientos demostraban lo que sus labios murmuraban: "Jesús, os amo". "Sí, se dijo el protestante, éste cree y vive de acuerdo con lo que cree". No es extraño que el protestante no tardase en convertirse a la Fé Católica.

Vuestro ejemplo, señoras, vuestro ejemplo es el sermón más elocuente que todas las palabras que podáis decir. ¿Os lamentáis cuando tenéis hijos, hermanos irreligiosos? Mas consideraos a vosotras mismas. Decís que amáis a Jesús en el Santísimo Sacramento. ¿Le visitáis con frecuencia? ¿Hacéis actos de caridad para mostrarle vuestro amor? ¿Lo recibís con frecuencia como alimento de vuestras almas? ¡Ah, cuántos hay que le reciben, pero sólo por rutina, como si sólo recibieran un mero pan: por la mañana comulgan; luego, vuelven a sus viejas vanidades, sus murmuraciones, su falta de caridad y sus ansias de placer. Aquí, allá, en todas partes bailando en torno de las cosas del mundo, y olvidando a Dios a quien tan lijeramente recibieron.

Y ahora permitidme que cite unas cuantas obras prácticas que las señoras como vosotras podrían hacer para mostrar su amor a Jesús en el Santísimo Sacramento. En primer lugar, la labor para el altar, especialmente los tabernáculos. ¿Quién vive en nuestros tabernáculos? Jesús, el mismo Dios. Cuando esperáis recibir en vuestra casa a unos distinguidos huéspedes, os parece poco cualquier trabajo y cualquier gasto para prepararles un adecuado recibimiento. ¡Pues, con cuánta mayor razón debéis procurar que el tabernáculo que es la casa del mismo Dios sea el mejor, el más precioso que podáis conseguir para El! Mas, ¡cuán pocos piensan así. ¡Id a los pueblos de nuestras provincias y ved los tabernáculos del Señor! En muchos lugares se le hospeda en una caja de madera que se rompería al más leve golpe. Sin embargo, en esos mismos pueblos veremos calles asfaltadas, residencias suntuosas: lo mejor para las criaturas, pero una caja de madera para el que es origen de todo lo bueno que hay en el mundo.

Dirán algunas: "¡Pero todo eso es labor que toca al párroco!" No, señoras, no; todo eso es trabajo que os corresponde. Las mujeres son las que deben atender la casa, velar para que esté limpia, adornada y en orden; así también deben ellas atender la Casa de Dios. El párroco tiene sus obligaciones, que ya son bastante pesadas: la Misa, el confesionario, sus ejercicios espirituales, las visitas a los pobres y a los enfermos, la catequesis, la administración de los Sacramentos. El sacerdote puede celebrar la Misa sobre una mesa pequeña; eso es bastante para él, si fuera para él solo. Pero la iglesia, el altar mayor, todo esto es para el pueblo y para Dios; el sacerdote no puede atender los pormenores de estas cosas, ni se debe esperar que lo haga; eso es trabajo vuestro.

Es vuestro deber el proveer de tabernáculos a Nuestro Señor, ver que los lienzos del altar estén siempre limpios, que las vestiduras se hallen en orden, que la iglesia se vea perfectamente cuidada. En otros tiempos, ¡cuán

honradas se consideraban las reinas y las damas nobles si podían confeccionar la ropa del altar, preparar y cuidar los lienzos, las vestiduras, las candelas, por servir al Rey de reyes! Mas ahora ¿qué se oye?—“Ahí está el sacristán, que lo atienda... Ese perezoso sacerdote. ¿por qué deja que la iglesia esté tan sucia?... ¡Qué iglesia tan horrible! cuánto me desagrada venir; creo que no vendré más... etc...” Críticas, y, con frecuencia, las mismas personas que encuentran las peores faltas son aquellas que no hacen nada por que la iglesia se mantenga limpia, ni piensan en dar un céntimo siquiera para ello. Automóviles, plazas, grandes casas, lo mejor de todo para nuestros huéspedes humanos; tiramos la casa por la ventana, como se suele decir, para brindarles pura y generosa hospitalidad; pero Jesús, nuestro Dios y Redentor, es abandonado fuera, a la intemperie, en una casa sucia, abandonada, y allí solo. ¿Es esto amor?

¡Ah, queridas señoras, si amáis a Jesús en el Santísimo Sacramento, no como El merece ser amado, porque ninguno de nosotros lo podría conseguir, pero por lo menos con el amor de que son capaces vuestros corazones, cómo os abrasaría el deseo de servirle, de hacer cuanto podáis por El, para ofrecerle en forma práctica alguna prueba de vuestro fervor! Seríais como esas almas buenas que han dado sus tabernáculos para usarlos en este nuestro Congreso Eucarístico Internacional. Este hecho ha sido el que me ha animado a hablaros a vosotras acerca de los tabernáculos.

Cierta persona—que por modestia prefiere permanecer anónima, y que sólo Jesús esté enterado de su regalo—quiso dar a Jesús algo hermoso y compró un tabernáculo especialmente hecho, que lo ofreció para que fuera usado durante el XXXIII Congreso Eucarístico Internacional. El tabernáculo quedó confiado a mi cuidado y expuesto en la Delegación Apostólica. Un día, una buena señora de Cabiao, que había pasado por la Delegación, vió el tabernáculo y en seguida exclamó: ¡Qué hermoso! ¡Lo voy a adquirir para nuestra iglesia!” Le contesté que no podía darle el tabernáculo, pero no se dejó disuadir. Quería tenerlo, y tenerlo pronto, porque habían de celebrar un Congreso parroquial, y el tabernáculo que Jesús tenía entonces allí era muy pobre; y debía tener uno nuevo y valioso. Como la señora insistía, se tuvo que arreglar el asunto; se llevó el tabernáculo, el que se ha usado en los dos primeros días del XXXIII Congreso Eucarístico Internacional. El primer donante, contentísimo de que Jesús, en vez de uno, había de tener dos hermosos tabernáculos, mandó hacer otro, mucho más precioso, y es el que se usará desde mañana en el altar principal de la Luneta. Pero aun hay más. La aludida señora de Cabiao debió de hablar con tanto entusiasmo acerca de su tabernáculo a la Exema. Sra. del Presidente Quezon, que la primera dama del país, contagiada de aquel fervor por Jesús en la Eucaristía, quiso también que se hiciera otro tabernáculo igual para la capilla del palacio de Malacañán, y allí está desde hace días.

¡Qué grato era ver el ansia con que estos donantes de los tabernáculos del Congreso, a sus expensas y con sacrificio de sus propios gustos personales, querían hospedar y agasajar a su Divino Huésped! Y vosotras, señoras, muchas de vosotras podéis seguir su ejemplo. Unas pueden proveer de lienzos, vestiduras, o establecer turnos para cuidar de la limpieza de la

iglesia. Otras pueden suministrar el aceite para la lámpara del Santísimo, esa lámpara que vela ante Jesús, haciéndole compañía cuando nosotros no podemos estar con El. ¡Oh, si solamente quisiérais, todas vosotras podríais hacer algo práctico para Jesús en el Santísimo Sacramento, aun las más pobres de entre vosotras, si sólo fuérais ricas de amor!

El segundo punto que deseaba tratar era el Viático. Cuando un personaje de la tierra os honra con una visita, os esforzáis por rendirle un digno recibimiento. Se limpia la casa, se la deja flamante, se la adorna, para que el visitante no halle nada que le desagrade. Mas ¿quién es el que viene a nuestra casa cuando alguien está enfermo y recibe el Viático? No es ningún visitante terrenal, sino el mismo Dios Todopoderoso! Va a vuestra casa para visitar a vuestro enfermo, por amor vuestro. ¿Os apresuráis ansiosamente a prepararos para su venida? ¿sacáis vuestras mejores ropas? ¿arregláis el cuarto del enfermo de tal modo que Jesús no vea nada en desorden? Se oirán por el contrario estas frases: "Saca una mesa vieja, cualquiera mesa; aquí está esta sábana, con ella ya hay bastante para cubrirla. No puedo usar ahora la ropa de lino; es solamente el Viático..." Luego, dos velas partidas colocadas en cualquiera clase de candeleros... ¡Ah!, cuántos ricos han sido descuidados en este respecto.

No creáis que cuando viene el Viático, es el sacerdote el que llega. No; es el mismo Jesús Nuestro Señor. Todavía hay quienes se conducen como si fuera el sacerdote quien ha de ser recibido, porque si éste es famoso o distinguido y amigo de la familia, con más cuidado se hacen los preparativos y se envía el automóvil para recogerle. Pero si el Viático va a ser llevado por un humilde sacerdote... entonces... "Dejadle que camine o que coja una carromata, después de todo ya está acostumbrado a ello". Recordad que ya sea el Obispo o ya el más humilde de los sacerdotes quien lleve el Viático, el portador es solamente un vehículo, un mensajero; no puede aumentar el valor ni la majestad infinita de la Divina Persona que va a visitaros, que es el mismo Dios! Por esto, preparémonos para el Viático con el mayor cuidado y reverencia que podamos, demostrando con nuestros actos en la forma de recibirlo que creemos que la Eucaristía es Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado.

Y un tercer punto. Decís a vuestra madre que la amáis mucho. Cae enferma. Pero váis a visitarla sólo una vez a la semana, permaneciendo con ella lo bastante para decirle: "¿Cómo estás, mamá? Tengo prisa ahora, espero que estarás hoy mejor. Tengo que ir a una reunión, a un partido de golf, a un cine. Adiós, mamá; volveré la semana que viene." ¿Pensáis que vuestra madre creerá que la amáis de veras?

Pues esto es lo que muchos de nosotros hacemos con Jesús en el Santísimo Sacramento. Vamos a Misa los domingos y nos olvidamos de El en el resto de la semana. Pasamos frente a la iglesia en nuestras varias idas y venidas, pero no entramos a visitar a Jesús que está en el Tabernáculo. ¿Creéis que Jesús, que ve todos nuestros pensamientos, nos ha de creer cuando le digamos los domingos: "Señor, os amo"? ¿Dirán algunas que no tienen tiempo? Pero se encuentran con una amiga y se paran a charlar: "Oh, no tengo tiempo; tengo mucha prisa... Pero, oye, te has enterado de lo

que acaban de decir de Concha?" Y así charlan y charlan, hasta que han pasado dos horas. La mayor parte de nosotros tenemos tiempo, si queremos.

No es necesario emplear horas en una visita al Santísimo Sacramento. Si estamos realmente ocupados, podemos entrar para saludar a Jesús, hacerle saber que nos acordamos de El, decirle que le amamos. Jesús está allí verdaderamente, esperando, dispuesto a derramar sus gracias sobre nosotros. Podemos hablar con El con entera familiaridad e intimidad; El es nuestro mejor y más amoroso Amigo. ¡Tontos de nosotros si buscamos la amistad y la admiración de los mortales y en cambio dejamos de aceptar la amistad de Jesús, del mismo Dios! Prestemos más atención a Jesús; visitémosle con más frecuencia; digámosle nuestras preocupaciones, nuestras esperanzas, nuestros temores, nuestras alegrías. El escuchará y comprenderá. Escuchará y responderá a nuestras oraciones. El, que es nuestro Amigo más generoso.

Si amáramos a Jesús con un amor profundo y perseverante, ansiáramos estar con El tan frecuentemente como nos sea posible. Esto es lo que pensaron los Santos. Domingo Savio, un joven alumno de Don Bosco, sintió esta clase de amor. Cierta vez, mientras oía Misa con los demás alumnos, comenzó a hablar, como era su costumbre, a Jesús en el Tabernáculo. Terminó la Misa; los alumnos se fueron a desayunar; Domingo no estaba con ellos. Esto era extraño, porque Domingo Savio era el más cumplido de todos tratándose de sus obligaciones y del reglamento. Con su perspicacia ordinaria, Don Bosco fué a la capilla a buscar a Domingo. Y allí, de pié y en éxtasis ante el Tabernáculo, Domingo Savio estaba hablando con Jesús. Don Bosco le tocó al muchacho, que exclamó: "¡Oh, perdonadme! ¿Ha terminado ya la Misa?" "¿La Misa?—replicó Don Bosco—, mi querido joven, ya son las dos!" Domingo Savio amaba tanto a Jesús que ocho horas de contemplación ante el Santísimo Sacramento sólo eran un instante para él. Este es el espíritu que debemos cultivar en nuestras relaciones con Jesús—una fe firme, una confianza infantil, una devoción familiar, un amor ferviente.

Un amor fervoroso demostrado con estas pocas obras prácticas que he bosquejado os harán merecedoras de grandes recompensas. Dios mismo os premiará: ¿Podemos acaso superarle en amor y generosidad? El nos recompensará, inclusive con milagros.

Anoche, en la Misa de medianoche de los hombres, se nos ofreció un espectáculo que nos hace creer en milagros. Miles y miles de hombres presentes para adorar a Jesús en el Santísimo Sacramento. Todo el día de ayer las iglesias se hallaban llenas de penitentes que se confesaban; y todavía cuando llegó la noche había miles que no habían podido confesarse aún por no haberles llegado su turno. En el recinto del Congreso había sacerdotes para oír confesiones. Fuí allí hacia las 9:30 y me senté en un extremo de la multitud. Me puse el sobrepelliz y la estola; inmediatamente se presentó un hombre y se arrodilló para confesarse allí ante el público, para que le viera el que quisiera. Después de él vino otro, y luego otro, y otro, sin cesar. Cuando terminó un grupo, me retiré más del altar. Confesión tras confesión: a las diez, a las once, a medianoche. Empezó la Misa; toda-

vía llegaban penitentes a confesarse. A la una; había comenzado la distribución de la Sagrada Comunión; seguían viniendo más hombres para confesarse; querían recibir a Jesús en la noche especialmente dedicada a ellos para adorarle.

Muchos de aquellos hombres no habían recibido los sacramentos por muchos años. Algunos hacía cinco, diez, veinte años que no lo hacían; varios desde su Primera Comunión. Alejados de Jesús por muchos años, anoche se acercaron a El. Cuántos lo habrían hecho influídos por el buen ejemplo de sus esposas, de sus madres, de sus hermanas, sólo Dios lo sabe. Muchos dirían humildemente: "Mi madre ama tanto a Jesús; quiero servirle también..." Esa es parte de vuestra recompensa en la tierra; el ver a vuestros esposos, a vuestros hijos, a vuestros hermanos, que habrán crecido indiferentes en su fé, renovar su fervor, encendido por el vuestro; hacer que sus vidas renazcan en algo más brillante, más puro, más grato a Dios.

Pero vuestra recompensa verdadera y perfecta vendrá sólo al cabo de los pocos años de esta vida. En un instante la poseeréis cuando veáis a nuestro amadísimo Jesús, ya no más oculto tras los velos de la Sagrada Eucaristía, sino en todo el esplendor de su divina gloria. Comprenderéis la magnitud de vuestra retribución cuando le oigáis decir: "Venid, amados míos, venid! Habéis sido fieles en las cosas pequeñas. Venid y poseed el reino preparado para vosotras! Entrad en la alegría de vuestro Señor!" Así sea.

Discurso del Sr. D. J. Ramirez, profesor de Derecho de la Universidad de Santo Tomas, en la sección de lengua española para caballeros, celebrada en el Colegio de San Juan de Letrán el día seis de febrero.

El deseo de ocupar vuestra atención el menor tiempo posible, me obliga a suprimir el exordio, para tratar de un modo directo del tema que me corresponde: "La Sagrada Eucaristía y la Acción Católica, en la Familia."

El gran tribuno español Vázquez Mella, en uno de sus más elocuentes discursos, concibió una frase que debiera esculpirse en el pórtico de todos los parlamentos del mundo.

"La impiedad y el vicio—exclamó el famoso orador—son como dos cirios que alumbran con su luz siniestra la triste agonía de una nación que se pudre."

Y digo que esta frase debiera conocerse en todos los parlamentos, porque en los palacios donde se forjan las leyes es donde mejor se puede influir en la moralidad de un pueblo.

No cabe duda que la moralidad de una raza se halla en proporción directa con la solidez, la unidad y la santidad de la familia.

Como tampoco es lógico dudar que la familia tiene por base y por fundamentos esenciales, la indisolubilidad del matrimonio.

Destruid esa base y habréis dejado la familia a merced de los vaivenes que le imprimirán el capricho, el vicio y la conveniencia de los esposos.

Atacad la familia en sus raíces y habréis contribuído a la inmoralidad y a la degradación del pueblo, con mayor eficacia y con más rapidez que todas las propagandas.

En Filipinas conservamos, por fortuna, la tradicional moralidad de la familia católica, a pesar de las innovaciones y de los fingidos defensores de un falso liberalismo.

La ley del divorcio que se arrancó de nuestras cámaras legislativas hace cerca de veinte años, apenas ha servido para abrir un resquicio en la institución del matrimonio.

Sin embargo, las fuerzas del mal no han cesado en sus esfuerzos cada vez más intensos, encaminados a conseguir su propósito primordial.

Hace poco se ha publicado el informe de cierto comité legislativo, en favor de aumentar las causas del divorcio.

Se proponen abrir nuevos portillos por donde el vicio y la inmoralidad tratan de adentrarse en la fortaleza del matrimonio cristiano, para socavar sus cimientos y lograr el desplome de la familia.

No dudarlos, porque sería pueril. Si se abrieran esas brechas, el enemigo tampoco se daría por satisfecho. Por el contrario, confiado en su triunfo, volvería a la carga, escondido su rostro sensual en la máscara del liberalismo.

Volvería a la carga, porque no habrá de cesar en su empeño, mientras de él dependa, hasta conseguir el divorcio en un par de semanas, como en América o el divorcio, por consentimiento, como en Rusia; o el divorcio por correspondencia, como en Méjico.

Señores, no es ésta la ocasión de rebatir de nuevo los argumentos bien sabidos y mejor refutados, que se aducen en favor del divorcio.

No voy a mencionaros ningún prelado de la Iglesia, ningún sacerdote católico, ni siquiera algún pensador de nuestra Religión.

Es más eficaz, según creo, citar a testigos de mayor excepción, a pensadores de otros credos religiosos, que han exorado el divorcio.

Voy a referirme, señores, a don Jorge Boeobo, Presidente de la Universidad de Filipinas, una de las mentalidades de nuestra patria, que no pertenece a nuestra Religión.

Permitidme que traduzca algunos párrafos:

¿“Por qué me opongo con tanta energía a la aprobación de esa llamada legislación “de remedio”, para aliviar a las familias infelices?

“Primero y principal, porque lo más grande que hay en el mundo, es el sacrificio. Si un hombre o una mujer han cometido un error al escoger su pareja, dejadles que sufran, en aras de sus hijos y de la sociedad. Digo que en aras de sus hijos, puesto que ellos son los más afectados por la separación permanente de sus padres. Es innecesario pintar el cuadro de la tragedia en que viven los hijos del divorcio.

“En cuanto a la sociedad, cada familia destruida tiene una influencia perniciosa en la comunidad. Cada familia destruida degrada la moral de la sociedad, desalienta a los corazones jóvenes que sueñan con las alegrías de la vida del hogar, y destruye los lazos místicos que unen a la familia con un amor sin distinciones. Si un hombre o una mujer no encuentran ya la felicidad con su compañero o compañera, es necesario tener espíritu de abne-

gación, por el bien de la sociedad. Después de todo, la mayoría de los disgustos y las querellas conyugales sólo tienen causas imaginarias, y si todos los esposos y todas las esposas emplearan un poco más de caridad y de dominio sobre sí mismos, y aprendieran un poco más del significado ennoblecedor del sacrificio, no se volvería a hablar de leyes de divorcio. La indisolubilidad del matrimonio enseña todas estas cosas, a los maridos y a las esposas que no piensan, y les obliga a ser más sensatos, por el bien de los demás: los hijos, la sociedad y la raza."

El ex-Presidente Theodore Roosevelt, que tampoco era católico, en cierta ocasión dijo lo siguiente:

"Hay casos en que se impone la separación material de los cónyuges, pero el matrimonio implica una unión espiritual que no puede disolverse por decreto de ningún tribunal humano, porque si la santidad e indisolubilidad del matrimonio no constituyen un principio cordial del cristianismo, ni yo ni nadie ha entendido el nuevo Testamento. ¿Con qué derecho nos llamamos un pueblo cristiano, violando una ley fundamental del Código de Cristo?

"Desengañémonos; respecto de este punto, nuestra iglesia protestante ha incurrido en prevaricación. Cristo dijo categóricamente: "Aquel que se separe de su mujer y case con otra, comete adulterio."

"Los comentaristas protestantes anglicanos, para justificar servilmente los abusos del asesino y bigamo Enrique VIII pretendieron que el precitado texto admitía la interpretación de que el esposo injuriado, al separarse de su mujer adúltera, podía unirse legalmente a otra; pero la Iglesia Católica, con su lógica inmovible, como que está basada sobre la roca de las edades, sólo permite al consorte ofendido obtener un divorcio parcial, no vincular."

Estas palabras, que podría repetir cualquier prelado católico, son como ya he dicho, del protestante Theodore Roosevelt, ex-Presidente de los Estados Unidos de América, quien termina su discurso con una violenta diatriba contra la legislación americana, "porque abunda en nuestros tiempos—dice—la civilización inmoral que legaliza el adulterio, que se ajusta a las constituciones humanas y quebranta la ley divina."

Y otro ex-presidente americano, el conocido Woodrow Wilson, también abundaba en la misma opinión, diciendo:

"Inculquemos en nuestros hijos la ética y los ideales de la familia; constituyámonos en vigilantes celosos y amantes de ellos, haciéndoles comprender que el matrimonio es por vida y no por una temporada, como se va a los baños de mar, y que el mismo Dios que nos manda respetar nuestros padres, ha ordenado la indisolubilidad del matrimonio y la perpetuación del hogar."

"Las leyes eternas que rigen toda sociedad verdaderamente cristiana, las leyes morales, no admiten excepciones para ajustarse a las conveniencias personales."

Habéis oído tres opiniones de otros tantos pensadores, ninguno de ellos católico, pero todos sinceros en sus convicciones.

No es preciso aportar más testimonios. La conciencia universal y la experiencia en todas las naciones ha demostrado con absoluta certeza, que a mayor número de divorcios, mayor relajamiento de las costumbres y más bajo nivel de moral en los individuos, en la sociedad y en la raza.

He aquí un campo muy extenso para el desarrollo de la Acción Católica. En todas las actividades, en la iglesia, en la escuela, pero ante todo en la familia, es donde debe ejercer su influencia decisiva la Acción Católica.

Y para defender la familia, nada mejor que sostener su primer baluarte que es la integridad del matrimonio.

El divino misterio de la Sagrada Eucaristía es la consagración definitiva del dogma de la unión espiritual de Cristo con su Iglesia, porque Cristo se une a los fieles que lo reciben en el Altar.

El Apóstol San Pablo ha dicho que la Iglesia es como la Esposa de Cristo y con El estará unida por toda la eternidad, porque ese es el deseo, el plan y la providencia de Dios.

En el matrimonio católico debemos aspirar, mejor dicho, debemos exigir, porque es un deber ineludible de conciencia, que las leyes humanas prohiban en absoluto su disolución. Los esposos han de estar unidos también por vida, durante su existencia actual, y por toda una eternidad en su existencia futura.

Al ser testigos uno y otro día del más profundo de los misterios, el de la Sagrada Eucaristía, imploremos del Señor que nos dé su gracia divina, para triunfar en la gran cruzada que debemos emprender.

Nuestro lema y nuestro propósito han de ser salvar a toda costa la integridad de la familia católica.

Para conseguirlo, no necesitamos más armas—al menos por ahora—que nuestros derechos ciudadanos. Si todos los católicos de Filipinas nos uniéramos para formar la Legión de Cristo, si todos los católicos supiéramos defender, imponer y exigir nuestros derechos, no habría ningún poder humano capaz de resistir; ni sería factible a nadie el negarnos lo que nos pertenece.

Si esto hacemos, si logramos nuestro propósito, con el auxilio de la Sagrada Eucaristía, pero poniendo en la empresa todas nuestras energías para actuar en una verdadera justa y sagrada Acción Católica, entonces, este Congreso Eucarístico habrá sido de inmensa utilidad moral y material, para Filipinas y para la Iglesia.

Muchas gracias.

Exposición Misional

La inauguración de la Exposición Misional tuvo lugar el martes dos de febrero en presencia de Su Eminencia el Cardenal Legado, que bendijo sus pabellones. Recibieron al Eminentísimo Purpurado, juntamente con el Sr. Arzobispo de Manila y Señores Obispos de Filipinas, el M.R.P. José Ortea, O.P., Presidente del Comité encargado de la Exposición y el M.R.P. Arthur Malin, S.V.D., director de la misma. Un grupo de oficiales cadetes de la Universidad de Santo Tomás se situó a la entrada de la Exposición para formar guardia de honor. Su Excelencia el Sr. Arzobispo pronunció un breve discurso y luego declaró

oficialmente abierta la Exposición. Su Eminencia el Cardenal Legado y su séquito de arzobispos y obispos fué el primero en recorrer los campos de dicha Exposición, quedando muy complacido de la organización de la misma.

Sobre el valor e importancia de esta Exposición escribió en el "Bienestar" el Padre B. de Arbeiza, Director de los Pabellones, lo siguiente:

"La Exposición ha sido un éxito. Así lo dicen todos los que han visitado las distintas secciones... Sus pabellones misionales, su museo misional, su barrio filipino, su torre china, ese maravilloso conjunto de edificios se fué levantado rápidamente como por obra de encantamiento y de la noche a la mañana el hermoso campo de los PP. Paules se vió fantásticamente poblado de magníficos edificios cuajados de luces, coronados de gloria y de belleza... era la Exposición Misional... cuyos planos de sí muy complicados, se realizaron en poco más de quince días y lo que en un principio pareció un sueño dorado, quedó en dos semanas transformado en venturosa realidad.

Solamente por esa ejecución rápida y segura la Junta de la Exposición merece la más sentida enhorabuena.

Pero además de esa dificultad ha habido otras muchas que sería largo enumerar y que por no herir personalismos y puntos de vista de algunos prudentemente nos abstenemos de comentar.

Sólo quiero decir que un mes antes del Congreso Eucarístico la Exposición estuvo a punto de fracasar, cuando la parte económica no parecía segura; y como por otra parte las Congregaciones religiosas y algunos individuos particulares, seguían trabajando y haciendo gastos de bastante consideración, la Junta Directiva tuvo momentos de gran ansiedad. Por fin todo se resolvió favorablemente.

Una de las secciones más curiosas de la exposición ha sido la de los retablos alegóricos donde por medio de representaciones artísticas, se evocan los principales hechos de la historia eclesiástica y de la historia misional, dominando siempre en el conjunto la idea eucarística: "Haced ésto en memoria mía"; y la idea misional: "Id... y enseñad a todas las gentes"... ideas magníficas alrededor de las cuales giran en círculo pintorescamente emocionante, las grandes figuras de la Biblia y de la historia de la Iglesia.

Personas que han visitado otras exposiciones han quedado gratamente sorprendidas ante tanta hermosura y tanta belleza.

Los pabellones misionales han sido también un triunfo sin precedentes y eso se debe casi enteramente a las diversas Congregaciones religiosas que con tan buena voluntad han colaborado con su trabajo y con su dinero haciendo una obra hermosa, colosal, digna de ser presentada a los ilustres peregrinos y al público de Filipinas en general.

El pabellón de la Universidad de Santo Tomás impresionó vivamente a muchos visitantes por el gusto exquisito de su construcción y por los objetos llenos de recuerdos históricos que contenía.

Con todo, creemos que los visitantes españoles, habrán echado algo de menos... y que por cierto no se pudo realizar por no tener tiempo... me re-

fiero a la falta de una sección especial en la Exposición representando la inmensa obra misional, civilizadora y cultural de España en Filipinas y en el Extremo Oriente.

Lástima grande que no se hubiera llevado a cabo una obra tan hermosa; obra que además de ser una reivindicación de la leyenda blanca y de los valores religiosos y culturales de España, y una exposición grátia de la grandiosa obra colonial española, hubiera sido también un acto de agradecimiento y simpatía por parte de Filipinas y un complemento hermosísimo de nuestra Exposición Misional.

El proyecto estaba ya en estudio, había muy buena voluntad; las Ordenes religiosas españolas junto con la Universidad de Santo Tomás podrían haber hecho una obra hermosa y digna de Filipinas y de España; pero circunstancias particulares impidieron su ejecución.

Con todo, el artístico pabellón de la Universidad de Sto. Tomás y la Calbalgata histórico-misional (**tableaux vivants** de la religión y de la cultura en Filipinas a través de los siglos) preparada por Da. Rosa Sevilla de Alvero, suplicieron en parte esta deficiencia que yo soy el primero en lamentar."

Esto no obstante la obra de la Exposición ha sido muy aplaudida y las Congregaciones todas de Filipinas pueden estar satisfechas de la obra realizada. Enhorabuena. Por lo que se refiere a la Exposición de Artes Cristianas también nos es dado comunicar a nuestros lectores que ha sido muy concurrida y altamente elogiada. Reciba el Doctor Bantug la más sincera enhorabuena, ya que a su dirección y habilidad ha sido debido el logro obtenido.

CONCLUSION

Hemos querido ofrecer a nuestros lectores una narración algo amplia sobre las festividades del Congreso para satisfacer los deseos de diversas personas que nos lo han rogado. Por esto mismo, no habiendo nada oficial que publicar en este mes, hemos suprimido por completo las diversas secciones en que regularmente se divide el Boletín. No obstante las dimensiones que ha sido necesario dar al presente número aun no hemos podido publicar diversos discursos que nos fueron entregados, especialmente discursos en dialecto, pronunciados en las diversas secciones filipinas. Teniendo presente que son discursos que deben figurar en la historia del Congreso los hemos entregado al M.R.P. Silvestre Sancho, O.P., Rector Magnífico de la Universidad, Cronista Oficial del Congreso, para que sean publicados a su debido tiempo. Gracias, pues, a todos los que nos han ayudado, y muy especialmente a los periódicos de la localidad "El Debate" y "La Vanguardia" que nos han servido de base para recoger diferentes datos.

BENDITO Y ALABADO SEA JESUS EN EL SANTISIMO
SACRAMENTO DEL ALTAR.

BOLETIN ECLESIASTICO DE FILIPINAS

ORGANO OFICIAL INTERDIOCESANO

Editado mensualmente por la Universidad de Sto. Tomás

A LOS SRES. ANUNCIANTES

El Boletín Eclesiástico agradecerá en el alma la ayuda de los Sres. Anunciantes que nos concedan sus anuncios.

Deben tener en cuenta los Sres. Anunciantes que la suscripción al BOLETIN ECLESIASTICO es OBLIGATORIA PARA TODO EL CLERO DE FILIPINAS, y que por consiguiente los anuncios han de ir hasta el último rincón del Archipiélago donde estarán sobre la mesa de los Conventos a los que acude el pueblo todo por sus asuntos religiosos.

Tienen pues los anuncios publicados en el BOLETIN ECLESIASTICO excepcionales garantías de ser leídos y comentados en todo Filipinas.

TARIFA DE PRECIOS.

a) Páginas supletorias:

página entera	P15.00
media página	10.00
un cuarto de página	5.00
profesionales	2.00

b) Interior de la cubierta:

página entera	20.00
media página	12.00
un cuarto de página	7.00

c) Exterior de la cubierta:

página entera	25.00
media página	14.00
un cuarto de página	8.00

No se admiten anuncios dentro del texto. Para los anuncios se incluirán páginas supletorias. El pago será por adelantado o después del primer anuncio. Para los anuncios trimestrales, de medio año y anuales se hará un descuento del 5%, 10% y 20% respectivamente.

Administrador: REV. FR. A. GARCIA, O.P.

Universidad de Santo Tomás